

LA 19
LINTERNA
MÁGICA



POR
FACUNDO

DAD AUTÓNOMO
CIÓN G

19

ASIAN

LIBRARY

UNIVERSITY OF TORONTO

127 GAVIN

STREET

TORONTO

ON

M5S 1A5

Canada

1989

1989

1989

1989

1989

1989

1989

1989

1989

1989

1989

1989

1989

1989

1989

1989

1989

1989

P07297

C77

1889

V.19

T.4

C.1

1989

1989

1989

1989

1989

1989

1989

1989



1080043726



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA
LINTERNA MÁGICA

SEGUNDA ÉPOCA.

TOMO XIX

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. _____
Núm. Autor _____
Núm. Adg. _____
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasifico _____
Catalogo _____



081

86-3:39

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Imp. L. Blanchard - Santander

Lit. de M. Garcia y C. - Ojeda y Nubera

José M^o Gomez.

LA
LINTERNA MÁGICA

COLECCIÓN DE NOVELAS

DE

COSTUMBRES MEXICANAS, ARTÍCULOS Y POESÍAS

DE

FACUNDO

(JOSÉ T. DE CUELLAR)

ilustrada con grabados y cromolitografías.

TOMO XIX.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

SANTANDER.

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD.

1892.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

55167

"ALFONDO NITES"

v. de. 1425 MONTERREY, N. LEON

36222

Núm. Clas. 081
Núm. Autor C9612
Núm. Adq. 36222 v. 16/19
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificación _____
Catálogo _____



ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

LA LINTERNA MÁGICA

SEGUNDA ÉPOCA.

LAS GENTES
que «son así»

(PERFILES DE HOY)

POR

FACUNDO

TOMO IV.

SEGUNDA EDICIÓN.



SANTANDER.

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD.

1892.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
BOULEVARD DOUTREPPY, MONTE

36222

DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

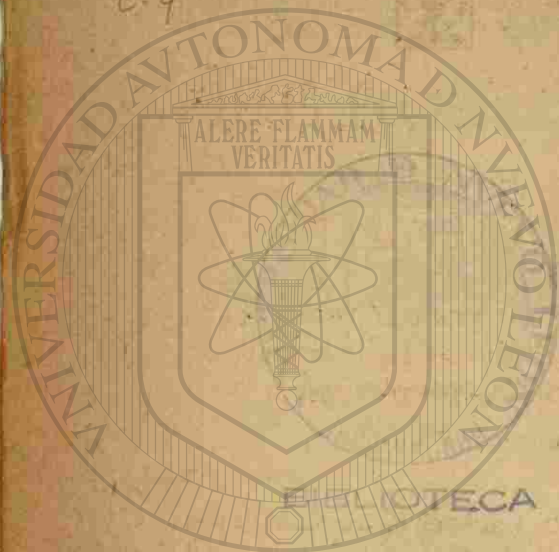
P07297

C97

1889

V. 19

t. 4



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



CAPÍTULO I.

EN EL CUAL VERÁ EL LECTOR EL
RESULTADO DE LA HISTORIA
DE LAS TORTOLITAS.

NOS vemos en la necesidad de conducir al lector á cierto punto de nuestra historia en el que, sin fatigar su atención, pueda juzgar de la situación de nuestros personajes, y enterarse de lo que á todos ó al menos á los que más les interesan, les había sucedido, y cuál era su respectivo predicamento.

FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

Ocupémonos, pues, preferentemente, de Chona y de Salvador.

Chona estaba hablando, como solía hacerlo con frecuencia, con las sombras.

¿Y á quién confiar el desgraciado sus secretos? ¿á quién contar el delincuente sus temores? ¿á quién decirle sus amarguras, aquél que ha roto una ley santa?

La sombra y el silencio han evaporado más lágrimas que el sol gotas de rocío.

El dolor nació en la primera noche de la creación, y desde entonces se viste con el capuz nocturno, y desde entonces elucubra entre las sombras

Chona buscaba ese abismo á donde no penetra la visión, pretendiendo que allí tampoco penetrara el pensamiento de los demás.

Pero el pensamiento es una electricidad que sabe atravesar los espacios y no conoce más límites que el infinito.

Sigamos á Chona con el pensamiento.

Acababa de apartar de sus labios una copa, y el nectar aún humedecía sus labios

cuando sobre su frente teñida de rubor, se cernía el angel justiciero.

Entonces, al evaporarse los últimos aromas, al hundirse las últimas estrellas, al disiparse los postreros resplandores, fué cuando, negro, solemne como la verdad, se irguió el fantasma de la ley única, para señalar con dedo inexorable al reo convicto.

En tropel, como bandada de seres de otro mundo, venían á la mente de Chona las ideas de la reprobación. Un cambio repentino, un cambio horrible acababa de arrancarla del cielo de su amor, para arrojarla al erial de la conciencia desamparada, al desierto de las frías contemplaciones, á la eterna vigilia de la meditación.

Risueños, alados y voluptuosos se habían escapado los subversivos genios del amor; y en el mutismo de la sociedad, se levantaba lenta, fría, pálida, inexorable la verdad, como la única encarnación en un limbo sin límites.

Atrás un panorama que se desvanecía, al presente una austeridad que helaba, al por-

venir la barrera que no salvarán los delin-
cuentes.

¡Qué horrible tránsito! ¡qué espantosa
soledad!

La noche sabe saborear esas amarguras
que deslíe en sus tinieblas.

El silencio sabe recoger esos sollozos que
ahoga en sus sopores.

La soledad sabe comprender esas angus-
tias que sepulta en sus calladas urnas.

Chona estaba sola.

En su semblante había como la huella
de una destrucción reciente, en sus ojos ha-
bía el brillo de la fiebre.

Los labios entreabiertos daban á la boca
de Chona esa indescribible expresión del
dolor supremo de las grandes angustias.

En la fisonomía de Chona, estaban todas
esas líneas que jamás el pincel pudo copiar,
pero que han sabido adivinar algunos pin-
tores.

Hablaba sola.... y quedo, como si temie-
ra que la oyesen los muros.

—¿Con que había un hasta aquí?..... ¡ne-
cia!....

Cómo seguí en la pendiente funesta has-
ta rodar en el abismo.... ¡Amor, amor! deli-
cioso origen del tormento ¿por qué me fuis-
te á despertar de mi sueño, por qué me
arrebataste de aquel sagrario de mi indife-
rencia, para que mi corazón exprimiera to-
dos sus raudales, hasta encontrarse hoy en
la sequía de la desolación?

¡El!.... ¿qué clase de sér es éste en cuya
alma se mezclan los aromas de la poesía
con el cieno del crimen? ¿qué encarnación
diabólica puso ante mí la suerte? ¿por qué
lo ví, por qué lo amé, por qué lo amo toda-
vía, qué hay en mí también de profunda-
mente ciego ó de impiamente criminal, que
no puedo aborrecerlo?.... ¿por qué mi amor,
que sabía flotar á par de las nubes del in-
cienso, por qué este dulce amor que sabía
hablar de pureza, pudo encenagarse en el
pantano voluntariamente? ¿por qué no mo-
rí antes de vergüenza? ¿dónde estaba mi fé,
mi valor y mi resistencia?

La expresión del semblante de Chona, fué entonces de amargo sarcasmo: vagaba por sus labios una sonrisa extraña.

—¿Y éste era el punto de partida á un amor perdurable? exclamó. ¿Y después, qué habrá delante de mí? ¿Sobre qué tabla navegaré en el piélago de mi amargura? ¿qué ojos podrán fijarse en los míos, que no lean «crimen» en cada una de mis angustias? mi dolor dará risa, mis lágrimas caerán sobre mí misma, y la sociedad en su eterna frialdad ó en su eterno festín, firmará entre sus risas el estigma que he de llevar sobre mi frente!... y ¡cómo pasarán á mi lado las murgercillas y las delincuentes ataviadas y ufanas, rozándome con sus galas, para establecer una igualdad que me hiela la sangre!....

Hoy, hoy mismo, ya mi nombre es pasto de corrillos, befa de maldicientes, escándalo de hipócritas, platillo favorito de las conversaciones.

Tengo delante á Castaños, á ese pulcro, á ese espía del gran mundo, á ese eterno comentador, con su Anita y con todas sus

amigas: ya me parece que le veo torciendo el gesto al oír mi nombre, enderezarlo al oír el de Carlos, compadecer á éste, es execrarme á mí....

Y la campanuda doña Refugio, cuya voz es una esquila, y cuyos fallos acogen los demás, sin más méritos que el diapason de sus habladurías; y todas, todas esas gentes cuyos secretos poseo, cuyas poridades he sabido guardar, hoy hacen plaza de mi... de mi estupidez!... y no les basta el nublado de su conciencia, ni el recuerdo de lo que son, ni hallarse con pecado para tirar la primera piedra...

¿De qué me sirven sus secretos, para qué quiero sus faltas, qué uso podría yo hacer de lo que sé, cuando no me siento dispuesta á echárselos en cara, y cuando ni esto les quitaría el derecho de denigrarme?

¡Qué horrible situación! qué derrumbamiento tan irreparable! ¡Qué fría es la crueldad de las gentes; qué inapelable es el fallo social! sólo una vez se cae en ese abismo... y después... no hay más que una especie de

muerte sin esperanza: he muerto ya, no pertenezco al mundo!

Calló Chona, como si las sombras de un sepulcro la hubiesen envuelto, y se perdió su pensamiento en el negro piélago de sus amarguras.

El lector necesita saber dónde estaba Chona cuando esto pasaba.

Acababa de hacer una travesía penosísima: por primera vez en su vida había caminado de noche y á caballo.

Todo aquello le parecía un sueño.

Corriendo mil peligros habían atravesado Chona y Salvador por campos solitarios, por rocas escarpadas, al borde de negros precipicios; porque una vez emprendida la fuga, necesitaban interponer el mayor espacio posible entre ellos y sus perseguidores: tenían la seguridad que en la hacienda pondrían todos los medios posibles para averiguar su paradero; pero después de una carrera fatigosa, después de una expedición nocturna, pasada en su mayor parte en medio del silencio, hubieron de rendir la jornada.

Salvador pensó, al llegar á una población al amanecer del día siguiente, que debía alojarse lo mejor posible, pero en todo caso, necesitaba que quien les diera la hospitalidad, fuese persona discreta.

Pensó por lo tanto en el cura, preguntó por él; y merced á algunas frases oportunas y hábilmente dichas, este buen señor no tuvo embarazo en ser hospitalario y servicial.

...Debemos permanecer aquí cortos momentos: mi señora y yo, decía Salvador al cura, por ciertas circunstancias de que haré á usted mención, si en ello tuviese algún interés, deseáramos solamente descansar, sin ser notados.

Pintó en seguida Salvador al señor cura su situación y la de Chona, con los mas preciosos datos de verosimilitud. Se trataba de una hija de ambos que iba á casarse mal, y deseaban llegar á tiempo sin ser sentidos, para evitar á toda costa un enlace desventajoso.

Salvador, acostumbrado á lances de esta especie, tenía todo el aplomo y serenidad

necesarias para forjar historias, y engañó resueltamente al señor cura.

Pero Chona estaba en un estado tal de abatimiento, que no tenía fuerzas ni para afirmar las aseveraciones de Salvador; circunstancia que no pasaba desapercibida para el señor cura, á quien le pasaba por las mientes, que todo aquello podría muy bien ser, en último resultado, una intriguilla amorosa.

Salvador tuvo necesidad de salir á proporcionarse medios de continuar la fuga bajo mejores condiciones, y dejó sola á Chona la mayor parte del día.

Había oscurecido completamente, y Chona permanecía encerrada en su habitación, en donde la hemos visto al principio de este capítulo, entregada á sus amargas reflexiones.

Veamos entretanto lo que había pasado en la hacienda grande, pocos momentos después del asalto.

Castañón no cesaba de buscar á Salvador por todas partes, con el pretexto de juzgarlo indispensable en la defensa.

Anita, doña Refugio y las demás señoras, no tardaron también en notar la desaparición de Chona, que al principio atribuyeron á que, creyéndose tal vez mas segura en algún escondite particular de la casa, se había ocultado, sin averiguar el paradero de las demás señoras, lo cual, entre éstas, empezaba á ser tenido como un refinado egoísmo.

Pero cuando la noticia de la desaparición de Salvador, cayó entre aquellas señoras, entonces los comentarios tomaron muy distinto caracter; y á pesar de que el peligro común preocupaba los ánimos, cada uno para sí y por medio de algunos apartes, tenía ya bien entendido, que además de la desgracia del asalto, había que lamentar el funesto desenlace de una historia que, con más ó menos detalles, circulaba lo bastante hacia algún tiempo entre todos aquellos buenos amigos de la casa.

Cuando los asaltantes abandonaron el intento de forzar las puertas, y faltando ya poco para que aclararse el día, los defensores

de la casa se persuadieron de que habían logrado rechazar al enemigo, y apenas pasó el susto, Chona y Salvador fueron el único pensamiento de todos.

—¿Qué ha sucedido por fin? preguntaba doña Refugio afligida.

—Que no parece, le contestaba alguna persona que, vela en mano, acababa de recorrer todas las piezas de la casa en busca de los fugitivos.

Este ha sido un golpe de mano, decía otro, todos creen que los bandidos han sido rechazados, y en mi concepto se han retirado porque lograron su objeto.

—¿Cuál objeto?

—Muy sencillo, plagiar á Chona.

—Á Chona y á Salvador querrá usted decir, observó Anita, porque son los dos que no parecen.

—En efecto, son los dos; es muy probable que en el momento del asalto, los hayan encontrado juntos y se los hayan llevado.

—¿Pero por dónde han entrado?

—Por el jardín, dijo Santibañez.

—Es cierto, dijo uno ¿recuerdan ustedes que la habitación de Chona, tiene escalera para el jardín?

—Efectivamente.

—Y esa escalera, agregó Anita, está totalmente cubierta por las enredaderas; después siguen los olivos que son tan copados, y luego está la gruta; de manera que bien se puede estar en la azotea haciendo fuego, sin ver lo que pasa en el jardín.

—Y luego de noche, dijo D. Nestor.

—Según todas las probabilidades, los plagiarios han entrado por el jardín, han subido la escalera que conduce al cuarto de Chona, y al encontrarla allí...

—Con Salvador, agregó Anita.

—Naturalmente, dijo con timidez una polla.

—Pues señor; continuó D. Nestor, los encontraron allí, los obligaron á bajar, se los llevaron, y una vez con esa presa, abandonaron el proyecto de seguir atacando.

—Tanto más, agregó Santibañez, cuanto

que á cada momento, la resistencia era mas heróica; por mi parte creo haber disparado más de cincuenta cartuchos metálicos de Lefouchet; toquen ustedes mi pistola, toque usted Anita.

—¡Yo no, qué miedo!

—¿Está descargada? preguntó Carolina.

—Sobre que acabé con los cartuchos.

—¡Ay! dijo Anita, que había tentado la pistola, está como lumbre.

—¿Y Carlos? dijo uno muy quedito.

—No lo he vuelto á ver, dijo Castaños.

—Yo si lo ví, dijo un señor, tanto que le dirigí la palabra y no me contestó; después lo ví que se dirigió á sus piezas.

—Allí está, dijo una señora, lo he oído toser.

—Yo no sé si les sucederá á ustedes lo que á mí, dijo Castaños, pero estoy temiendo el momento de encontrarme con el señor D. Carlos.

—Á mí me sucede lo mismo, dijo doña Refugio, no sabe uno qué cara poner.

—No sabe uno de qué hablarle, porque.... cállate lengua, dijo Anita.

—¿Qué iba usted á decir, mi alma? le dijo una señora.

—No.... nada, sino que.... como.... en fin, uno ya tiene antecedentes....

—Pues....

—Oye uno decir lo del plagio, y que si entraron, y que si no entraron; pero la verdad es, que después de la conversación de las tortolitas, esto estaba ya en el caso de dar el reventón.

—Por decontado, exclamó doña Refugio, si yo estaba tamañita; le aseguro á usted que he pasado unos momentos....

—Yo hubiera jurado que Salvador y Carlos se batían.

—La cosa no es para menos, agregó Castaños, un amigo.... y luego.... no, no, si yo no sé cómo se le fué á meter el diablo en el cuerpo á este hombre....

—Y con quién fué á dar, diga usted.

—¡Con su amigo íntimo!

—¡Con su hermano!

—No, si lo que hace el amor; crean ustedes que tiene el niño ciego unas salidas, dijo Carolina, procurando que lo oyera bien Castaños.

—¡No, qué amor va á ser ese! contestó Castaños, con intención de contestarle á Carolina; ¡el amor! el amor no hace barbaridades, todo ello no es más que el resultado de la desmoralización, de los malos sentimientos, de los malos principios.

—Pero en fin.... decía doña Refugio, como queriendo detener un tanto la opinión, por un resto de conciencia. No hay que asegurar cosas que no nos constan, porque si bien es cierto que todos estábamos en ciertos antecedentes, bien puede haber sido una coincidencia. ¿Quién puede asegurar que no son los bandidos, los que cargaron con Chona y Salvador?

—Ya se vé que puede ser, dijo Castaños, y por mi parte no afirmo otra cosa; pues que entre afirmar que Chona y Salvador se han ido por su voluntad, ó afirmar que los han plagiado, no vacilo en asegurar lo se-

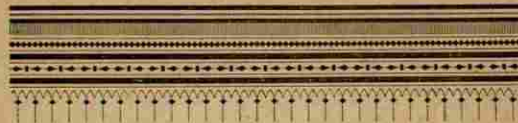
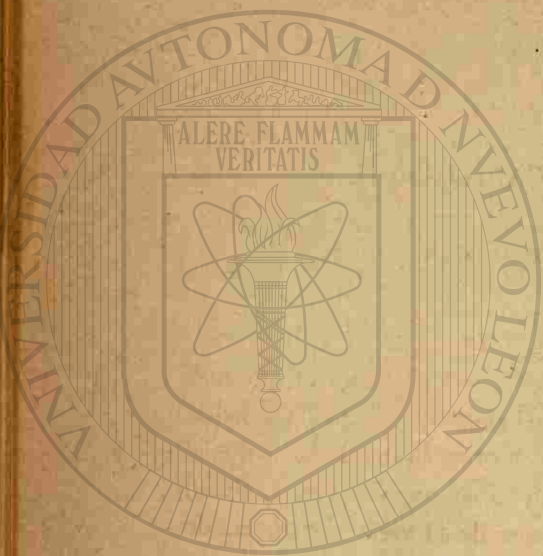
gundo, siquiera porque mi corazón así lo desea, porque en fin, del mal el menos.

—Todo es malo.

—Ya se vé que todo lo es, pero francamente, dijo doña Refugio, he aquí un caso en que debía uno alegrarse de que hayan sido plagiados.

Este tema con variaciones en todos los tonos, dió abundante materia á los estimables convidados, para que entretenidos entre lástimas y maledicencias, se les pasase el tiempo sin sentirlo.





CAPÍTULO II.

LOS COMENTARIOS.

ARREPENTIDO como el que más de haber sido complaciente, don Nestor se tiraba de los pelos al pensar que no había seguido con fidelidad las inspiraciones de su vieja conciencia de juez.

—Apuesto algo bueno, dijo después que se hubo separado del grupo de las señoras, á que los prófugos han sido tres.

—¿Tres? le preguntó un preguntón.

—Naturalmente ¿ó ya no se acuerda nadie de Salomé?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 3425 MONTERREY, N.M.L.

—Es cierto, dijeron varias voces, búsquemosla.

—Que la echen un galgo.

En este momento y terciando el arma, se presentó uno de aquellos semi-soldados, á dar parte de que la presa había desaparecido.

—¡No lo dije! exclamó don Nestor, si con esta gente nada puede hacerse: ¡á ver! gritó en seguida en tono de comandante militar, ¡que pongan inmediatamente en el calabozo al centinela que custodiaba á la presa! ¿en dónde está López?

López era aquél hombre con quien habló Salomé en el corral, en los momentos del asalto.

—Aquí estoy, dijo una voz.

—¿Qué noticias me dá usted de la presa?

—Ya usted vió, señor don Nestor, que yo hablé con ella en los momentos aflictivos, y después no volví á verla, porque, la verdad, me ocupé de poner el maíz en el zaguan, que era lo que más importaba.

—Bueno ¿pero qué otra cosa sabe usted?

—Lo que es eso, pues ya lo dije, que Gómez fué el que plagió á don Santiago y á su hijo; pero lo mas curioso es que éste hombre ha plagiado á su hijo sin saberlo.

—¿Al hijo de quién?

—¡Cómo de quién! al hijo de Gómez, á su propio hijo de Salomé.

—¡Es posible!

—Sí, señor.

—¿Con qué es cierto, que Salomé y Gómez?... dijo uno.

—¡Vaya! exclamó don Nestor, eso ya lo sabemos, merced á las primeras diligencias del proceso.

—Sí, pero lo que no sabíamos, dijo el yerno de don Nestor, es, que Salomé tuviese un hijo de Gómez, ni mucho menos que ese hijo estuviese plagiado por su padre.

—Lo que es Salomé, decía á la hora del asalto, «que me dejen ver á Gómez, que me dejen ver á Gómez un momento, para decirle que ese niño es mi hijo.»

—Y he aquí explicada, dijo uno de los

circunstancias, la desaparición de Salomé.

—Con menos tenía para haber procurado ponerse en salvo.

—Ya se vé.

—¿Y el señor don Carlos? preguntó don Homobono muy quedito.

El nombre de Carlos, se pronunciaba entonces en voz baja.

—El señor don Carlos, contestó D. Nestor también con cierto misterio, está encerrado en su habitación, y no quiere que le hablen; yo le pregunté desde los primeros momentos, qué determinaciones se tomaban, y me contestó de muy mal talante, «las que ustedes quieran, los dejo en libertad.»

—Permítame usted, señor don Homobono, dijo uno, á mí me parece que no debemos proceder de esa manera, porque, la verdad, á mí se me resiste proceder en ningún sentido, nada menos que contra la ama de la casa.

—Tiene usted razón, dijo don Homobono, pero el caso es, que debemos hacer algo, y de todos modos nos hacemos malos

juicios, porque nosotros, qué sabemos de si el señor don Salvador tenía ó no tenía, ¿ha habido ladrones? ¿han venido los plagiarios? ¿han desaparecido la señora y el señor don Salvador? pues á eso es á lo que nos debemos atender, que lo demás no es cosa que nos importe á ninguno.

—En hora buena, dijo el yerno de don Nestor, yo tampoco estoy porque demos por hecho, lo que no es más que una suposición, yo si digo, es porque... en fin... usted ha oído la historia de las tortolitas, y de todos nosotros cual más cual menos, estamos en autos.

—Decididamente, dijo don Homobono, yo me voy con dos muchachos á ver si los encuentro. Usted don Nestor, bien puede irse para el pueblo, y juntarse allí con algunos muchachos y echar una recorrida por los cerros; y en cuanto á lo que sea cosa de pluma, no tengan ustedes cuidado, que el yerno de D. Nestor, lo desempeñará todo á las mil maravillas.

—En cuanto á eso, dijo el yerno de don

Nestor, ya verán ustedes si el juzgado de mi digno cargo, sabe desplegar autoridad en los casos extremos. Voy á asolear al escribiente y á poner los exhortos que marca la ley, con todo lo demás que el caso requiere.

— En hora buena dijo don Homobono: por mi parte me considero en el deber de limpiar estos terrenos de la mala gente, y tengo mis datos para creer que van á caer en mis manos esos miserables. Sobre que hace tiempo se las estoy preparando al Pájaro y á Gómez.... y ya verán ustedes, ya verán, que en poniendo Homobono Pérez la mano, los asuntos cambian.

Tomadas estas resoluciones, cada uno de los circunstantes se separó del grupo, para hacer sus preparativos.

Las señoras juzgaron, como medida prudente, y después de una larga discusión, observar una conducta de abstención y de reserva, y esperaron que los acontecimientos vinieran á marcarles el camino que debían seguir.

No obstante, á eso de las once, Anita di-



ANITA

jo, por lo bajo siempre, que le sabía la boca á medalla; con lo cual deseaba explicar probablemente, ese sabor particular que se tiene cuando por un forzado silencio, las secreciones de la boca han sido escasas; y con objeto de conjurar aquel mal sabor, buscó á doña Refugio, quien á su vez deseaba como Anita, tener siquiera un ratito de conversación.

Cuando doña Refugio tomaba la palabra, ya sabemos que se hacía oír: pero cuando hablaba por lo bajo, que era pocas veces, entonces había necesidad de acercarse, con la seguridad de oír de su boca y á favor de la sordina, cosas muy buenas.

—¡Cuánto me alegro que haya usted venido por acá!

—¿Está usted sola?

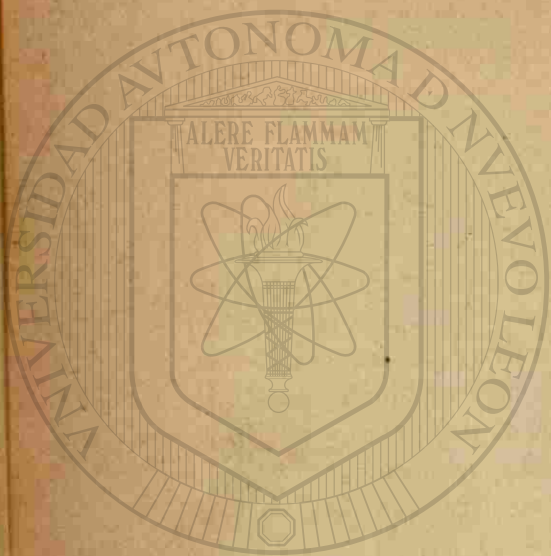
—Precisamente de eso me lamentaba.

—Yo también he pasado una mañana infernal.

—¿Meditando?

—Meditando, mi alma.

—¿Qué dice usted, no más que desgracia?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Esto tenía que suceder.

—Ya se vé, pero de todos modos es una atrocidad.

—Sobre todo, por el escándalo.

—Eso, eso, dijo doña Refugio, yo de nada me escandalizo como del escándalo, porque en fin, que una sea mala, que sea débil, que sea desgraciada, santo y bueno; pero dar á los demás materia para reír á costa de una historia íntima, es cosa que me crispa los nervios.

—Tiene usted razón, yo soy lo mismo; y á mí no me coje nada de nuevo.

—Ya se vé, vé uno tantas cosas.

—Y luego, viviendo como nosotros en cierta clase de sociedad.....

—Con tantas relaciones.

—Con tantas amigas.

—Y que lo que uno no sabe, se lo cuentan.

—Y sin que uno lo pregunte.

¡Vaya! si lo que es á mí, me han contado tantas historias....

—Ya lo creo.

—Yo no sé qué tengo, pero sin duda estoy predestinada á ser confidente universal.

—Sí, efectivamente, hay personas que inspiran cierta confianza, y usted es una de ellas.

—¿Usted también lo cree?

—¡Vaya! y es muy natural, desde luego nota uno que usted es una mujer de experiencia, y sobre todo de mucho trato social, y por inclinación, y por simpatía, se siente una movida á contarle á usted sus cuitas y.... dígame usted, señora doña Refugio, qué, ¿Chona no la hizo á usted nunca confidencias?

—¿Á mí....?

—Vamos, diga usted la verdad, ya sabe usted que soy mujer de secreto.

—Es que yo también lo soy, y temería faltar....

—¿Diciéndomelo á mí? haga usted cuenta que es como si lo echara en un pozo.

—Pues en esa confianza y contando en todo con su discreción....

—Diga usted.

—En realidad, dijo doña Refugio, yo soy la única á quien Chona se atrevió á hacer confidencias sobre el particular.

—Yo ya me lo había figurado.

—¿Sí?

—¡Vaya! sabe usted que las mujeres...

—Pues bien, solo á mí, me confió Chona este negocio. Figúrese usted que un día noté que Chona tenía algo, conocí que deseaba hablarme de algo reservado, y yo, que ya había picado, comprendí de qué se trataba, y la animé á que me abriera su corazón: pero Chona, ¡si viera usted, en medio de todo, qué buenos sentimientos tiene!

—¡Ah! eso sí.... ¿quién puede dudar?

—Si le digo á usted que es un angel.

—¡Va! si por eso la quiero tanto.

—Y yo. Pues como iba diciendo, se acercó á mí y me dijo:—Cuca, (ya sabe usted que me dice Cuca),—soy muy desgraciada, —ya lo sé, ¡a contesté,—¿ha conocido usted algo?—Sí.—¿Y qué opina usted?—Qué he de opinar. la dije, que esto es muy

grave, que es necesario tener mucho cuidado; pero en fin, la dije, ¿usted lo ama de veras?—Con pasión, me contestó, como no había amado jamás, haga usted cuenta que amo por la primera vez, que estoy loca, que no sé qué hacer, ¿qué me aconseja usted, Cuca?—Figúrese usted, qué compromiso, ¿qué quería usted que la aconsejara, especialmente cuando á mí me constaba que aquello era una verdadera pasión? Anita de mi alma; ya sabe usted que contra esa enfermedad, no hay remedio; no obstante, me ocurrió preguntarle qué había hecho en materia de conciencia.

—¿Y qué le contó á usted? dijo Anita.

—Qué me había de contar, exclamó doña Refugio, que ya había andado ese camino, que había buscado un padre, un confesor, el más duro de los que le recomendaron.

—¿Y se confesó?

—¡Vaya! hasta el fastidio; mi alma; si Chona tuvo una temporada, que no sé si recordará usted, de no salir de la Iglesia.

—Sí, sí, ya lo recuerdo.

—Pues entonces era cuando la cosa estaba en su punto: figúrese usted á la pobrecita, por un lado, con su marido tan frionote, y así tan como Dios lo ha hecho; y por otro Salvador, que digan lo que se quiera, Salvador es todo un hombre.

—¡Ah! ya se vé, y tan simpático.

—Deje usted, mi alma, tan irresistible.

—Tiene usted razón, esa es la palabra, irresistible.

—Oiga usted, en confianza, por mi parte le aseguro á usted que lo que es Chona, ha tenido mi propio gusto.

—Pues no lo creerá usted, pero es también el mío... la verdad, disculpo á Chona con todo mi corazón.

—¡Ah! por decontado, si en resumidas cuentas no es, en todo caso, más que digna de compasión.

—Oiga usted, puede ser que no del todo.

—¿Cómo no? eso es porque usted no la ha oído expresarse, porque no ha hablado con usted, porque no ha oído usted de sus labios, todo lo que esa mujer sufre;

vaya! con decirle á usted que no había vez que me hablara, que no me hiciera llorar.

—¡Es posible!

—Figúrese usted una mujer de costumbres tan puras, como usted la ha conocido.

—Muy puras, repitió Anita.

—De una reputación tan inmaculada.

—Inmaculada, repitió Anita.

—Y de un carácter hasta frío, porque Chona puede decirse, que pecaba de frialdad.

—Eso es, de frialdad, sí... era fría.

—Cuando de la noche á la mañana, cátese usted que se enamora de Salvador.

—¿Pero cómo, así, de improviso?

—¿Se acuerda usted la noche del concierto?

—¡Ah! sí, aquella noche en que tocaron tan bien Tomás Leon y Melesio Morales?

—La misma.

—Pues esa noche empezaron.

—Vea usted lo que son las cosas: pues no noté nada.

—Ni yo tampoco, ni nadie, pero ello es, que en aquella noche, sin duda en las armo-

nias, en la atmósfera, en qué sé yo, andaba el amor haciendo de las suyas; pero oiga usted, si supiera usted la manera con que este... pillo de Salvador enamoró á Chona...

—¡Oiga!

—De la manera más bonita.

—Ya lo creo para vencer una virtud como la de Chona, se necesitaba ser todo un paladín.

—Un tipo.

—Un bello ideal.

—Un Salvador. Pues efectivamente fué para la pobre de Chona todo eso.

—¿Y Chona?

—Y Chona se entregó; pero no crea usted que así como quiera, sino que... la muy tonta se dejó llevar á la discusión; y ya sabe usted lo que son los hombres cuando se les permite la discusión en materia de amor.

—¡Ah! ya lo creo, si la discusión es el todo; al grado que... ¿creerá usted que á eso debo el que Castaños no haya podido conseguir nunca nada de mí?

—¿Nada? dijo maquinalmente doña Refugio.

—No: nada, nunca.

—¿Pero él lo ha pretendido?

—Ya eso es viejo: lleva diez años de enamorarme.

A su pesar, doña Refugio se detuvo un momento recogiendo aquel dato que no le parecía del todo indiferente, y luego continuó:

—Pues Salvador empleó tal arte, y talento tal en alucinar á Chona, que, oiga usted, Anita, yo estoy segura que en su lugar, todas hubiéramos hecho otro tanto. En primer lugar, le pintó un amor completamente espiritual, poético, sublime; la hizo comprender que aquellos vínculos serían eternos, en fin, yo no puedo relatar á usted, todo lo que de tentador y de fácil tuvo el camino trazado por Salvador.

—Ya lo estamos viendo: ese camino no podía conducir á otra cosa que á este desenlace.

—Y luego, que si bien lo vemos, Carlos tiene la culpa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Enero 1955 MONTEREY, N.M.L.

36222

—Eso es lo que yo he pensado muchas veces.

—No hay más que recordar las costumbres de Carlos, para convencerse de que era preciso que algún día llegara á verse en la situación presente.

—Aquella frialdad.

—Aquel desvío

—Aquella indiferencia para todo.

—No veía á Chona sinó á horas fijas.

—Cada veinticuatro horas.

—No la celaba.

—Ni se oponía á nada.

—Todo le parecía bien.

—Nunca riñó con ella.

—Vamos, no diga usted reñir, ni exigió nada nunca.

—¡Oh! era mucha reserva aquella.

—Y por otra parte, Salvador tan chispeante.

—Con tanto talento.

—Tan oportuno.

—Tan obsequioso.

—No, si le digo á usted que se necesita ser de palo....

—La verdad, sí. ¿Y qué hará ahora Carlos?

—Eso es lo que tengo curiosidad de saber.

—¿Usted cree en la historia de las tortolitas?

—Yo creo que hay mucho de exajeración y de novela.

—Por supuesto: todo el mundo ha visto en Carlos una intención profundamente dañada.

—Quería á todo trance hacernos creer que Salvador es un hombre despreciable.

—Sí, un hombre sin corazón y sin honor.

—¿Y sabe usted lo que ha conseguido con eso?

—Que nadie se lo crea: al menos por mi parte, le confieso á usted que la tal historia de las tortolitas, si bien por el momento me con movió y me hizo aborrecer al amigo del supuesto Fernando, por más que hago no puedo confundir á uno con otro.

—Quiere decir, interrumpió Anita, por más que Carlos se empeñe, no es el mismo personaje.

—Ya se vé, porque mientras aborrece uno al cazador, quiere más á Salvador, aún cuando le cuenten á uno que es el mismo.

—Si quiere usted que le diga lo que siento, á mí me gustan los calaveras.

—Pero los calaveras de cierto género.

—Ya, ya lo creo, Salvador.....

—Salvador por ejemplo: he ahí un calavera de todo mi gusto.

—Y vea usted lo que son las cosas: hasta en eso somos desgraciadas las mujeres; en un hombre una calaverada de este género, lo enaltece, con razón ó sin ella, mientras que en la mujer.....

—Figúrese usted, á Chona; todo lo que ha perdido.....

—Siempre nos toca perder, siempre, siempre.

—La sociedad es injusta con nosotras.

—Ahí tiene usted si no, á la pobre de Chona, que no volverá á levantar cabeza, que no podrá aparecer de nuevo en la sociedad, porque todo el mundo se creará con derecho á denigrarla.

—¡Oh, es una situación horrible!

—Y todo por lo que he dicho á usted, desde un principio, por el escándalo.

Esta conversación fué interrumpida, porque un criado traía recado de parte de Carlos, quien suplicaba á los convidados le perdonasen no concurrir á la mesa por hallarse indispuerto.





CAPÍTULO III.

LEJOS DE LA HACIENDA.

POR la puertecilla del jardín que acababan de dejar abierta Salvador y Chona, á la sazón en que todavía los asaltantes no abandonaban su arriesgada empresa, salió Salomé de la hacienda, procurando, ante todo, ponerse á cierta distancia de la casa, y permanecer en observación de los movimientos de asaltantes y defensores.

Á este efecto, buscó un punto elevado en el terreno, desde donde pudiera domi-

nar, para estar al tanto de lo que pasaba, y pensaba; que si bien por una parte era difícil que llegaran á tomar la hacienda, si esto llegaba á verificarse, prolongaría su situación de espera.

No se atrevía á acercarse á los asaltantes, ni podía adivinar por qué lado se retirarían éstos, y si se había colocado en lugar apropiado para ponerse al alcance de Gómez.

En medio de esta perplejidad, no quitaba la vista del lugar de donde salían los disparos que por mucho tiempo absorvieron toda su atención.

Pero hubo un momento en que cesó el fuego y poco después oyó el tropel de los caballos que se alejaban de la hacienda; siguió la dirección que le marcaba el ruido, y caminando á tientas sobre un incómodo terreno de sembradura, pretendía atravesar diagonalmente una tabla de maíz, para tomar el camino que, según las apariencias, iban á tomar Gómez y los suyos.

Efectivamente, emprendió aquella difícil

travesía entre los surcos, y doblegando aquí y allá las verdes cañas; pero á poco andar comenzó á sentirse fatigada, pues sus piés no encontraban una superficie más apropiada para avanzar, sinó que á cada una de sus pisadas, rodaban terrones ó sentía hundirse sus piés en el fango del surco; poco á poco su marcha fué haciéndose más difícil, á medida que el terreno era más húmedo y más blando.

Sintió que el tropel de los caballos se alejaba, tomando opuesta dirección, y perdiendo la esperanza de llegar á tiempo, comenzó á gritar con toda la fuerza de sus pulmones; pero sea que los bandidos fuesen muy de prisa, ó que los gritos de Salomé no llegasen hasta ellos, el rumor fué perdiéndose poco á poco, y la voz de Salomé fué haciéndose más ronca, hasta sofocarse como al influjo de una presión desconocida; hizo todavía los últimos esfuerzos, en los que, se hundieron mas sus piés en el lodo, sintió un violento trastorno, las cañas del maíz parecieron girar á su derredor, y en medio

de un ruido que á ella le pareció formidable, cayó sin sentido entre los surcos.

Permaneció así mucho tiempo, hasta que un agudo dolor en la frente vino á anunciarle que vivía.

Se incorporó lentamente, y comenzó á hacerse de nuevo cargo de su situación; y haciendo un supremo esfuerzo, tornó de nuevo á andar, ya entonces sin mas objeto que alejarse de la hacienda; tomó entonces la dirección de un surco y se alejó, rozándose con las ásperas hojas del maíz, tomando aliento de vez en cuando, para continuar su penosa fuga.

Entretanto Gómez se alejaba lanzando terribles maldiciones contra los defensores de la hacienda, y jurando vengarse de aquel acto incomprensible, de haberse defendido con vigor.

—¡Así serán hombres! decía, desde las azoteas, pero ya nos veremos en otro terreno; á ver si esos catrines son tan buenos á pié como á caballo; y por vida mía que el catrín que coja, ni para llorar le alcanza el tiempo, aunque sea don Carlos.

—¿Hasta ese? le dijo un compañero.

—¡Adios! ¿pues qué usted cree que si don Carlos hubiera querido salvarme, no me salva?

—¿Pues no dice usted, que hizo mucho por usted?

—Sí, pero cuando supieron lo del viejo... yo no sé quien de estos ha ido con el chisme; pero si lo averiguo, ya puede *quenquera* que sea, escoger un arbolito, porque lo cuelgo.

—¿Y ahora qué hacemos, vale? dijo uno.

—Ahora, el viejo es el que la paga, y, ó nos da el dinero ó lo despachamos de una vez, y que no esté *enchinchando*.

—No, qué viejo, dijo un bandido, pues si ya se fué y llegó al pueblo.

—¡Adios! ¿pues y Celso?

—Pues no parece.

—Yo creo, vale, dijo uno, que Celso siempre se *sesgó*, pues si no ¡cuándo iba á poder el viejo con él!

—Ahora lo veremos todo, vale; que estoy que ya verá lo que es rifarse.

Desde la aparición de Salomé, Gómez sintió en su interior como el siniestro presagio de desconocidas desgracias; y á partir de ese momento, todo había dado en salirle mal.

—Oíga, vale, le decía á un compañero, ¿pues no me ha hecho mal de ojo la señora?

—¡Adios!

—Por vida de usted, pues si desde que la volví á encontrar, yo no se qué tengo, estoy como triste: ¿creerá?

—Pues estará todavía, como dicen, apasionado?

—¡No! ¡qué usted! ¡esque apasionado! con que no me acordaba; pero ya me vé, vale, ando así, como *destráido*, con que hasta el caballo me tumbó la otra tarde.

—¿Onde?

—Pues ni que decir que en pedregal, sino en lo planito.

—¡Ahque!

—Por vida de usted.

—¿Y cómo estuvo?

—Pos venía andando, y hasta la rienda había soltado, la verdad, estaba aburrido de tantas.... cosas que le suceden á uno, cuando de repente, que se para un zopilote en el camino, y dijo mi caballo, por aquí, y que se barre; pos onde hasta la cintura me tronó; y yo le cogí la rienda; ¿pos onde? si ya ni tiempo me dió de la salida tan recia, y que me chispa, y como le anduve por la panza con las chaparreras, ahí vamos amo, pues ni de cera que hubiera sido, allá voy patas arriba.

—¿Y el caballo arrendó?

—Creerá que es tan noble el animal que se paró.

—¿Oíga?

—Y se dejó coger, y le monté de nuevo.

—¿Y lo lastimó?

—Me peló las rodillas, y aquí ¿pos no vé que tengo en la barba este raspón?

—¿De veras, no?

Gómez efectivamente estaba de malas, y de desengaño en desengaño, llegó á sa-

ber la fuga de don Santiago y el ruido que este acontecimiento había hecho en el pueblo.

Algunos días después, las autoridades recibieron en la prefectura la visita de un boyero, que venía á dar parte á la justicia de lo que había visto.

—Andaba con las yuntas, decía el boyero, cuando columbré los zopilotes que daban vueltas, y dije, no sea la ternera pinta de la pelona, que se ha perdido y se haya muerto escondida en los chaparrales; y jalé para abajo á buscar á la becerra; luego me llegó la fetidez, y dije, pos ella es, y me fui derecho hasta donde estaban los zopilotes, y voy viendo, ¡señor de mi alma! ¡alabado sea el Santísimo! pues no era la becerra, sinó un cristiano con todos los huesos de fuera, y ya sin trapos; y dije, pos voy á avisar para que se sepa quien es el hombre, y no vayan á estar buscando á alguno que se haya perdido.

—¿Un cristiano? dijo la primera autoridad del lugar, ¿y qué señas tiene?

—Pues si no tiene señas; con que ya me ro se lo acaban los zopilotes.

—Que vaya el auxiliar y que se busque gente y un tapextle para traer el cadáver, dijo la autoridad.

Se dispuso todo de la manera conveniente, y salió la expedición en busca del desconocido cadáver, que no era de otro, según lo habrá comprendido ya el lector, que de Celso el celador de don Santiago.

Mientras esto pasaba en el pueblo de donde había salido don Santiago con Gabriel, según también recordará el lector, Salomé había hecho la más terrible de las expediciones.

Anduvo sin cesar, y no paró hasta que le faltaron las fuerzas; llevaba veinticuatro horas de no haber probado alimento, y llegó á sentir la terrible desazón del hambre con todos sus horrores.

Era imponente y triste la figura de aquella pobre mujer, con los vestidos desgarrados, con los piés sangrando, con la mirada

extraviada y la palidez de la muerte pintada en su semblante.

Vagó aún por campos solitarios, traspuso lomas y se deslizó por desconocidas sendas en busca de algún abrigo y de algún socorro; la noche volvió á sorprenderle en su camino, y bajo la negra bóveda, en vano tendía su vista á todas partes; no brillaba una sola luz que le indicara un rumbo, que le revelase la existencia de seres que pudiesen ampararla; le parecía que estaba condenada á morir de hambre y de cansancio en medio de un desierto sin límites.

¡Qué espantosa fué su situación y cuántas angustias atormentaron á la pobre Salomé, cuando su pensamiento, girando de una manera febril, le anunciaba un fin próximo é irremediable!

Por fin su debilidad le sumergió en una especie de atonía y de postración, que la hizo creer que había llegado su última hora.

Formuló con un esfuerzo postrero una oración que no concluyó, sino que se perdió en un abismo incomprensible.

Después de largas horas, la expedición que había salido del pueblo en busca de aquellos restos humanos que habían dado en que pensar á la justicia, llegó al pueblo trayendo en el *tapextle* lo que todos esperaban con impaciencia.

Todos se preparaban á cubrirse de manera de evitar los miasmas deletéreos, que con razón esperaban que se desprenderían de aquellos restos.

Hubo alguno mas impaciente y curioso que se atrevió á descorrer las mantas del *tapextle*, á la sazón que lo ponían en tierra, y autoridades y curiosos se fueron de espaldas al encontrar en vez de huesos carcomidos, una mujer vestida, y que al parecer no estaba muerta.

—¿Y esto era, preguntó la primera autoridad, lo que estaban comiéndose los zopilotes?

—Le diré á su persona de usted, dijo el encargado en jefe de la expedición; nosotros nos encaminábamos en derechura del lugar donde están los zopilotes, pero antes de

UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
"ALFONSO REYES"
MEXICO, D.F. 1955

llegar, vaya, mucho antes, devisamos como un bulto, y le dije á ñor Catarino—¿pues qué será aquello?—¿cuál?—¿pos qué no devisa? ¿allí no blanquea?—pos es verdad, me dijo, pues vamos,—y arrendamos pa allá, con todo y el tapextle, y dígole á ñor Catarino—por si croque es cristiano, y dijo ñor Catarino—asegún blanquea—hasta que nos acercamos, y era la señora..... pues, esta señora que bien á bien no sabemos si estará muerta; ella no resuella y yo le dije á ñor Catarino—pos será bueno registrarla, por si tiene algo, no, y lo que es eso, en su cuerpo no tiene nada, de así de cosa de heridas,—pos estará desmayada, dijo ñor Catarino,—pos estará, le dije—pos yo que le había de decir,—pos estará desmayada ó quen sabe, allá en el pueblo se sabrá y dícame ñor Catarino,—pues la llevaremos en el tapextle—¡Adios! ¿y el otro?—y entonces ñor Catarino me dijo:—pos quizá querrá Dios, que al otro no se lo acaben los animales y al cabo aunque solo llevemos los huesos pelones, al fin está muer-

to,—también tiene usted razón le dije á ñor Catarino, pues la llevaremos á la señora y luego volveremos por el otro.

Oyeron esta relación con la boca abierta todos los circunstantes, sin que á nadie se le hubiera ocurrido inquirir si efectivamente aquella mujer estaba muerta.

—¡A ver! gritó el alcalde, que pongan á la difunta á la espectación pública, en la accesoria de mi compadre, que al fin está vacía.

—Quiere decir, que la tendemos, dijo uno.

—¿Quién dá para la cera? dijo otro.

—Pues figúrese usted, ¿quién ha de dar? pues si ni parientes tendrá.

—¡Qué almas tan poco caritativas tienen ustedes! dijo una vieja rezongando, si ni parecen cristianos.

—Lo que es caridad no nos falta, dijo limpiándose el sudor uno de los que habían cargado el tapextle, pero la caridad no la cojen en la tienda de doña Pomposa.

—Allí venden la cera á nueve reales libra.

—Ni medio ménos, agregó un tercero.

—¡Hum!... es gana con esta gente, murmuró la vieja, y se alejó; pero á pocos pasos se detuvo á la primera puerta que encontró.

—¿No quieren ustedes hacer la caridad, por el amor de Dios, de dar alguna cosa para las velas de una difunta?

—¿Qué difunta? dijo un maicero.

—Una pobre mujer que han traído muerta, y que no hay ni quien la conozca.

—¿Onde está?

—La van á depositar en la accesoria de don Máximo.

—Vaya, dijo el maicero, y alargó unas monedas á la vieja.

—Un Padre Nuestro y una Ave María por el alma de la difunta, y Dios se lo pagará, agregó la vieja.

Y de puerta en puerta, y en cambio de la noticia, fué recogiendo limosnas hasta que juntó nueve reales, y se dirigió en seguida á la tienda de doña Pomposa.

—Déme usted una libra de cera de á cuatro.

—¿Quién se le ha muerto á usted, doña Gertrudis? le preguntó doña Pomposa.

—A mí, nadie gracias á Dios, porque soy sola en el mundo y desde que se me fué mi hija Salomé la mujer de....

—¡Ah! sí, ya me acuerdo. ¿Y no ha tenido usted noticias?

—Nadie ha vuelto á saber nada.

—Como si no hubiera existido.

—¿Pues entonces, para quién son las velas?

—Para una matada.

—¿Para una matada?

—O yo no se qué; pero es una pobre mujer que han traído los peones y los del Juzgado; y dicen que se la encontraron en el campo.

—¡Habrás visto cosa!

—Pues ahí está tendida en la accesoria del señor don Máximo.

—¿Y no se ha sabido quién es?

—Pues si por eso la van á poner al público, para ver si hay quien la conozca; con que deme usted las velas, que estos nueve

reales los he juntado de caridad entre los vecinos; y ¿creerá usted, doña Pomposita, que hasta los puros me han dado para la cera?

— ¡Es posible!

— Pues hasta el hermano del prefecto y el oficial me dieron de á real.

— Pues tome usted las velas.

— Un Padre Nuestro y un Ave María, por el alma de la difunta, que Dios se lo tendrá á usted en cuenta á la hora de su muerte.

— Así sea, doña Gertrudis.

— Hasta luego, doña Pomposita, muchas cosas á todos.

Cargando la cera doña Gertrudis, llegó á la accesoria, en donde sobre el tapextle estaba tendida la difunta, y dijo, pues aquí está la cera, y ahora que busquen al sacristán, á ver si nos quiere prestar los candeleros.

— Yo voy, dijo un muchacho, y corrió.

— A pesar de estar depositado aquel cadáver de orden superior, y puesto á la es-

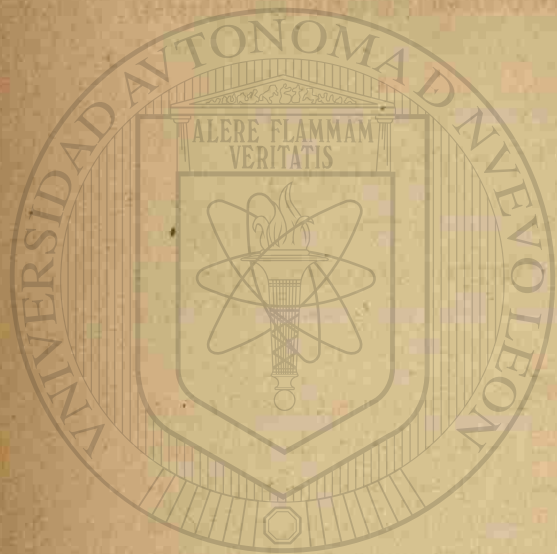
pectación pública, permanecía con la cara cubierta, sin duda porque esperaban los encargados del Juzgado á que estuviesen encendidas las velas, para proceder á descubrirlo.

Un grupo compacto de gente que se formó en la puerta impidió que la muerta fuese reconocida por algunos transeuntes.

Al fin, volvió el muchacho que había corrido en busca del sacristán y venía cargando un viejo candelero de palo: detrás del muchacho venía el sacristán con los otros tres candeleros.

Una vez puestas las velas, doña Gertrudis creyó que su misión había concluido, y que más lograría por el alma de la difunta con ir á rezar á la iglesia algunos sudarios, que con formar parte de aquella masa de curiosos, entre los cuales corría cuando menos el peligro de ser apachurrada.





CAPÍTULO IV.

UN CABILDO EXTRAORDINARIO.



Y sea que las facciones de Salomé hubiesen sufrido una violenta alteración en virtud de sus crueles padecimientos, ó bien que entre los curiosos no hubiera quien en vida la hubiese conocido, el caso fué que la justicia no pudo saber quien era aquella muerta, y en consecuencia mandó darla sepultura.

Hubo para esto, grave discusión entre las autoridades civil y eclesiástica, acerca de si el alcalde, con todo y su reconocida autori-

dad, podía obligar al cura á hacer inhumaciones con total dispensa de los derechos parroquiales.

El ciudadano alcalde hubo de concurrir al curato á dilucidar este delicado asunto.

—El caso es grave, mi señor, decía su reverencia, pues que de las cosas de la iglesia, la iglesia sólo puede disponer, y los lugares en sagrado tienen su tarifa.

—Pero éste es un caso excepcional en el que, no teniendo la difunta deudos conocidos, debe dársele sepultura sin cobrarle á nadie los derechos.

—La autoridad es padre de menores, y á ella toca en este caso, suplir los gastos, puesto que por motivo alguno estoy autorizado para eximir del tributo á ningún feligrés.

—La autoridad, dijo el que la representaba, no tiene la culpa de esta muerte, y por otra parte carece de los fondos necesarios para hacer esos gastos.

—No son más que siete pesos y medio señor juez.

—Pero la autoridad no tiene fondos.

—Siento en el alma, dijo el cura, que no esté en mis facultades resolver esta dificultad; yo he recibido de mi antecesor la tarifa de obvenciones parroquiales y estoy á lo mandado.

—Quiere decir que han traído ese cadáver para ponerlo á la espectación, y volver á tirarlo en el campo!....

El señor cura se encogió de hombros; y por más que se prolongó la discusión, los siete pesos y medio fueron un escollo de tal naturaleza, que ambas autoridades estuvieron á punto de perder la debida circunspección; por lo cual el juez, después de amenazar al señor cura con armar un escándalo, salióse corrido y con intenciones de llevar el negocio al último extremo, antes que desembolsar aquella suma.

Media hora después, un hombre recorría á caballo la población, avisando á los regidores que se reunieran para celebrar cabildo extraordinario.

Púsose uno la chaqueta, el otro tomó el bastón de mando, aquel suspendió la ma-

tanza de un puerquito cebado, y el de mas allá dejó á sus peones, para concurrir á la sala capitular.

Era esta una pieza de doce varas de largo, en cuyo fondo había seis bancas que fueron desde antaño propiedad del municipio; en el otro extremo del salón había una plataforma limitada por una balaustrada de madera; sobre el asiento principal, estaba suspendida una cosa que los municipales creían de buena fe que era el escudo de las armas nacionales; pero á juzgar por el dibujo y no por la intención, la historia natural no registró nunca en sus numerosas familias una ave, que, con el pretexto de servir de águila, presentara ni esternón mas raro, ni pico mas informe; pues el pájaro aquel hubiera podido ser desde el *ibis* de los egipcios hasta el ave fénix; á los piés del animal, había un cañón donde cabía el pintor, y una caja de guerra mas parecida á una canasta que á un tambor.

Había siete regidores que declarados *quorum* abrieron la sesión.

—Pido la palabra, dijo un gordo; quien, por ser el mas locuaz de los regidores, era por lo general quien ganaba todas las cuestiones.

—Tiene la palabra don Antonio.

Don Antonio pujó y dijo:

—Desde que soy vecino del pueblo, no se había presentado un caso igual; lo digo porque es cierto: y en esto de cosas de la iglesia, yo la verdad nunca me he metido, porque cada uno tiene su creencia, y las cosas de Dios son muy respetables.

Callóse don Antonio, y reinó un largo silencio.

—Pido la palabra, dijo uno.

—Tiene la palabra mi primo, dijo el presidente.

—Yo suplico á don Antonio que me diga á qué viene eso.

—¿Cómo á qué viene? dijo don Antonio, sin pedir la palabra, viene á que el señor cura, se niega á dar sepultura eclesiástica á esa mujer.

—¿Y qué? gritó uno, si se niega se en-

terrará el cadáver de orden de la autoridad.

—Eso es grave, dijo D. Antonio, y pido la palabra, porque como digo yo, todavía esto de la iglesia y del Estado no está muy claro.

—Y como que si está, dijo uno, lo que hay es, que la iglesia no se debe meter en este asunto.

—Pero si no es la iglesia, replicó don Antonio, la que se mete con la autoridad; sino la autoridad la que se mete con la iglesia.

—Pues que no se meta.

—¡Que no se meta! dijo don Antonio, parodiando al preopinante, ¿pues si no se mete, cómo se entierra á la difunta?

—Pido la palabra.

—Tiene mi hermano la palabra, dijo el presidente.

—Pido la palabra, dijo otro.

—Y yo también pido la palabra.

—Señores, dijo el presidente, que hablen unos, y después otros, si no, no nos entendemos.

—Ya la pedí primero.

—No, yo.

—Y yo después de don Antonio.

—¡Adios! dijo uno, si usted no la ha pedido.

—Sí, pero ahora la pido, y usted no debe hacerme á mí observaciones, porque todos somos municipales, y no crea usted que porque el cura es amigo de usted....

—¡Silencio, señores! dijo el presidente repicando la campanilla.

Todos se callaron.

—Que hable don Antonio.

—Eso es, don Antonio á todos tiros, con razón gana, dijo un regidor, si el presidente le concede á él solo la palabra.

—Y yo sé por qué es eso, agregó otro regidor que no podía ver al presidente.

—Yo sostengo, señores, que el señor cura está en su derecho, y tengo con qué probarlo.

—Que lo pruebe, dijeron varios.

—Cabal que sí, dijo don Antonio, y allá voy; es cierto que soy amigo del señor cura y que me arrienda la tiendita, pero esto no hace al caso, porque aquí lo que debemos ver es el interés del cuerpo municipal.

—Eso es, dijo uno, yo opino porque veamos todos por el interés municipal.

—La cuestión es, dijo don Antonio, que nosotros no podemos obligar al señor cura á trabajar de valde.

—Es que no es de valde, sinó por caridad cristiana.

—A pesar de eso, el cura dice que no enterrará de valde á nadie.

—En eso está el mal, y pido la palabra: siento mucho que un regidor, venga sosteniendo los derechos de un extraño, y, lo que es yo, sé de dónde viene todo eso, y cuando uno está en cabildo no debe ver pelo ni tamaño, sino que debe obrar como leal y como ciudadano que es uno, y si digo que yo sé de dónde viene, es porque tengo datos, y si yo los dijera....

—Que los diga, dijeron varios.

—Pues pido la palabra, dijo el acusador de don Antonio. El señor le dá la razón al señor cura, porque le debe un año de renta.

—Eso no es cierto, dijo don Antonio.

—Y además, hay otra cosa.

—¿A ver qué otra cosa? preguntó el presidente.

—Que el señor don Antonio toca la guitarra.

—¿Y qué tenemos con eso? preguntó el acusado.

—Que tanto el señor don Antonio, como otras personas, son uña y carne de las familias mochas de aquí, y por eso, cuando se trata de proseción, son los primeros que piden la licencia y que infringen las leyes, todo por consideraciones y por intereses; por que si son los Aguados, tienen interés en venderle al señor cura, ya el maicito para los puercos, ya las cabecitas de ganado, con perjuicio de otros infelices, y en fin, yo no más observo, y les aseguro á ustedes, que sólo en el ayuntamiento de este año, ha sucedido eso, y lo diré de una vez, señores, los liberales vamos perdiendo terreno y los mochos se aprovechan de todo y se van saliendo con la suya.

—De la cuestión es de lo que nos estamos

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTEBERRY, MEXICO

saliendo, dijo un regidor, y ahora no se trata de si don Antonio hace ó torna; de lo que se trata es de saber si el señor cura puede, conforme á la ley, negarse á darle sepultura á un cadáver, con el pretexto de que no se le pagan los siete pesos.

—Y medio, agregó el presidente.

—Pues esa es la cuestión y nada más.

—Que se sugete á votación, porque se hace tarde.

—Propongo una cosa, dijo uno.

—¿Qué cosa?

—Que para evitar disputas, demos cada uno un peso, para pagarle al cura.

—Eso no debe ser, y no es por el peso ¿pero á dónde vamos á parar?

—Pues el que no quiera, que no dé nada, veremos lo que se junta.

—Lo que falte lo pongo yo, dijo el primo del presidente, que era de los mas ricos.

—Es que nadie ha de querer ser menos.

—Pues yo no doy nada, dijo el acusador de don Antonio.

Juntáronse en la mesa hasta como cinco

pesos, y el primo del presidente del ayuntamiento, completó la cantidad, y se levantó la sesión.

Inmediatamente se pretendió la inhumación; pero serían como las dos de la tarde hora en que el señor cura acostumbraba dormir la siesta, de manera que hubo necesidad de esperar á que su paternidad despertara.

Entretanto el sacristán aconsejó á los regidores, que mandaran llevar el cadáver al mismo panteón, porque supuesto que la dificultad de los derechos estaba salvada, creía de buena fe que el señor cura no tendría otro reparo que hacer.

Se hizo todo según el dictamen del sacristán, y condujeron á la difunta al lugar en que debía ser enterrada.

Esta vez, entre los curiosos que rodeaban á la muerta, venía don Máximo el compadre de don Antonio, y á quien ya conocen nuestros lectores.

Don Máximo se proponía verlo todo, como hacía siempre, tomando el primer lugar.

Se encontró con don Antonio su compadre, que acababa de salir de cabildo.

—¿Qué anda usted haciendo compadre? le dijo don Antonio.

—Vengo á ver á la muerta ¿usted ya la vió?

—No le he visto la cara.

—¿Vamos á verla?

—Vamos.

Los compadres se dirijieron al panteón, y en llegando cerca de la muerta, D. Máximo sin más ceremonias le descubrió la cara.

¡Alabados sean los dulces nombres! ¡compadre de mi alma, qué es lo que estoy viendo!

—¡Ay, compadre! tiene usted razón, ó nos engañamos los dos de una manera brutal.

—No le quepa á usted duda, compadre, es doña Salomé.

—La misma ¿pero qué dice usted nomás?

—¡Qué desfigurada está!

—Sí, ni su sombra.

—Aquí hay algo, compadre.

—Lástima que esté muerta doña Salomé, porque de otro modo nos podría contar cosas muy buenas, acerca de todo lo que ha pasado, desde que desapareció del pueblo.

—¡Válgame Dios! y lo que son las cosas compadre, una persona tan rica, venir á acabar de esa manera.

—Pero lo que á mi me sorprende es, cómo no la ha conocido nadie en el pueblo.

—Sí, efectivamente es raro, pero ya se vé, está tan desfigurada, que ni su sombra.

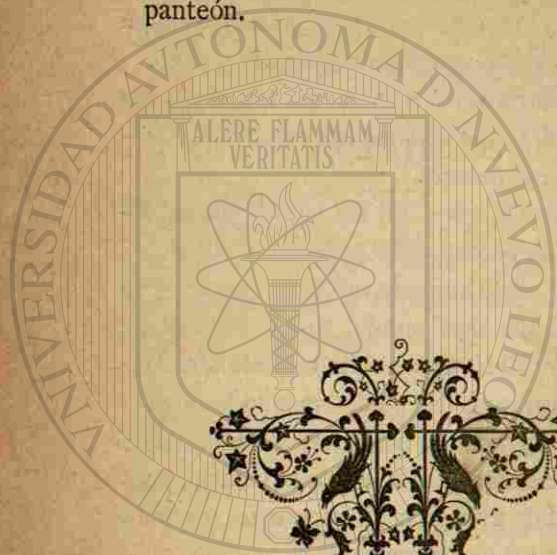
¡Compadre! exclamó de repente don Máximo, vamos á dar parte de que la muerta es doña Salomé, y acaso acaso esta circunstancia dé alguna más luz á la justicia, para que pueda averiguar el crimen de que esta mujer ha sido víctima.

—Tiene usted razón, compadre, vamos en derecho al Juzgado y dejaremos dicho al señor cura, que supuesto que ya se sabe quién es la muerta, suspenda el entierro, al menos mientras se practican las diligencias que son del caso.

—Pues vamos.

—Vámonos, compadre.

Y los dos compadres abandonaron el panteón.



CAPÍTULO V.

LA RESURRECCIÓN.

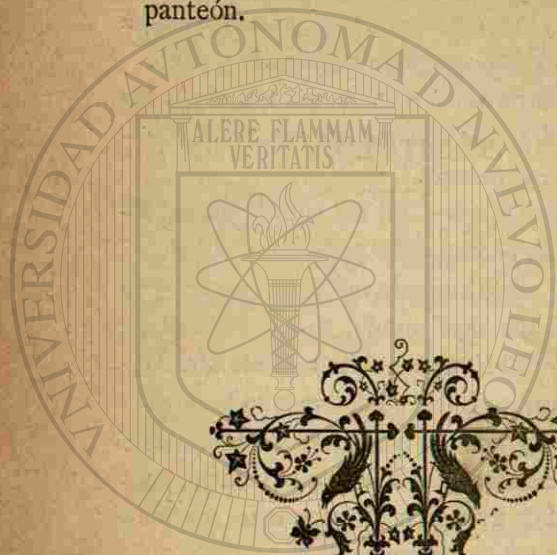
No bien se hubieron separado del cadáver los dos compadres, Salomé hizo un movimiento.

No sabemos qué dolor le despertaría, pero volvía á la vida; su primer esfuerzo fué por abrir los ojos, y se hubiera podido notar cierto temblor en los párpados, como se puede notar el de los pétalos de una flor que va á abrirse; sólo que en aquella lucha, en la que las pupilas buscaban la luz, la luz misma por su intensidad las hería vivamente y las hacía temblar.

—Pues vamos.

—Vámonos, compadre.

Y los dos compadres abandonaron el panteón.



CAPÍTULO V.

LA RESURRECCIÓN.

No bien se hubieron separado del cadáver los dos compadres, Salomé hizo un movimiento.

No sabemos qué dolor le despertaría, pero volvía á la vida; su primer esfuerzo fué por abrir los ojos, y se hubiera podido notar cierto temblor en los párpados, como se puede notar el de los pétalos de una flor que va á abrirse; sólo que en aquella lucha, en la que las pupilas buscaban la luz, la luz misma por su intensidad las hería vivamente y las hacía temblar.

Por fin Salomé abrió los ojos: los objetos que se presentaron á su vista fueron el viejo techo de un portal y las copas de unos árboles.

Poco á poco fué haciéndose cargo de lo que la rodeaba, hasta que llegó á persuadirse que estaba en el panteón, y sola.

Como los dos extremos de una línea que se tocan para convertirse en círculo, vino á su imaginación el día en que conoció á Gómez allí lo había visto, en aquel mismo sitio había oído su ardiente declaración amorosa, allí estaba la historia de su desgracia.

Fundiéndose todos los recuerdos de Salomé en la más dolorosa de sus impresiones, se espantó ante aquella terrible coincidencia, sin poderse dar cuenta de por qué se hallaba en aquel lugar, y solo después de un penoso y dilatado esfuerzo, pudo recordar, que en su triste peregrinación, había sentido que la habían abandonado sus fuerzas; y como si para acabar de comprender su situación hubiera empleado todo lo que le quedaba de vida, sintió en seguida un ho-

rrible desvanecimiento y volvió á caer á plomo sobre su tosco lecho de muerte.

Á esta sazón se oyeron distintamente los pasos de un grupo de personas que se acercaban.

Eran las autoridades y varios curiosos que venían precedidos por D. Máximo.

—Es la misma, no me cabe duda, ¿dígame usted si yo no conoceré á las gentes? le decía D. Máximo al juez.

Llegaron á donde estaba Salomé, y don Máximo que había sido el primero en acercarse, retrocedió espantado empujando á los que venían detrás de él.

—¡Qué pisotón me ha dado usted, compadre! gritó don Antonio, viendo estrellitas.

Don Máximo estaba pálido, y esta palidez se comunicó á los que lo rodeaban.

—¡La muerta se ha movido! gritó enseguida don Máximo; y á esta voz, como si hubiera sido un conjuro corrieron todos los acompañantes y se quedaron solamente en el lugar del suceso el juez, don Máximo, y

don Antonio parado en un pié y haciendo gestos por el pisotón de su compadre.

Pasada la primera impresión, ya no les cupo duda á aquellos tres personajes, de que la muerta se había movido, y don Antonio, que no obstante su dolor de pié, no había olvidado del todo su buena lógica, dijo:

—¡Luego vive!

Hasta entonces no vino á las mientes de los compadres y del juez, la idea que primero debía haberseles venido, y era la de cerciorarse antes que todo de que aquella mujer estaba efectivamente muerta.

La posición en que había vuelto á quedar Salomé después de su pequeño monólogo, no dejaba lugar á vacilaciones, y el juez, sin pérdida de tiempo, obligó á los compadres á cargar el tapextle para conducir á Salomé á sitio mas adecuado, para volverla á la vida, por si acaso era posible todavía.

La noticia de aquella resurrección había cundido ya por todo el pueblo, y de todas

partes acudían á dar fé y testimonio del ruidoso acontecimiento.

Hubieron de sujetar á Salomé, entre curanderos y aficionados, á los mas brutales tratamientos, merced á los cuales, al cabo de pocos momentos comenzó á dar señales de vida.

El boticario, que hacía las veces de médico en el pueblo, fué quien, poniendo en práctica los procedimientos que la ciencia aconseja, logró volver á la vida á Salomé, pero la prescribió descanso y reposo absoluto por algunos días, que á los curiosos, especialmente á don Máximo, les parecieron siglos.

Por todas partes los vecinos se ocupaban incesantemente de aquél asunto, y parecía que el único que lo ignoraba en todo el pueblo, era un hombre que se estaba ocupando de desatar una funda de hule con que traía cubierta una caja de mercería.

Esto pasaba al día siguiente de la resurrección.

El varillero acababa de rendir su jornada,

sentándose á la puerta del cementerio de la parroquia, y la primera persona que pasó junto á él, fué una anciana.

—Aquí traigo novenas de todos los santos, señora; los siete viernes de San Francisco, el día primero, novena de la Purísima, el nuevo Lavalle, el Ejercicio cotidiano, la novena de las Animas.

Ante tan alhagador boletín bibliográfico, doña Gertrudis se detuvo, que no era otra la que á aquellas horas salía de la iglesia y la última.

—¡Ay, Jesús María y José de mi alma y de mi vida! exclamó doña Gertrudis, lanzando tan profundo suspiro, que hizo levantar la cara al varillero.

—¿Le ha sucedido á usted alguna desgracia, señora?

—¿Desgracia? sí, bien puede ser una desgracia, el que su Divina Majestad me haya dado vida para ver estas cosas.

—¿Qué cosas?

—Para ver á mi hija, á mi hija Salomé, que he criado á mis pechos y con tanto

chiqueo y mimo, volverla á ver en el estado en que se encuentra.

—¿Está enferma?

—¡Cómo! ¿no sabe usted la historia de la resucitada? pues será usted el único en el pueblo.

—¿De la resucitada decía usted, señora? ¡ah, sí! de la señora que....

—Eso, de Salomé, á quien todo el mundo daba por muerta, y que no estaba sino desmayada ó quien sabe como; el caso es, que todos la creían difunta, cuando de repente ¡que revive, señor de mi alma! y cate usted que era, nada menos que mi hija, mi hija, que por su mala cabeza, ahí parece que fué á enamorarse de un hombre malo.

—¿De quién? preguntó el varillero, quien como habrá comprendido el lector no era otro que Angulo.

—¿De quién? de ese tal Gómez, contestó doña Gertrudis, de quien se cuentan tantas cosas malas.

—Es la misma, pensó Angulo, y pretendiendo fingir indiferencia, dijo en voz alta

Novenas de Santa Rita, de San Judas y de Santa Gertrudis.

—¿A cómo?

—A medio.

Doña Gertrudis hojeaba las novenas y Angulo no podía disimular que se encontraba fuertemente preocupado.

—Figúrese usted, continuó, doña Gertrudis en qué estado se encontrará la pobre de mi hija, cuando hasta en cosas de justicia se encuentra complicada. Al principio creyeron todos que estaba loca, porque sostenía que Gómez había plagiado á un hijo suyo.

—¿Hijo de quién?

—De Gómez.

—¿Y de quien más?

—De Salomé, y ahí tiene usted á la infeliz denunciándose sola, dando las señas del hombre y probando, según parece hasta ahora, que el tal Gómez ha plagiado á su hijo sin saberlo, y ella por tal de salvarlo, no tiene embarazo en ponerse en poder de la justicia, porque el tal Gómez, según dicen todos, es un pillo de cuenta.

Angulo, que estaba lejos de pensar en lo que hablaba, sino precisamente en lo que no decía, rogó á doña Gertrudis que se quedara con algunas novenas, ofreciéndole que volvería al día siguiente á la casa de la anciana por el importe de su mercancía.

—¿Qué piensa usted señora?

—Pienso en que esta novena es muy buena para que parezca lo perdido.

—¿Esa es la que me va usted á comprar?

—¡Y se rie usted!

No señora, Dios me ampare, yo soy muy buen cristiano, y creo en todas esas cosas; por eso le aconsejo á usted que me compre esta novena, porque en rezándola, es seguro que muy pronto va á parecer ese niño que está perdido, y sobre todo Gómez, á quien me dice usted que buscan todos con afán.

—Y ya se vé que sí, que se han puesto exhortos y han estado trabajando en el Juzgado hasta muy tarde.

—¡Ah! pues júrelo usted, señora, porque si á todo eso se agrega la novena que va

usted á andar desde mañana, es bien seguro que antes de terminarla ya todo está arreglado.

—Me parece sin embargo que usted lo dice de cierto modo....

—No, señora; lo digo á usted porque así lo creo y así lo siento, ¿pues qué, yo no rezo también?

—Pues usted lo dirá de chanza, dijo doña Gertrudis, pero va usted á ver cuál es el resultado, voy á andar la novena, ya se vé que sí, y verá usted, verá usted el resultado, le he de dar á usted en el hombro.

—Pues Dios lo haga, señora,—había de suceder esa diablura efectivamente, pensó Angulo, ¡pero no! Gómez ya debe saberlo todo y creo que no lo cojen.

—Venga usted por su dinero, dijo doña Gertrudis.

—¿A dónde?

—A mi casa.

—Iré después, dijo Angulo, déme usted las señas.

—¿Sabe usted dónde vive don Máximo?

—Ah, sí; derecho, como quien se va para la huerta de don....

—Precisamente, pues, derecho....

—¡Ah! sí, ya sé, allá iré luego, lleve usted las novenas.

—Dios se lo pague á usted, y allí en mi casa estoy á todas horas, ó si no, en la casa donde está Salomé.

Quedóse profundamente pensativo Angulo, y volviendo á empacar sus baratijas, se puso á contemplar con tristeza el camino que acababa de andar.

—Yo debo avisar á Gómez á toda costa, para que se ponga en salvo, porque lo que voy viendo es que lo buscan por todas partes: no ha habido una sola persona con quien haya yo hablado, que no me haya contado que andan persiguiendo á Gómez; bien es que él.... pues cuando no ha de andar con cuidado, ¿pero si no lo sabe? por lo menos él tiene mucha confianza, y no vaya á ser que...

Pero ese camino, decía muy triste Angulo, siete horas de camino, ahora que venía

yo á descansar para esperar el domingo, yo creo que no voy.... pero si por no avisar cojen á Gómez.... vamos, es preciso, entraré á un bodegón y comeré algo, tomaré un trago y después la emprenderé otra vez. ¡Pues no eché mala misión, si lo he sabido.... cuándo me sucede!

—Efectivamente, Angulo se dirigió al bodegón donde se hizo servir abundantemente, tanto para reparar sus fuerzas, como para acabar de hacerse al ánimo de desandar lo andado.

En cuanto al trago prefirió el Tequila, que apuró con delicia.

—Apenas hubo acabado de comer, cuando contra todo lo que se esperaba, sintió más deseos de descansar que de continuar su camino.

—¿Qué horas serán? preguntó Angulo á la fondista.

—Ya dió la una, contestó esta.

—La una, repitió Angulo entre dientes, bien puedo descansar una hora y salir á las dos, que aunque llegue yo á las ocho, siem-

pre será buena hora para dar un buen aviso.

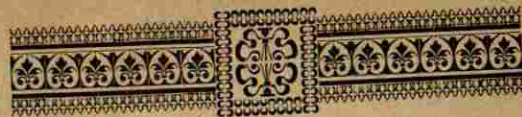
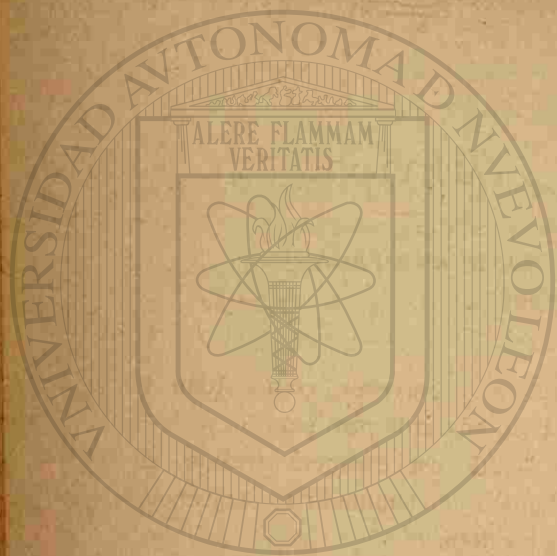
Bastóle esta resolución á Angulo para que apoyándose la cabeza en ambos brazos que tenía cruzados sobre la mesa se preparara á entregarse al mas tranquilo sueño.

Este espectáculo, supuesto que para el fondista no era nuevo, no le sorprendió, sino que al ver que Angulo tomaba aquella actitud, exclamó interiormente.

—Bueno, este no despertará más que para pedir más de beber: que duerma.

Á poco rato, Angulo roncaba profundamente.





CAPÍTULO VI.

EL NUEVO PARAÍSO.

CHONA y Salvador, como Adán y Eva, buscaron otro paraíso. Desde esta primera evasión, el hombre ha dado en confundir su conciencia con la de los demás.

El delincuente que lleva en sí mismo la reprobación de sus acciones, llega hasta creerse otro ante otro público.

Todo actor silvado, cambia de teatro con la esperanza de que el nuevo público no le silve.

Però la humanidad sería doblemente des-

graciada, si esta teoría diera seguros é invariables resultados.

Chona y Salvador según decíamos, buscaron otro paraíso.

Se establecieron en Querétaro.

Encontraron una casita á medida de su deseo; mas rústica que urbana, mas en el campo que en la ciudad.

Tenía todo lo muellemente confortable que puede pedirse á un nido de amor.

Salvador y Chona sabían muy bien que el dinero todo lo puede; había más, lo palpaban.

Salvador le adivinó á Chona sus menores pensamientos.

La traía en la palma de las manos.

La adoraba.

Chona no tenía qué pedir: tenía en primer lugar mucho amor, todo el amor que se necesita; tenía muchas comodidades, todas las comodidades que se necesitan.

Jamás pareja alguna fué mas dueña de sí misma.

Salvador hizo construir un gabinete en-

cantador. Era un gabinete azul, azul y oro, todo allí era azul, desde la alfombra: los muebles tapizados de terciopelo azul.

Había hasta un lujoso tren de cristal azul y oro, que consistía en una charola, dos vasos, una azucarera, una jarra chica y una mas grande.

Allí no se podía beber sinó néctar celestial.

La hada de un cuento oriental no se hubiera desdeñado de beber en uno de aquellos vasos.

Tenía el gabinete una ventana que daba vista al campo.

Mas altas que la ventana, trepaban las madreselvas y los jazmines blancos.

Sentarse en una de aquellas góndolas azules equivalía á suspenderse, á perder la idea del peso de uno mismo: tan muelles eran las góndolas.

La cama era una cama de rey, cama-troño, blanda como nube.

Podría decirse que era posible dormir en un celaje.

Pendía del techo una lámpara gótica, también azul, y que difundía en la habitación una claridad que se parecía á un vértigo de amor.

Y el ambiente de aquella pieza, era una irradiación de perfumes, era el gran nectario de una flor colosal, nido de dos coleópteros ebrios de miel.

Salvador había hecho conducir allí, algunos de sus broncees; pero había cuidado de que no le trajesen ni su Leda, ni su Casta Susana, ni su Vénus púdica; no había más que una Psiquis y un Cupido hermosísimos; dos cuadrillos pintados por Alejandro Casarín, y dos estudios del pastel que Ramón Rodríguez Arangoiti hizo en Roma.

Había también pocos libros, los necesarios para cubrir dos repisas de terciopelo con flecos, que llenaban dos ángulos de la habitación.

Estos libros no los había leído mas que una persona en París: una baronesa muy espiritual.

Salvador tenía una magnífica colección

de grabados, de primera impresión los más, algunos apuntes originales de Rosa Bonheur y un album de artistas.

Nadaban seis peces de color en una gran bomba de cristal soportada por un tripié de metal dorado, y cantaban varios pájaros prisioneros en primorosas jaulas en un espacio anterior á aquel retrete, espacio que un jardinero había convertido en un bosque de hortensias y otras plantas de sombra.

Todo aquello no lo habían visto más que los obreros mexicanos que Salvador había hecho llevar allí, pagándoles muy bien para que lo hicieran todo pronto y regresaran á México.

Chona era la perla de aquella concha, y la concha estaba, como en légamo, oculta en una casa como todas.

Salvador era gastrónomo, y tenía un cocinero francés que se pasaba una vida de príncipe, y gozaba un sobresueldo por no decir para quién guisaba.

Ya hecho todo, los dos amantes felices se pusieron uno frente á otro; Salvador en ba-

ta, Chona en el mas encantador de los trajes; tenía uno todo blanco, y un peinador de encajes que valía un tesoro.

Sólo una vez se lo había puesto la baronesa.

Salvador tenía una verba inagotable, el silencio y la ociosidad le amenazaban como dos potencias enemigas, y tenía cierta festinación y cierta prisa en procurar que no hubiera pausas, ni inanición, ni silencio, ni *statuquó*; le temía á todo esto, y procuraba vivir, moverse, hablar, reírse, hacer reír á Chona; proyectaba, inventaba, complicaba; los asuntos mas triviales los hacía grandes.

Chona se dejaba llevar, seguía con formalidad las discusiones sobre los asuntos mas triviales, porque la trivialidad se hacía allí un elemento indispensable.

—Estoy segura, decía Chona, de que colocando el reloj abajo del otro espejo, estos dos broncees tendrían aquí mejor vista, porque la luz viene de la ventana y los favorece.

—Voy á darte gusto, contestaba Salvador,

pero esto es contra todas las reglas de la estética; no me opongo á que ganarán las figuras, pero la cuestión de gusto no está resuelta; poner juntos esos dos candelabros pompeyanos con los dos broncees es una amalgama insoportable, vas á verlo.

Y Salvador pasaba de un lugar á otro los candelabros y el reloj, diciendo:

—Mira qué contraste, estas figuras son clásicas por excelencia, y esto es pura fantasía, vas á ver qué efecto tan distinto.

—Vamos á ver, le decía Chona meciéndose en un sillón de metal, ponlos como yo te digo y....

—¿Y qué?....

—Y me gozaré en verte trabajar.

—¿Te gustan los hombres trabajadores?

—Me gusta verte ir y venir, me parece que eres mi cuadro y yo soy tu pintora.

—¿Estás contenta de tu obra?

—Sí.

—Cada día....

—¿Qué?

—Cada día te amo más.

—¿De veras?

—¿Que si deveras te amo? oye, dijo Salvador que, haciendo rodar una góndola á los piés de Chona, se sentó y continuó en seguida.

—El hombre es rey: se fabrica palacios en las nubes; cuando se habita uno de esos palacios, es porque se ha dejado rodar al mundo al rededor de nosotros; se puede ser un sol de amor, centro que reconocen los demás afectos humanos, como el sistema planetario; todo emana de mi amor, y mi amor lo atrae todo á sí; mi amor es inextinguible:

—Mi querido sol ¿y yo soy tu tierra?

—Más todavía.

—¿Qué soy entonces?

—Mi esencia, mi lumbre, mi luz.

—Así me gusta más, porque la tierra es muy pequeña para el sol.... ¿Qué estás mirando? dijo después Chona, cambiando de tono.

—El reloj.

—¿Y son?

—Las doce.

—Entónces tú pusiste el reloj.

—¿Por qué?

—Estabas alumbrando tanto que dieron las doce.

—¿Ya lo ves? las horas son las que vienen á buscarnos, vamos á ver el reloj de arena.

—¡Caball! íbamos á ver si duraba una hora.

Chona se paró, y reclinándose graciosamente en el hombro de Salvador, juntó su cara con la de él para ver el reloj de arena.

—En este momento acaba, dijo

—¡Otra hora! murmuró Salvador con cariño, y luego dijo con entusiasmo ¡otra pulsación!

¡Qué horas tan felices! todas habían sido empleadas; todavía les faltaba ver muchos grabados, todavía tenían que brotar muchas flores, todavía había por hacer varios trajes, y que destapar muchos pomos de esencias.

Así pasaron varios días; en aquel pequeño retrete había tanto confort, se estaba allí tan bien, que los pedazos de cielo azul,

que veían de vez en cuando, solían tener una intensidad de luz tal que les lastimaba la vista.

Vivir á media luz era su anhelo.

Pasaron mas días.

Salvador era tan elocuente, hablaba tan bien, tenía tan bonitas ocurrencias, que Chona estaba encantada.

Brotaban como de un Kaleyoscopio nuevos encantos á cada jiro: ¡cuánto amor, cuánto, cuánto!....

Un día Chona se mecía en un sillón de metal. Venus no hubiera tenido sobre la espuma del mar oscilaciones mas voluptuosas; y así como las plantas se alimentan con el oxígeno que deben aspirar con delicia, robándosele en las noches, Chona vivía aspirando las esencias de su retrete, mezcladas con las zalamerías de Salvador.

Estaba sola.

Era aquello un verdadero accidente, sentía por momentos los pasos de Salvador: lo esperaba.

Tenía Chona los brazos caídos sobre su

propio regazo, tenía esa actitud del que nada hace, y no tiene nada que hacer; aquellas manos descansaban, descansaba el cuerpo, descansaba hasta el pensamiento.

La frente de Chona era espaciosa, tersa, aterciopelada y recibía la Crema de Oriza, como las mariposas su polvo de oro, como los pétalos de las flores el color de su familia.

Sobre aquella frente vino á posar sus belludas patas una mosca.

La mosca es la prosa, es la mas desapa- cible de las trivialidades; pero la mosca en el pleno goce de sus derechos eligió la frente de Chona, no sabemos para qué.

Chona espantó la mosca, levantando una mano: la mosca describió un círculo y volvió á posarse en la frente de Chona.

Chona la volvió á espantar de nuevo; de nuevo la mosca tornó á la frente.

Chona insistió y la mosca no desistió.

Levantóse Chona del sillón y se puso frente al espejo con objeto de impedir que la mosca volviese á parársele sobre la fren-

te; pero no bien había fijado la vista en el espejo para espiar la ocasión de impedir á la mosca su intento, cuando ésta volvió á pararse en el mismo lugar, y entonces no sólo hizo sentir á Chona el escozor de patas, sino una formal picadura.

Chona se dió otra palmada, y se rascó la frente con impaciencia creciente porque quiso ver en aquella mosca tan impertinente una intención deliberada, y como sugerida no por un sér irracional, sino por quien pudiera tener un encono manifiesto contra ella.

No es raro que la mujer descienda á este género de puerilidades, ni que haga personificaciones, tomando las cosas por lo serio, aun cuando se trate de un muñeco ó de un juguete.

Chona al menos así lo hizo; se ensañó contra la mosca, hubo más, se llenó de una ira digna de mejor causa, y se sintió profundamente contrariada.

Cambió de lugar, y todavía una vez más la mosca volvía á picarla, y esta última

acometida acabó por desmoralizar completamente á Chona y se puso á llorar.

Entró Salvador.

—¿Qué tienes? le dijo, ¿qué te ha sucedido? me he tardado porque....

—No, no es eso.

—¿Pues qué te pasa?

—Oye Salvador: soy muy desgraciada.

—Habla.

—Lo dicho, soy muy desgraciada.

—¿Quién te ha disgustado? dímelo, ¿quién se ha atrevido á?....

—Te lo diré, escucha, me ha disgustado profundamente....

—¿Quién?

—Una mosca.

—¿Una mosca?

—Sí, una mosca impertinente, una de esas moscas insoportables que se ha obstinado en picarme en la frente: mira.

—Chona mostró las señales recientes que sus dedos habían estampado.

—Efectivamente, dijo Salvador con naturalidad, te ha hecho daño.

—Hace media hora que estoy luchando.

—¿Con la mosca?

—Sí, con ese animal infame.

—Mira: voy á poner aquí papel envenenado para que mueran todas ¿estás conforme?

—Sí, que mueran todas las moscas.

—¿Y sólo por esto te has afligido tanto?

—¿Y te parece poco?

—Ya se vé, la cosa no merece la pena.

—Eso será para tí que no lo has sufrido; pero te aseguro que una mosca, tan insignificante, y todo como es, es capaz de poner á uno de mal humor.

—Pues que se olvide todo, afuera nimiedades.

—¡Nimiedades! insisto en que como á tí no te ha picado....

—Ya lo creo, en ese caso yo sería el impaciente.

—Pero yo no sería entonces la que me burlara de tí.

—Yo no me he burlado.

—Sí, te has reído.

—Era natural, me ha caído mucho en gracia que te disgustes con una mosca.

—No, pues esto no tiene nada de gracioso.

—No lo tendrá si no quieres, pero de todos modos lo mejor es olvidar esa contrariedad, y no ceder nuestras ventajas de posición y nuestra alegría, á contratiempos de tan poca monta.

—¿Sabes, dijo Chona con cierta impaciencia, que estoy dispuesta á probarte que esto no es una cosa insignificante?

—¿Sí?

—Exactamente; voy á probarte que en esto hay algo que vale un poco más la pena de fijarse en ello.

—¿Vas á probarme eso?

—Sí.

—Pues ya te escucho; porque eso va á estar curioso.

—Mira, Salvador, la felicidad es una cosa imposible en el mundo.

—¿Por qué?

—Porque supuesto que estamos sujetos á que una mosca nos la arrebate....

—Concediendo que nos la arrebate.

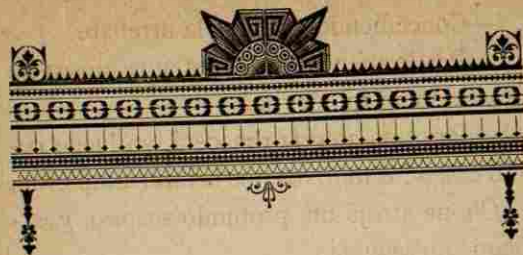
—Por lo menos, ya lo ves, una mosca ha acabado con mi alegría.

—Pero esa alegría renacerá tan luego como cesen los motivos que la interrumpieron.

Chona arrojó un profundo suspiro, y exclamó en seguida:

—Necesito hablar.

Salvador acercó más su silla, y se puso en actitud de oír atentamente.



CAPÍTULO VII.

LA MOSCA IMPERTINENTE.

AY á confundirte, dijo Chona; ahora me toca á mí ser la que vea claro: por desgracia, mi vista no se ha empañado. ¡Ay! cuánto hubiera dado por algo de ofuscamiento, de locura, de ceguera; al menos, en todo eso podría encontrar una disculpa.

—¿Pretendes disculparte? ¿vas acaso á moralizar? Ya sabes que yo encuentro todo

—Concediendo que nos la arrebate.

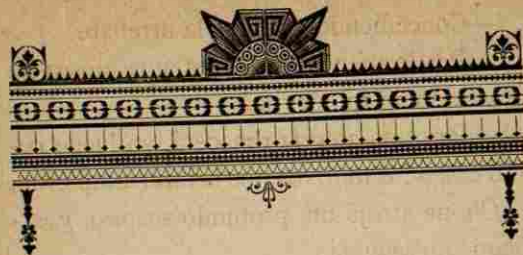
—Por lo menos, ya lo ves, una mosca ha acabado con mi alegría.

—Pero esa alegría renacerá tan luego como cesen los motivos que la interrumpieron.

Chona arrojó un profundo suspiro, y exclamó en seguida:

—Necesito hablar.

Salvador acercó más su silla, y se puso en actitud de oír atentamente.



CAPÍTULO VII.

LA MOSCA IMPERTINENTE.

AYOY á confundirte, dijo Chona; ahora me toca á mí ser la que vea claro: por desgracia, mi vista no se ha empañado. ¡Ay! cuánto hubiera dado por algo de ofuscamiento, de locura, de ceguera; al menos, en todo eso podría encontrar una disculpa.

—¿Pretendes disculparte? ¿vas acaso á moralizar? Ya sabes que yo encuentro todo

eso muy poco divertido; pero ya se vé, á medida que me ves mas cerca, voy dejando de ser tu dulce compensación, como me llamabas los primeros días.

—Siempre serás mi dulce compensación: ¿pero dejo por eso de sufrir? eres la compensación de un mal; pero el mal existe.

—Sabes que me parece increíble que una mosca te haya traído hasta el terreno de estas contemplaciones, que bien pueden ser todo lo edificantes que te parezca, pero no por eso son mas adecuadas á nuestra situación. Que mediten el cartujo y el hermano de la archicofradía, ¿pero nosotros? ¿no somos acaso libres? ¿no tenemos el mundo á nuestros piés? ¿no hemos sabido rodearnos de delicias que nacen de nuestras propias manos? ¿Á qué llamar entonces esas sombras siniestras? ¿para qué evocar esos fantasmas que vienen á turbar nuestra felicidad? ¿Te cansa esta felicidad? yo tengo mil felicidades que ofrecerte; ordena y cambiaremos de vida: ¿qué quieres? ¿te sofoca este aire? buscaremos otro en otra casa, en

otro pueblo, en otro país. ¿Ya te cansó lo que te rodea? lo sustituiré con ventaja: ¿quieres muebles mas ricos? ¿quieres otros tapices? ¿otros pájaros? ¿otros perfumes? lo cambiaré todo como en un teatro, ordena: ¿quieres un camarín rojo? ¿quiéres?....

—No, Salvador; quiero algo que tú no puedes darme.

¿Qué no podré darte? pide.

—Mi tranquilidad.

—¿Qué más?... dijo Salvador poniéndose pálido.

—El respeto de mí misma.

—¿Qué más?...

Cruzóse entre Chona y Salvador una profunda mirada, cuya elocuencia sería imposible traducir.

—¡Qué más!... ¡qué más!... repetía muy por lo bajo Chona.

Y reinó en seguida un larguísimo silencio. al cabo del cual dijo Salvador horriblemente contrariado.

—¡Y todo por una mosca! es necesario tolerarte esa rareza en gracia de tu puerili-

dad; la mujer no es mas que una niña cuando se la ama.

—¡Por una mosca! sí, por una mosca que tiene para mí una terrible significación.

Salvador procuró reírse, pero su risa fué tan hueca y tan extraña, que resonó en los azules tapices de aquel retrete, haciendo un contraste extraño.

—¡Una mosca! continuó Salvador, una... en fin, un insecto despreciable... un pedazo de... una futilidad, un... un...

—Una mosca inmunda, es cierto; pero que, representante de no sé cuántas vilezas, ha podido penetrar en este recinto que tú has cubierto de seda, de oro y de riqueza, que has impregnado de aromas, una mosca que ha osado tocar mi frente con una insistencia desesperante; pero... escúchame, Salvador, esa mosca es... es el remordimiento; esa mosca es una mensajera de la región de los dolores y de la podredumbre, que viene á buscar un pensamiento, que viene con toda su desesperante pequeñez y su nauseabundo aspecto á taladrar mi fren-

te, ¿lo comprendes? para sacar del fondo de mi alma, todo lo que de reprobación hay en mí misma; esta mosca me ha preguntado por mi pudor, y por mi nombre, y por mi fe; esta mosca...

—¡Es el diablo! interrumpió Salvador con sarcasmo.

—Es algo mas, es la conciencia, es la mensajera de mis deberes, es el átomo de materia que determina una catástrofe, es una mosca terrible.

¡Ay! antes hubieran podido picarme cien moscas, no buscaban nada en mí; hoy la mosca esta, ha encontrado lo que buscaba, ya lo ves, yo misma me he preguntado ¿por qué sufría? y me he contestado esto:

Cuando no tenemos la conciencia de nuestro bien obrar, cuando hemos delinquido, hay en nosotros mismos ese irresistible acusador de la conciencia, que amarga nuestro pan, que turba nuestro sueño, que marchita nuestras alegrías; y en tal estado, no queremos buscar en nosotros mismos la causa del desasosiego, y buscamos una mos-

ca á quien echarle la culpa y nos impacientamos buscando otro autor al rededor nuestro, antes que apelar al testimonio de nuestra conciencia.

Yo he sido criminal, he faltado á mis deberes, he delinquido, ¿qué derecho tengo á la tranquilidad, á la paz? ¿quién soy ante el placer, sino una limosnera escapada de las filas de las mujeres puras? ¿qué son para mí misma? ¿lo sabes tú, gran soñador? ¿sabes quién soy yo para mí misma? ¡soy menos que una mosca!

—¡Chona, qué cruel eres! Así te matas.

—Soy justa, no me lavo las manos, soy la primera en condenarme, no hay rehabilitación posible.

—¡Chona! ¿á dónde vamos á parar?

—A la verdad, á donde para todo.

Salvador había fijado en Chona, una de aquellas miradas de magnetizador, miradas penetrantes, que encierran para nosotros un misterio enojoso; pero era un hecho, Salvador ejercía un poder magnético y so-

brenatural sobre Chona; la hacía dormir á su pesar.

La misma Chona explicaba que Salvador tenía en sus ojos, algo como esa fascinación de la serpiente que atrae al pajarillo, algo como esa atracción del abismo; y que después de esta primera coacción irremediable, debía establecerse, algo como el ipnotismo que adormecía sus nervios, y que, siempre, siempre que Salvador quería la obligaba á dormir.

En esta vez, después de una mirada, de una duración casi imposible para mirada, Chona dejó caer los brazos y se quedó dormida.

Salvador la contempló aún por largo tiempo, observó los latidos de su corazón, notó que la respiración era regular y lenta y se levantó de su asiento.

Al acercarse á la puerta, salió del pecho de Chona un profundo suspiro.

Salvador volvió el rostro y dirigió una mirada dominadora sobre Chona, y formuló interiormente como un mandato.

En seguida salió de la habitación.

—¿Qué iba á hacer Salvador? Iba á estar solo.

Había otra alcoba contigua al retrete azul: allí había uno de esos sillones que les sirven á los enfermos, era un sillón para acostarse á leer.

Salvador se dejó caer en el sillón, cruzó la pierna y comenzó á atusarse las barbas.

—Se reventó el hilo por lo mas delgado, dijo; tiene Chona en estos momentos en el alma una procesión, y está mas apropósito para cantar misa que para amar.

¡Adios conquista de mi filosofía parisiense!

Estoy expuesto á que Chona me despida bonitamente entre dos Padre nuestros y una Ave María.

Triunfa la religión católica, apostólica.....

¡Maldita mosca! en esa mosca está el espíritu de algún buen señor de antaño, que se permite hoy exhumarse en traje de mosca para hacerme un perjuicio; y luego que como moscas las hay en todas partes....

¡Hé aquí la copa vacía!

A partir de este momento, vamos á estar muy divertidos haciendo apuntes para nuestra historia.

¿Quién diablos me metió en la cabeza cazar en vedado?

En verdad, que las tales tórtolas son los animales mas repugnantes que conozco. El día que me las sirvan en la fonda, se las tiro en la cara al fondista.

Yo seré capaz de hoy en adelante de librarme de las tórtolas; ¿pero de las moscas?

Transijamos con la mosca

Supongamos que viene.... ¿de dónde vendrá? ¿del otro mundo? démosle gusto á la mosca, tiene razón la mosca; Chona tiene su mosca que no la ha de dejar.

Aceptemos la monomanía.—

Había un retrato de Chona en aquella pieza.

—Era hermosa: ¡pobre Chona! dijo Salvador mirándolo.

Pero también es justo, exclamó luego como contestándose una pregunta que pasó

tan rápidamente por su imaginación, que casi no fué formulada.

Las últimas vicisitudes resolvieron la cuestión.

Yo, amante de la belleza plástica, adorador de la estética, soñador de líneas.... ¡vá! acercándose un poco y á toda luz, pues.... ya están allí esas líneas inexorables del tiempo, de ese viejo maldito que marca con unas uñas como las que se usan hoy, esas incisiones indelebles en el rostro: la muerte se anticipa á escarabajear á los suyos en el rostro, y escribe con su uña de talco en la cara á las mujeres, primero un pié de gallo, y después la va subrayando toda como un original que se corrije y que se entrerenglona.

Esas rayitas.... no, decididamente el mundo está sábiamente hecho; hay cuatro estaciones, ¡y en pleno octubre andamos queriendo atrapar una primavera por los cabellos!....

¡Inútil afán!.... adelante.

Galvanizad cadáveres, divertíos con los

muertos, gastad cuanto queráis vuestra batería y vuestras sales, al fin el muerto comenzará á apestar, y tendreis que suplicar atentamente al sepulturero que se lleve eso.

Esto es claro como la luz, y si en vez de «ser así» como soy, me pusiera á hacer versos, acabaría por aceptar la escuela romántica con todas sus consecuencias, y me lucía como hay Dios.

Después de todo, Chona está mas propósito para Carlos que para mí; yo veo en Carlos algo mas de santo que en mí. Carlos es todavía susceptible de plantarse un cilicio y ganarse el cielo por ese caminito, cuya invención no carece de chiste.

Por otra parte esto sí sería una reparación completa.

¡Y qué mucho que fueran felices todavía, cuando don Juan Tenorio se está mamando ahora una gloria de Padre y muy señor mío!

La mosca es un insecto delicioso.

¿A quién de tantos venerables espíritus, cuya gravedad me es notoria, le ocurriría la

peregrina idea de encarnarse en mosquita? Porque, eso sí, Chona tiene mucha razón, la mosca no es simplemente la mosca; Chona lo ha conocido al palmo, ¿y qué vamos á hacer con ello? Adelante.... adelante.... Salvador bostezó profundamente.



CAPÍTULO VIII.

SE ACERCA EL FIN DEL PLAGIO
DE GABRIEL.

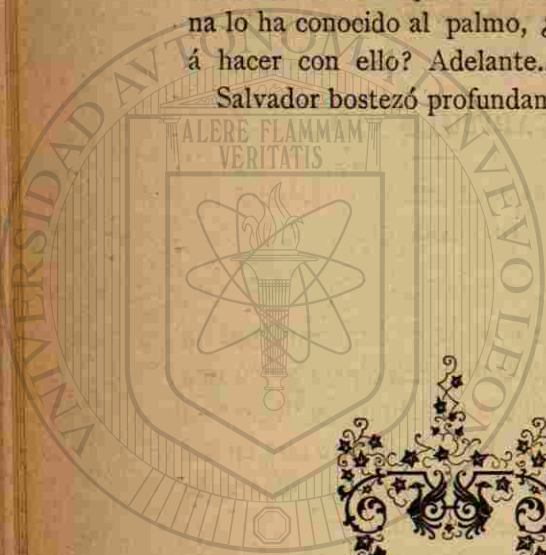
ATRAVESABA don Santiago la plaza del pueblo para tomar una callejuela solitaria, y llegar á su casa, cuando un hombre embozado en un jorongo pardo y con sombrero blanco de anchas alas, se acercó á él.

Serían las nueve de la noche.

—¿Usted es don Santiago? preguntó el desconocido.

—Yo soy, contestó don Santiago.

—Vamos á hablar quedito, agregó el desconocido poniendo al pecho de D. Santiago la larga hoja de un puñal.



peregrina idea de encarnarse en mosquita? Porque, eso sí, Chona tiene mucha razón, la mosca no es simplemente la mosca; Chona lo ha conocido al palmo, ¿y qué vamos á hacer con ello? Adelante.... adelante.... Salvador bostezó profundamente.



CAPÍTULO VIII.

SE ACERCA EL FIN DEL PLAGIO
DE GABRIEL.

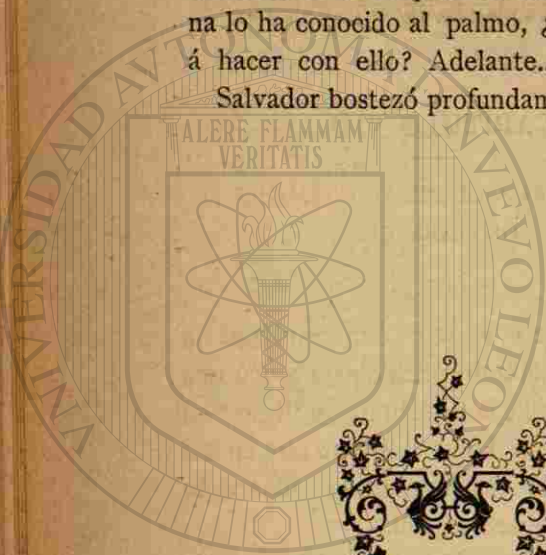
ATRAVESABA don Santiago la plaza del pueblo para tomar una callejuela solitaria, y llegar á su casa, cuando un hombre embozado en un jorongo pardo y con sombrero blanco de anchas alas, se acercó á él.

Serían las nueve de la noche.

—¿Usted es don Santiago? preguntó el desconocido.

—Yo soy, contestó don Santiago.

—Vamos á hablar quedito, agregó el desconocido poniendo al pecho de D. Santiago la larga hoja de un puñal.



Don Santiago no se movió.

La callejuela estaba enteramente sola.

No salía una sola luz de ninguna parte.

—Vengo por los diez mil pesos de parte de Gómez.

—Pero....

—¡Silencio! Gómez está perseguido, y para salvarse necesita repartir mucho dinero; si mañana no los recibe, mata á Gabriel y se va.

—No tengo esa cantidad, dijo don Santiago.

—¿Cuánto tiene?

—Mil pesos.

—Diez mil.

—No es posible.

—Tiene usted doce.

—En casas.

—Los diez mil dentro de una hora, ó muere Gabriel mañana.

—¿Dentro de una hora!

—En la misma noche, aquí, en este lugar.

—Pero....

—Váyase usted, aquí lo espero.

Don Santiago sintió que una mano brusca lo impelía para obligarle á tomar la dirección de su casa.

Anduvo de prisa temeroso de que lo siguiera aquel desconocido, y llegó á su casa jadeante y azorado.

—Bendito sea Dios que ha llegado usted, señor de mi alma, le dijo doña Mariana, su ama de gobierno.

—¿Por qué, doña Mariana?

—Porque están pasando unas cosas en el pueblo que, la verdad, tienen á uno con el alma en un hilo: pero á usted le ha sucedido algo, señor don Santiago; dígame usted lo que le ha sucedido.

—Usted, doña Mariana, dígame ¿por qué estaba tan sobresaltada?

—Porque vinieron á buscar á usted unos hombres, pero no son del pueblo, señor, no son del pueblo; y Dios me lo perdone, pero me parecieron mala gente; donde no se dejaron ver las caras....

—¿Y cuántos eran?

—No ví mas que tres, pero me parece

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, N.M.

que eran muchos según el ruido que hicieron al irse.

—¿Y qué querían?

—Nada más preguntaron por usted.

—¿Y usted qué dijo?

—Dije.... ¡válgame Dios! á lo que obligan á uno, hasta á mentir; dije que no estaba su merced en el pueblo. ¡Ay! y yo con un susto que las quijadas me repicaban, señor de mi alma: y á usted, ¿qué le ha sucedido? ¿tal vez lo han encontrado á usted?

—Sí, doña Mariana, me ha hablado sin duda uno de los plagiarios, porque la voz no me es desconocida.

—¿Y qué quieren todavía de usted esos... esos pecadores? por no decirles otra cosa.

—Que les dé los diez mil pesos esta noche ó matan á Gabriel.

—¡Ay, señor! si cuando yo le dije á usted que pensara bien lo de adoptar al chico, créame usted que tenía yo razón.

—No es ahora tiempo de entrar en esas reflexiones, doña Mariana, y pensemos en lo que importa.

—¿Cómo no ha de ser tiempo, si todos los males le han venido á usted con motivo de ese Gabriel de mis pecados?

—Sea lo que fuere, yo no tengo corazón para permitir que lo maten, estoy dispuesto á dar todo lo que tengo por salvarlo.

—¿Y nos quedamos á un pan pedir?

—Sí.

—¡Ahora que está usted tan enfermo y tan delicado? ¡no lo permita Dios, señor don Santiago!

—Es preciso.

—En todo caso, procure usted quedarse con algo.

—Bastante lo he procurado; pero según vamos, no es posible librarse de esta plaga; todavía de los ladrones se libra uno, pero de los plagiarios, es imposible; ya vé usted que osan venir á mi casa, hablarme en la calle, y todo se queda impune.

—Pero usted, ¿por qué no dió voces?

—Estaba yo amenazado por un puñal.

—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento! señor de mi alma, ¿con que llegaron....?

—Sí, doña Mariana.

—¿Y no hizo usted nada?

—¿Qué había de hacer?

—Pues yo sí he hecho una cosa.

—¿Qué?

—Avisarle á don Máximo.

—¡Ave María! exclamó don Santiago, eso basta para que lo sepa toda la población, y don Máximo es capaz de estar en acecho...

—Cabal que sí, como que es muy *templado*.

—El hecho es que es preciso no perder tiempo, déme usted las llaves.

—¿Qué vá usted á hacer?

—Déme usted las llaves.

—¡Va usted á sacar dinero! ¡ni lo permita la cruz de mi rosario, y la divina intercesión de María Santísima nos salve y nos!...

—Es preciso, doña Mariana, es preciso acabar de una vez, ¡para lo que he de vivir!... me bastará con lo que sobre.

Y don Santiago se dirigió hacia un viejo baul que, sostenido en dos pequeños bancos, había sido mucho tiempo objeto de la curiosidad de doña Mariana, quien se figuró

que de allí iban á salir los tesoros de Cresco, y exclamó:

—¡No lo permita María Santísima de Guadalupe! señor de mi alma, se va usted á quedar en la miseria, y á mí se me parte el corazón al considerarlo: no, señor don Santiago, esto no puede ser.

Y diciendo esto, doña Mariana se dirigió hacia las piezas interiores, mientras don Santiago se ocupaba de remover ciertos objetos, decidido á desprenderse de todo lo que formaba su capital en efectivo, que si no era la suma pedida, estaba seguro de que habría lo bastante para contentar la ambición de los bandidos.

Llevaba media hora don Santiago de apartar de aquí y de allí pequeños bultos, que señalados unos con iniciales, y otros con cintas que los ataban, tenían aspecto de todo lo que pudiera imaginarse, menos de dinero; pero en realidad, no eran sino puñados de monedas de oro, amortizados en distintas fechas por don Santiago, durante un largo período de años.

Era aquél el fruto de su trabajo y de sus economías, era la herencia de Gabriel y de doña Mariana.

Repentinamente don Santiago se vió rodeado, sin haber sentido previamente el menor ruido, de varias personas, entre las cuales figuraba doña Mariana.

Eran don Máximo, don Nestor, don Antonio y varios vecinos, á quienes doña Mariana había logrado poner en alarma.

Don Santiago paseó la mirada en torno suyo, y no podía darse cuenta de si aquellas personas vendrían á librarlo de la miseria, impidiendo que entregase su tesoro, ó serían los bandidos que venían á reclamarlo; pero la presencia de doña Mariana, y más que todo su aire triunfante, lo tranquilizó.

—No se apresure usted, señor don Santiago, á hacer semejante barbaridad, dijo don Nestor.

—No es una barbaridad, sino una desgracia irremediable, porque estoy seguro de que si esta noche no entrego el dinero, esos

hombres matarán á mi hijo sin remedio.

—Tranquílcese usted, señor don Santiago, le dijo don Máximo, porque los bandidos deben estar ya á estas horas en poder de la justicia.

—Eso es imposible.

—No es sinó la verdad, señor don Santiago, ya era preciso que esos hombres pagaran todos los crímenes que han cometido; y estoy seguro, que lo que es en esta ocasión no han podido escaparse, porque el señor Prefecto de aquí, ha obrado con una actividad asombrosa.

—No lo crea usted, señor don Nestor, decía don Santiago, á bandidos de esa especie es muy difícil darles caza.

—No ha de tardar usted mucho en desengañarse, señor don Santiago; figúrese usted que no sólo las autoridades de por aquí, sinó los de la Hacienda grande, los de la Hacienda chica, y otras muchas personas de importancia, como don Homobono Pérez, y otros, están obrando en combinación: esté usted cierto, por lo tanto, señor don

Santiago, que á estas horas ha de estar Gómez mas aflijido que usted.

A las razones de don Nestor, y á las no menos consoladoras observaciones de don Máximo y don Antonio, debió sin duda rendirse don Santiago, supuesto que pudo lograrse que desistiera por lo pronto de su intento.

Veamos lo que sucedía entretanto á Gabriel.

Lo hemos dejado en la primera noche en que pretendió su evasión.

Gabriel empezaba á sentir, impulsado por esa fuerza misteriosa de los presentimientos, la necesidad de apresurar el desenlace de su situación.

Toda la confianza que al principio tenía acerca de Gómez, se había tornado en temor, y aprovechando el primer momento en que se encontró solo, puso en planta el proyecto que había meditado.

El ventanillo que daba luz á su prisión, estaba, según hemos dicho antes, á bastante altura; pero en el ventanillo era donde

Gabriel, después de darle mil vueltas al asunto, había fijado todas sus esperanzas de salvación.

Ya había medido con la vista las distancias, y había ideado la manera de llegar hasta aquella ventana, que al volver de su largo desmayo, le había ofrecido un pedazo de cielo azul.

Apenas estuvo solo puso sobre una vieja caja un baúl vacío, en posición perpendicular, y sobre éste la única silla que había en el cuarto; subió con facilidad sobre el baúl, llevando la silla en una mano, y por más que aquello fuese para otro un equilibrio que no carecía de mérito, Gabriel pudo ejecutarlo hasta con cierta maestría, recordando en aquel momento los muchos golpes que había sufrido en el tiempo en que perteneció á la compañía de acróbatas.

Una vez sobre el baúl, colocó sobre él la silla y se encaramó al asiento, de allí pasó á los barrotes del respaldo, y sobre el último y de puntillas, pudo alcanzar el borde inferior de la ventana.

Hubo de ejercitar entonces la fuerza de contracción de los brazos, que es uno de los primeros ejercicios gimnásticos, y merced á esta fuerza logró desprenderse de la silla y elevarse lo suficiente para asomarse por la ventana.

Se presentó á su vista un patio cuadrado, uno de cuyos lados era un tapia sobre la cual se elevaban las copas de unos árboles; otro de los costados parecía ser el límite ó la espalda de alguna casa contigua, y en el lado opuesto había dos puertas, una de las cuales estaba entreabierta y dejaba ver parte de una cocina ahumada y oscura; todavía pudo distinguir Gabriel el claro de otra puerta posterior á la cocina, y vió apenas flotar la punta de una de esas servilletas, con flecos, que suele ser en algunos parajes el único signo de que aquello es una fonda.

—Luego aquello es la puerta, dijo Gabriel, y apenas hubo tomado este dato, volvió á aflojar los brazos hasta encontrar el respaldo de la silla con los piés, descendió al baúl como había subido, y se deslizó des-

pués hasta quedar en tierra; volvió á colocar aquellos objetos en su lugar, y se puso á esperar.

No faltaba en aquella pieza lo que hubiera sido mas difícil de encontrar, y era un cordel, pues no solamente había uno, sino que en aquel cuarto uno de los objetos que le había servido de asiento á Gabriel, era nada menos que un tercio de lazos nuevos del comercio, efecto que, en los lugares por donde pasan arrieros, como era aquella casuca, no faltaba jamás.

Esperó Gabriel la despedida definitiva de su carcelera, y una vez viéndose solo, comenzó á ejecutar su operación, empezando por atar varios lazos de manera que le pudieran alcanzar para descender hasta el otro lado de la ventana.

Ató la punta del lazo á la mitad de uno de los piés de la silla, y repitió á tientas la operación que había ensayado antes: cuando estuvo sobre la silla, recogió el lazo y lo colocó todo sobre la ventana, y después subió, y colocado con dificultad en el canto

de la pared, subió la silla para que quedara en postura horizontal al través de la ventana, dejó caer el lazo y en seguida se deslizó por él, teniendo la precaución, al llegar á tierra, de no soltarlo bruscamente, sino que fué soltándolo poco á poco, á fin de que la silla no cayera de golpe del lado opuesto é hiciera ruido dentro de lo que fué su calabozo.

La oscuridad de la noche favorecía sus proyectos, y deslizándose de puntillas llegó hasta la cocina.

En la pieza posterior hablaban varias personas.

Eran éstas dos de los bandidos de la cuadrilla de Gómez y la muger escuálida á quien conocemos y que había dado de almorzar á Gómez y al *Pájaro*.

—¡Adios! decía uno de los bandidos, ya no tome, amigo.

—¿Y por qué no? ¡adios!

—Pues porque tenemos que hacer y se va á dormir.

—No, qué dormir.

—¿Pues qué, siempre? preguntó la mujer.

—¿Pos dígame qué hacemos con el muchacho toda la vida?

—¡Pobre! exclamó la mujer.

—¡Diz que pobre! contestó uno de aquellos hombres, tan compadecida que es usted.

—Si fuera un hombre como ustedes, pero un muchacho.

—Esto es, ¿y qué hacemos, pues, con él? si tarde ó temprano se escapa y va á pitarlo todo.

—¡Pos ya se vé! dijo el otro, si lo mejor es despacharlo.

—Al fin en la barranca ni quien lo vea.

—¿Hasta allá se lo llevan? dijo la mujer.

—¡Pos no!

—¿Pos no vé que luego viene el agua recio y saca lo que hay en la barranca y se lo lleva al llano?

—¡No, qué!

—¿No, pos no dicen que allá encontraron el caballo de don Celso?

—Bueno, pero eso fué porque llovió esa misma noche, ¿perora?

—Lo mejor será enterrarlo.

—¡Adios! ¿y cree que eso es fácil?

—Pues no.

—Onde nos vamos á estar abriendo la tierra.

—Pos si no lo enterramos, luego apesta y vienen los zopilotes, y sacan el rastro como con don Celso.

—Pues ande, si hemos de ir, vamos.

—Pos al fin dice don Gómez que el viejo no ha de dar nada.

—Eso yo ya lo sabía, como no es su hijo.

—Vaya, y aunque fuera, ¿pos qué no conoce al viejo agarrado?

—¡Vaya! con que no ya mero lo mataban, y el viejo firme, y que no tengo, y que no tengo.

—Pos figúrese ora que ya está libre, pos ora menos da.

—Bueno, pos ande, usté le pega primero.

—¡Adios! ¿y usté por qué no?

—Pos los dos, ¿yo qué? ¡pos ora sí! pos no digo al muchacho, vaya y verá qué buena se la *jingo*.

Gabriel no había perdido una sola palabra, había corroborado la idea de que se trataba de asesinarlo.

Aquellos hombres iban á pasar junto á él para atravesar el patio y sacarlo de su calabozo, donde lo suponían dormido.

En esta sazón entró la vieja carcelera.

—¿Pues qué, deveras se lo van á llevar? dijo.

—¡Pos no! contestó uno de los bandidos, ¿por qué?

—Pos ustedes sí que hicieron bonita lucha, tanto esperar, y tanto exponerse, para ir saliendo con que... y lo que es yo, no me quedo sin parte: ¡adios! pos tanto estar cuidando para nada, ya ustedessi que *diatiro* ya no más matar por matar, ¿y qué consiguen?

—Que va con el chisme.

—No dice nada.

—¡Ah qué de que no dice nada!

—Pues ande, vale, vámonos yendo.

—¿Cuánto se debe chata? dijo el otro bandido.

—¿Pues ya no sabe? dijo una de las mu-

geres, dos y medio de la cena y dos del pulque.

Pagó el bandido y se puso en pié.

—Oiga, Don, le dijo la vieja al que había pagado, ¿pues no será bueno que siempre no le hagan nada al muchacho?

—¡Adios, qué usted!

—Sí, hombre, porque cuando los hombres se rifan, vaya; pero así no más irle á pegar al muchachito.... pos á que se le hace feo?

—A mí no, ¿pues yo qué? al fin semos mandados.

—Pero siempre; vaya, ¿por qué no lo dejan aquí? le esconderemos bien.

—No, ¿y si viene don Gómez y lo *jaya*?

—¡Don Gómez! don Gómez no anda muy bien parado, tiene muchos malquerientes, y un día ú otro lo agarran.

—Yo ya se lo dije, agregó el otro bandido, pero él es muy confiado, luego anda ahí diciéndolo todo.

—Y de que se le sube el pulque, pues hasta parece que quisiera poner avisos, pos todo lo dice.

—Son imprudencias de los hombres, dijo el otro bandido con aire de hombre de experiencia.

—Pues uno es que sea valiente, y otro es que ande con fanfarronadas que nos compromete á todos.

—Ya se vé, dijo la mujer joven ofreciendo cigarros á los bandidos.

—¿Pues ahí no estuvo el otro día en la tienda de don Máximo, diciendo que por aquí y que por allí?

Tenía una mona ese día que *¡álgame!*

—Yo creo que el día menos pensado le dan un susto.

—Don Gómez está creyendo que todos los tiempos son lo mismo; en tiempo de la revolución, vaya, pos todavía se tiene mas seguridad, pues al fin siendo uno jefe.

—Pero *ora* no es lo mismo, agregó el otro bandido, si bien á bien don Gómez no ha estado bien más que cuando tenía la fuerza y fungía de coronel, entonces él mandaba, y ora quiere hacer lo mismo.

—Y lo que es ora lo cojen.

—Oigasté, agregó el otro *vale* y don Gómez es malo.

—Vaya, si por eso es bueno tenerlo de amigo; si nó, cuándo habíamos de hacer nada con el muchacho.

—Pues déjenlo, agregaron casi á un tiempo las dos mugeres

—¡Ah qué mano! con eso nos *llega* don Gómez apenas lo sepa.

—¡Adios! ¿y qué les cuesta decirle cuando lo vean que al fin lo despacharon?

Los dos bandidos se fijaron la mirada, y después dijo uno al otro:

—¿Qué dice, vale?

—¡Pos usted si *deatiro* se anda *sesgando*! ¿pos no fué usted quien le dijo á don Gómez que lo despachaba al muchacho cuando se ofreciera?

—Ya se vé; pero yo si se lo digo es porque ve que las señoras se interesan; y luego que *¿paqué?*

—Pues la verdad, de todos modos siempre nos llevamos al muchacho; y si le parece, vale, lo echaremos vivo á la barranca,

á ver si por milagro cae vivo, pues allá se las compondrá como pueda.

—¡Ah qué usted tan malo! dijo la mas joven de las mujeres, ¿pues cuándo va á vivir? ¡si está muy alto!

—Pues como quiera, entonces primero le pegamos.

Las dos mujeres tiraban del jorongo al bandido, para indicarle que no cediera á los deseos de su compañero.

Gabriel, entretanto, tirado boca abajo en la puerta de la cocina, no había perdido una sola palabra de aquella escena.





CAPÍTULO IX.

SE DISUELVE LA REUNIÓN EN LA
HACIENDA GRANDE.

PASARON algunos días en la Hacienda grande en medio de la mas embarazosa indecisión para los convidados: todos los ánimos estaban abatidos y confusos, y en todas las bocas se mantuvo interminable el cuchicheo y el comentario, unas veces grave y edificante, otras mordaz y mal intencionado.

Las doncellas se creían con un derecho inalienable para escandalizarse, y parecían

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1425 MONTERREY, N.P.M.

muy poco dispuestas á perdonar á Chona; los pollos solían lamerse los labios, formando corrillos misteriosos, y más de uno hubo que, envidiando la suerte de Salvador, hubiera dado un ojo por ser el héroe de aquella historia.

Castaños, que como sabemos, era una de las gentes que «son así,» no se escandalizaba de nada: como había vivido en la alta sociedad, ¿qué no habría visto Castaños?

De manera, que no suspendió su risa socarrona ni su aire pulcro y suficiente, ni su locuacidad habitual.

—Mírese usted en ese espejo, le dijo á Carolina tratándose del fin de Chona.

—¿En ese espejo? contestó Carolina picada, no lo crea usted, Castaños; porque yo seré todo lo que se quiera, pero ¡dar una campanada! ¡yo cuándo!

—Es que ya vé usted, hija; ya vé usted á Chona, ¡quién se hubiera atrevido á pensar mal!

—¡Ah! ya se vé, por de contado.

—No; yo lo decía, agregó Castaños, por-

que como el matrimonio es una cosa tan seria....

—Ya lo creo: de manera, que necesita usted pensarlo mucho.

—Lo tengo ya bien pensado.

Todavía más, dijo Carolina con profunda intención.

—¡Ah! quiere decir que nos hemos resfriado, ¿no hija?

—No; sino que como el matrimonio es una cosa tan delicada y tan seria....

—Pero eso no quiere decir que en tratándose de nosotros....

—De todos.

—Ya hemos convenido, agregó Castaños, en que cuando se ha llegado á cierta edad, el matrimonio se verifica entonces bajo condiciones mas favorables.

—Sin embargo, yo creo muy conveniente que nos vayamos muy poco á poco.

Esta conversación fué interrumpida por la noticia que circulaba ya por toda la casa, de que el día siguiente era por fin el fijado para regresar á Méjico.

—Por supuesto, gritó doña Refugio, que ya se habrá pensado en proporcionarnos una fuerte escolta, porque de lo contrario, nos vamos á ver expuestas nuevamente á otros asaltos: esto está infestado de ladrones, y si hasta ahora, por beneficio de Dios, hemos escapado con vida, ¿quién sabe si á tanto poner la ocasión?...

—Naturalmente, exclamó otra señora, yo estoy resuelta, á que si no nos acompañan cien hombres, no me muevo de aquí.

—Ni yo.

—Ni yo, ni yo, exclamaron las pollas y Anita.

—¿Qué dice usted, señor Castaños? preguntó doña Refugio.

—Que tienen ustedes razón; ese Gómez, si bien es cierto que en estos momentos lo persiguen por todas partes, no por eso sería nada remoto que volviera á salirnos en el camino.

—Porque lo debemos suponer picado, interrumpió Santibañez, porque ¡vaya si ha caminado con mala suerte!

—No ha de decir usted eso, interrumpió un pollo, sino que se le ha recibido en todas ocasiones como él no se esperaba.

—Cabal, agregó Santibañez acordándose de los cartuchos que había consumido en la defensa de la hacienda.

—Que el señor Castaños se encargue de averiguar esto de la escolta, dijo una polla.

—Me parece muy bien, dijo Anita.

—¡Qué cara está poniendo Castaños! agregó doña Refugio.

—Con razón, contestó Castaños, de considerar que voy á ser yo quien le vea primero la cara al señor don Carlos...

—Como que no se ha dejado ver de nadie.

—Hace bien, dijo doña Refugio, yo en su caso haría otro tanto.

—La cosa no es para menos, dijo Anita.

—¡Pobre Carlos! dijo Castaños.

—¡Pobre! repitió una polla.

—¡Pobre! es verdad, ¡pobre! dijo Anita.

—En fin, ya hemos quedado en que no hemos de hablar de esto.

—Eso es, lo pactado, pactado, dijo Anita que era la que siempre se olvidaba del pacto.

Fué Castaños á cumplir su misión cerca de Carlos; tocó suavemente á la puerta, pero no le respondieron.

Esperó un momento, volvió á tocar, y hasta la tercera vez fué cuando oyó la voz de Carlos que dijo:

—¿Quién?

—Yo, Castaños, sólo un momento.

Se abrió la puerta.

—Pase usted, Castaños, le dijo Carlos, tome usted asiento.

—Gracias, señor; tal vez he sido impertuno.

—Al contrario, se apresuró á decir Carlos, precisamente iba á mandarle llamar.

—Entonces, celebro haber venido.

Carlos volvió á sentarse al frente de su mesa de escribir, en la que había una gran cantidad de papeles y libros de comercio.

Á pesar de la aparente tranquilidad de Carlos, se conocía que estaba atravesado

por uno de esos sufrimientos concentrados y prolongados que no pueden disimularse.

Carlos estaba mas pálido que de ordinario, y á pesar de su aseo habitual, tenía ese no sé qué que se nota en una persona que se ha desvelado.

Carlos no había vuelto á cambiarse ropa, circunstancia muy á propósito para ser notada por el pulcro de Castaños, quien con el ojo del elegante, vió, apenas hubo proferido Carlos las primeras palabras, que los cuellos de la camisa de éste estaban ajados, y que había en todo su conjunto las señales inequívocas de continuas vigiliias.

—Castaños, dijo de repente Carlos, después de haber estado concentrado por cortos momentos, me vuelvo á Europa.

Castaños recibió esta noticia como aquél á quien le dicen una cosa que ya sabía.

—Y vendo todas mis propiedades.

—Muy bien, señor don Carlos; ¿vá usted á dar otro paseo?

--Sí.

Y luego agregó mal afectando indiferencia.

—Es preciso.

—Pues si en algo me cree usted útil.

—Precisamente: usted ha sido un buen amigo de mi casa.... un amigo fiel, agregó luego, y por lo tanto, debo al manifestar á usted mi gratitud, encomendarle algunos asuntos.

—Los que usted guste, señor don Carlos, ya sabe usted que.....

—Como he tenido siempre arreglados mis asuntos, he tenido relativamente poco que hacer para zanjar las dificultades consiguientes á un cambio tan radical de situación. A usted voy á dejar algunos encargos: precisamente estaba terminando un pliego de instrucciones que leerá usted á su llegada á México.

—¿Se queda usted en la hacienda?

—Sí, al menos por algunos días.

—¿Solo?

—Solo.

—Pero señor.....

—Siento en el alma no despedirme de nuestros buenos amigos, especialmente de

las señoras; pero... qué quiere usted, he dado en gustar de la soledad, y como desde el primer momento esta fué mi conducta, me he propuesto seguir; al menos este sistema me evita que me vean, que me estudien. Yo sé muy bien todo lo que se levanta en derredor mío, todo es malo: la compasión es tan humillante como la risa, y la indiferencia tan amarga como el disimulo, yo «soy así» nada me sorprende, yo á mi vez, he sido comentador, he sido testigo, he formado parte de ese corrillo que rodea á las víctimas, cuyo papel, por otra parte, es lo mas detestablemente insípido que se conoce. Estoy persuadido de que en esta vida hay una justicia que no puede menos que reinar á nombre de la justicia eterna; esto lo sé, Castaños, porque lo palpo á todas horas, porque lo corroboro á cada nueva circunstancia: todo se paga, Castaños, todo se paga.

—¿Ha cometido usted alguna falta en su juventud? repárela usted Castaños, la reparación á tiempo suele aplacar á la justicia,

que tarde tal vez, pero siempre, llega á liquidar nuestras cuentas: ¿tiene usted una deuda? páguela, porque el mundo moral propende al saldo y los acreedores de nuestras faltas conservan sus cuentas á cobrar, y alguna vez nos obligan á la bancarrota: esto no tiene nada de irregular, el mundo así está organizado: si así no fuera, hoy no tendría esta convicción que hace tres días me está reorganizando.

Me ocupo de liquidar, siempre es bueno liquidar, Castaños, antes del balance general.

—Al separarnos para siempre...

—¿Para siempre? repitió Castaños conmovido.

—Sí. El hombre tiene en sus manos este precioso poder, transportarse, implantarse: el encadenamiento es el mas grande de los suplicios. Atar á un hombre al poste de su situación, es un tormento que apenas el Dante se atrevería á inventar; por eso vuelvo, y al implantarme en nuevo escenario, dejo mis tumbas y mis cunas á la respecta-

ble distancia de un mar, y empiezo una nueva vida.

Me ha venido la idea de ser millonario, la bolsa me está tentando como si fuera un niño, voy á ser atrevido y á apostarle al destino mi cabeza. ¿No le parece á usted, Castaños, que este precioso adminículo del hombre vale á veces menos de lo que pudiera valer otra de palo? la mía, por ejemplo, me está pareciendo que puedo colocarla en la categoría de las chácharas inútiles...

Reinó en seguida un largo silencio, durante el cual, inventaba Castaños la manera de romperlo.

Abrióse una puerta, contraria á aquélla por donde había entrado Castaños, y entró un dependiente que traía unas cartas: las entregó respetuosamente á Carlos y desapareció.

Carlos rompió uno tras otro los sobres, y leyó con cierta precipitación que no pudo disimular.

—Era preciso: no parecen: ¡que no parecen! el mundo entero está ocupado en

buscar un alfiler, y no lo encuentra: todo esto es muy natural. Cuando yo lo busqué personalmente, lo encontré: hoy no parece.

Castaños oía atentamente á Carlos, y sin interrumpirlo; pero en realidad, le habían hecho profunda impresión sus palabras, porque la amargura de Carlos era profunda y concentrada, y en su lucha por dominarse, conseguía siempre terminar sus períodos con una sonrisa.

Habló largamente con Castaños acerca de sus asuntos, le dió muchas órdenes, le hizo algunos encargos importantes, y enseguida se despidió, no sin ofrecerle á Castaños que no sería aquella la última ocasión que se viesen.



CAPÍTULO X.

LA JUSTICIA.

A corta distancia del pueblo en que vivía don Santiago, había una pequeña venta y mesón de arrieros, que según expresión de los vecinos, era y había sido desde tiempo inmemorial, abrigadero de ladrones.

El prefecto de entonces, que según el mismo don Máximo decía, era hombre astuto y entendido, había fijado ya su atención en aquella venta, y discurría los medios

buscar un alfiler, y no lo encuentra: todo esto es muy natural. Cuando yo lo busqué personalmente, lo encontré: hoy no parece.

Castaños oía atentamente á Carlos, y sin interrumpirlo; pero en realidad, le habían hecho profunda impresión sus palabras, porque la amargura de Carlos era profunda y concentrada, y en su lucha por dominarse, conseguía siempre terminar sus períodos con una sonrisa.

Habló largamente con Castaños acerca de sus asuntos, le dió muchas órdenes, le hizo algunos encargos importantes, y enseguida se despidió, no sin ofrecerle á Castaños que no sería aquella la última ocasión que se viesen.



CAPÍTULO X.

LA JUSTICIA.

A corta distancia del pueblo en que vivía don Santiago, había una pequeña venta y mesón de arrieros, que según expresión de los vecinos, era y había sido desde tiempo inmemorial, abrigadero de ladrones.

El prefecto de entonces, que según el mismo don Máximo decía, era hombre astuto y entendido, había fijado ya su atención en aquella venta, y discurría los medios

de que debería valerse para evitar las reuniones que allí se verificaban frecuentemente, y de las que resultaban por lo general algunos accidentes.

En la noche á que nos referimos, habían parado allí dos ginetes, los cuales, á juzgar por su aspecto, no parecían sospechosos.

Tras de un viejo mostrador estaba, en una pieza desmantelada y sucia, un hombre con la cabeza y la barba blancas, y con todas las trazas de haber sido apasionado de Baco, pues su rostro ofrecía todos los signos patológicos de los alcohólicos.

—¿Hay pasturas? preguntaron los dos hombres de quienes acabamos de ocuparnos.

—Hay, contestó secamente el viejo.

Entraron, pues, los dos ginetes al corral, sólo que en vez de preguntar por el mozo de los macheros, ataron sus caballos en buen lugar, y se pusieron á hablar misteriosamente por largo rato, yendo á colocarse enseguida en una de las dos bancas de piedra colocadas á los lados de la puerta de la pequeña tienda.

Embozados en sus malos jorongos, permanecieron guardando profundo silencio, y quedándose al parecer dormidos.

Á eso de las ocho se oyó á lo lejos el galope de dos caballos, y algún tiempo después llegaban á la venta Gómez y uno de los suyos.

Gómez paró su caballo cerca de la puerta y después de una ligera pausa, durante la cual el viejo plegó los ojos pareciendo reconocer al recién venido, le dijo:

—¿Quiere el cuarto?

Gómez también se tardó algo en contestar, pero al fin dijo:

—Pues vaya.

Y arrendó su caballo, y seguido por el ginete que lo acompañaba, entraron al corral.

—¿Qué haces, pelón? le dijo Gómez á un muchacho que se apareció para tomar las riendas de los caballos.

—¿Qué hace usted, señor? contestó el muchacho, y luego agregó:

—¿Se desensilla?

—No, no, contestaron á un tiempo Gómez y su compañero; y se dirigieron al cuarto que estaba contiguo á la tienda, encendió Gómez una vela de sebo, y le dijo á su compañero:

—Váyase por el mescalito.

—Había en aquel cuarto una mesa de palo blanco, oscurecido por el tiempo; dos bancas, y en un rincón un zócalo de mampostería destinado á servir de cama á los pasajeros.

El compañero de Gómez trajo un gran vaso lleno de mescal.

Al principio bebieron en silencio; pero á poco rato, Gómez comenzó á ponerse expansivo.

—Oiga, vale, decía, yo sigo de malas.

—¿Por qué?

—*Se me hace* que el viejo no dá por fin el dinero.

—Pues yo creo que sí.

—¿Quién sabe? es un viejo muy agarrado; pero más que eso, yo estoy de malas, y ya

sabe usted, vale, que de que los hombres se ponen de malas....

—No tenga cuidado, vale, le contestó su compañero, y no se ande afligiendo, porque luego es malo sesgarse.

—¿Yo sesgarme? pos ora sí, *¡esque* me sesgaba? ¡pos ya me iba sesgando!

—¡A qué usted!

—Tan *a-que-lló*, contestó Gómez ¡Ay amigo! lo que uno pasa por una mujer; pues luego hasta tonto se vuelve uno: usted verá, y ésta, ¡por vida de usted! que me ha querido; pero eso sí, como las mujeres.

—¿Y qué, se quiere casar con ella?

—¿Yo?... pos *quensabe* vale, quizá *quedrá* Dios, y si el viejo dá ese dinero, ¡pos cuándo no me caso! y verá qué boda; porque *oigasté*, esta mujer sí me ha querido. ¡Tráigame más mescalito!

—¿Y si le hace daño?

—¡No, qué daño! si ya sabe que sólo *jalado* ando derecho, y es necesario refrescarse, amigo.

—Que en los rigores del tiempo.

Son las penas que me matan,
Y el hombre nunca padece
Sinó por la que es ingrata.
Y qué bien dijo la encina
Cuando le cantó el canario,
No cantes ni me acobardes
Que está mi amor solitario,
Y he visto llorar los hombres,

Cuántimás ese.... ¡canario!

—Váyase á traer más mescalito, vale.

Mientras desapareció su compañero, Gómez recitó de nuevo los anteriores versos.

—Oiga, vale, ¿y el muchacho?

—¿Adios, pues ya no lo despacharon?

—¿Qué, lo despacharian?

—Pues usted no ha mandado decir que no...

—Eso es ¿no vale? que quedé de avisar: pues cuándo no lo han de haber.... beba, amigo, que no se ha de acabar, aquí tengo con que *osequiarlo*, beba recio ¡adios!

El compañero de Gómez apuró el vaso.

De repente se abrió la puerta y se presentaron en el cuarto hasta cuatro hombres.

—Dese preso, dijo uno de ellos.

—¿Yo amigo?

—Usted.

—¿Y yo de qué?

—De qué ya lo sabrá.

—¿Adios, pues qué, usted me conoce?

—Sí usted es Gómez

—¡Qué ha de conocer! si usted no conoce á los hombres.

Á pesar del estado de embriaguéz en que se encontraba Gómez pudo notar que le apuntaban al pecho con dos pistolas.

—Pues tal vez se habrá equivocado amigo, ¿pues á quién buscaban?

—A José María Gómez y dese preso.

—Adios y usted va á creer que no me daba! pues el que nada debe.... ¿ó le debo algo?

—Eso ya lo veremos, á ver las armas.

Gómez hizo ademán de tomar su pistola y uno de los que lo amagaban cuidó de cerca de que no pudiera hacer uso de ella.

—Pos estamos dados, dijo el compañero de Gómez, pos con una *sospresa*, pos cómo no se ha de dar uno.

—¿Bueno ya estamos; pero y ora? preguntó Gómez.

—Ahora caminan por ahí.

—Amárrelos, dijo el que parecía el jefe.

—¿Adios y *paqué* es tanto, amigo? pos ni cuándo nos hemos de ir, no ve que si no nos prueban nada pues á mí me conviene ver con quién me compongo después, porque en hallándome solito, si me puedo acomodar me acomodo, y si no, pues ya verá no más, y no apriete tan recio.

Cuando Gómez y sus compañeros tuvieron los brazos atados por la espalda, dijo uno de los aprehensores.

—¡Caminen por delante!

—Hágame favor, amigo, de ponerme mi sombrero, por vida de usted; dijo Gómez á uno de los aprehensores, con un acento que revelaba que aquella cortesía y aquel comedimiento en pedir su sombrero, encerraba el mas cruel sarcasmo.

Al pasar por delante del viejo de la tienda, quien á su vez estaba también en poder de la justicia, dijo Gómez.

—¡Adios! con que á usted también ¿no amigo? pues usted verá sinó son sinrazones: luego, luego cogiéndolo á uno como si fuera culpable; y sin consideración, y es que no saben los señores que uno también sabe la *constitución*.

—¡A ver si camina! le dijo uno.

—Ya voy amigo *¿pos* no vé que vamos caminando?

—¡Y sin resongar!

—Yo no resongo amigo; menos con los que se andan equivocando.

—¿Quién se equivoca?

—Yo digo, porque como usted no me conoce.

—¡Adios de no!

—Yo soy el coronel Gómez y lástima que no le pueda enseñar los oficios que tengo y las cartas de puño y letra de mi general, y hasta del ciudadano ministro.

—Allá enseñará todo eso á quien corresponda, dijo uno de los custodios, nosotros somos mandados; con que camine por delante. ®

—Pos si no sé andar á pié.

—Pos aprenda.

—Si fuéramos á caballo... ¿y dónde está mi caballo amigo? le dijo Gómez á uno.

—Pos ahí viene.

—Cuídemelo mucho mientras de que salgo; échele su unto en la cruz, yo les daré para él, cuídemelo, los cascós se los lava todas las mañanas y los pone su unto y que me lo bañen, amigo, porque está acostumbrado ¿lo oye? por vida de usted amigo.

Después de haber hecho Gómez los mas minuciosos encargos acerca de su caballo, se resignó á caminar á pié y con los brazos atados y se entregó de lleno á sus reflexiones.

La idea fija que no lo había abandonado en mucho tiempo, volvió á absorber toda su atención.

Todo lo que le sucedía era malo; cada una de las peripecias de su vida, unida á las anteriores, venía tomando progresivamente un carácter mas marcado de gravedad: su fuga de la hacienda y después de ésta el

asalto en que no tuvo embarazo en gritar, su nombre, eran circunstancias de tal manera graves, que le hacían temer seriamente y por la primera vez en su vida, el haber caído definitivamente para no levantarse.

Gómez acabó por ponerse profundamente triste y en todo el tiempo que duró la marcha no volvió á hablar.

A su llegada al pueblo, un inmenso concurso rodeó á los presos, pues casi toda la población había acudido á ver á los plagiarios.

Gómez había conseguido que le bajaran el sombrero lo mas posible sobre los ojos, pero á pesar de esta precaución, los vecinos pudieron reconocerlo perfectamente.

Presentados á la autoridad los presos, fueron inmediatamente puestos en distintos calabozos para incomunicarlos entre sí. Pasó toda la tarde sin que nadie se apareciera por el calabozo de Gómez, pero al oscurecer, fué conducido al juzgado.

En los momentos en que Gómez entraba al pueblo, don Santiago estaba visitando á Salomé. ®

Acababa de contar ésta toda su historia á don Santiago, quien á cada detalle sobre la perversidad de Gómez, sentía nuevo interés por Salomé.

Corrió don Santiago al juzgado para conseguir que lo primero que se procurase fuera averiguar el paradero de Gabriel: llegó en los momentos en que hacían comparecer á Gómez.

—Ante todas cosas, dijo don Santiago, que este hombre diga dónde está Gabriel.

—Diga usted el lugar donde ha ocultado á ese niño, dijo el juez.

—Pos quién sabe, exclamó Gómez, viendo en torno suyo.

—Es que acaso sería esta confesión la única circunstancia atenuante que pudiera alegarse en favor de usted.

—Ya sé lo que son estas cosas de juzgado, contestó Gómez, le ofrecen á uno y no le cumplen.

—Conteste Vd., ¿en dónde está ese niño?

—Yo qué sé, dijo Gómez encogiéndose de hombros.

—Se sabe á no poderlo dudar, que usted lo tiene en su poder.

—¿Quién dice?

—¿Conoce usted al señor? preguntó el juez señalando á don Santiago.

—Yo, no, contestó Gómez.

—Véalo usted bien.

—Nunca lo he visto.

—Desde la noche en que fui víctima de sus brutales tratamientos, dijo D. Santiago.

—¿Qué tratamientos?

—No se trata ahora de mí, continuó don Santiago, viendo que Gómez se iba á obstinar en sus negativas.

—Después arreglaremos esas cuentas, agregó el juez, ahora se trata de que diga usted en dónde está Gabriel.

—Yo no sé quién es Gabriel.

—Don Santiago hizo una señal de inteligencia al juez.

El 22 de junio, dijo, caminaba con mi hijo Gabriel con dirección á México, porque allí pensaba proporcionar á este pobre niño una buena educación.

Conocen ustedes á Gabriel, agregó dirigiéndose al auditorio, Gabriel es un niño inteligente cuanto desgraciado, es mi hijo adoptivo, yo lo recogí una mañana en que este pobre huérfano, abandonado y hambriento se había sentado á descansar; entonces lo adopté, lo consolé en seguida, y pronto lo amé como si fuese mi hijo.

¿Quiere usted saber la historia de este niño? dijo don Santiago dirigiéndose á Gómez, pues este niño tiene una madre desgraciada, mas desgraciada que usted, mas desgraciada que Gabriel ¿quiere usted saber cómo se llama esa madre? se llama Salomé.

Estremecióse Gómez de piés á cabeza al oír aquel nombre, y abrieron los ojos todos los circunstantes sorprendidos de aquel efecto que nadie se explicaba.

En seguida el juez preguntó.

—¿En dónde está ese niño?

Gómez pretendió contestar y articuló algunas palabras incoherentes.

—¿En dónde está ese niño? insistió el juez.

Gómez vaciló algunos momentos, pero al fin contestó.

—No lo sé, yo no lo conozco.

—Debo agregar algunos detalles, dijo don Santiago: este niño fué arrancado por una mujer, de los brazos de la madre, mientras ésta estaba fuera de sí; tal vez iban á tirarlo al campo, pero la mujer que lo llevaba, era perseguida, y para huír mejor, dejó al niño en tierra á la puerta del maestro herrero, quien recogió al niño y le sirvió de padre.

—Es cierto, es cierto, gritó un viejo con la cabeza enteramente blanca, y que desde el principio de esta escena estaba en la puerta del juzgado en medio de un grupo de curiosos.

—Que dejen pasar á ese anciano, dijo don Santiago.

Los que estaban agolpados á la puerta, se movieron para dar paso al maestro herrero, quien, apoyándose en un grueso bastón y vacilante y conmovido llegó á la presencia de los jueces.

—Es cierto, señores, todo eso es cierto, yo recogí á ese niño y yo le bauticé, es mi hijo ó como si lo fuera, hagan ustedes cuenta: por él he maltratado á mi mujer que no lo quería; por él.... por él he llorado como ahora.... porque el día en que se escapó no tuve consuelo y se escapó, señor juez, por prudencia y por bondad, no por ingratitud; se separó porque veía que mi mujer y yo reñíamos del día á la noche por el niño; y él es tan bueno, que prefirió dejarnos.

—Agregaré, dijo don Santiago, que no se escapó por su voluntad, sinó porque fué robado por una compañía de acróbatas.

—Por don Melquiades, dijo una voz de entre los curiosos.

—¿Quién dijo don Melquiades? preguntó el juez.

—Yo, contestó una anciana.

Era doña Gertrudis.

—Todo eso es cierto agregó, y yo que le fuí á contar á Salomé este lance, muy agena de que aquel niño á quien se había llevado



GABRIEL.

el payaso de la maroma, era nada menos que un hijo suyo.

—Gabriel continuó don Santiago, se separó un día de los acróbatas y vino á este pueblo en donde yo lo encontré.

—¿En donde está Gabriel? volvió á preguntar el juez.

—¿Se me permite hablar? dijo uno de los centinelas que custodiaban á Gómez.

—Hable usted, dijo el juez.

—Pues yo tengo unas malas noticias.

—Délas usted por vía de declaración.

—Pues como no ha vuelto ñor Teodoro.

—¿Qué Teodoro.

—Pues, como dijera yo, ¿no fué el que su persona de usted mandó á seguir á unos señores que dicen que eran sospechosos?

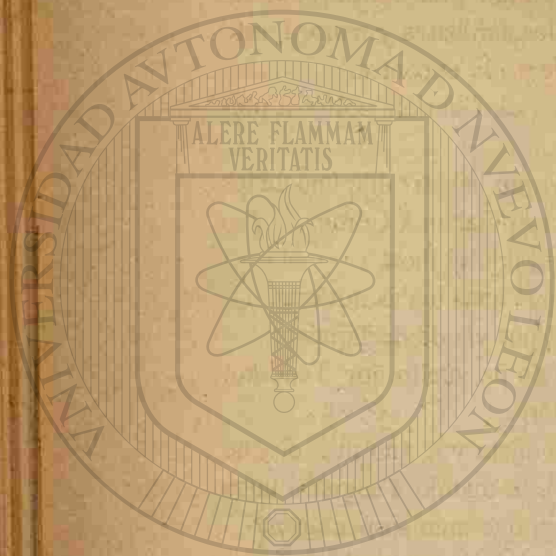
—¿Antes de ayer? preguntó el juez.

—Antes de ayer, repitió el centinela.

—¿Dice usted que no ha vuelto?

—No señor, contestó el que hacía de secretario, ni ha venido ningún parte del otro juez.

—Pues como ñor Teodoro se fué con mi



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

comadre, que es su señora por la iglesia, yo de que ví volverse á mi comadre sola le dije—¿pues qué anda usted haciendo? y ella me dijo, pues allá dejé á Teodoro—¿pues qué se quedó haciendo? y ella me dijo—pues dice que va á ver lo que hace—¿por qué? le pregunté y mi comadre me dijo—pues dice que vido entrar en la fondita á los dos señores y luego salió y esque le dijo á mi comadre—oye, vete para el pueblo porque estos hombres están diciendo que van á matar al niño esta noche, y uno dice que lo echarán en la barranca, y otro que no, y las mujeres se están compadeciendo, y vete para allá, y voy á ver si hay aquí quien me ayude, porque ellos son dos y no tengas cuidado, pero no lo vayas á decir porque es comisión secreta la que me han dado—pero mi comadre siempre me lo dijo y es por la aflicción que tiene de que mi compadrito no parece pero yo digo que quizá será buena señal ó quién sabe si mala, porque algo ha de estar haciendo pos onde no ha venido.—

Gómez estaba horriblemente pálido había sentido un vuelco en el corazón y aunque había rechazado mil veces la idea de que Gabriel fuera su hijo, encontraba en sí mismo un presentimiento pertináz, un síntoma que él no podía apreciar; sentía que aquel niño era el fruto de sus amores con Salomé y recordaba en aquellos momentos, con una amargura que nunca creyó experimentar, que había dado orden á los bandidos de matar á Gabriel, si á las once de la noche no habían recibido una contraorden, con el portador, de algún dinero, es indudable para Gómez que sus cómplices habían ejecutado la orden.

Gómez había tenido dos impresiones profundas en su vida y estas impresiones eran su amor á Salomé y el momento en que Salomé iba á ser madre: desde entonces no había estado Gómez en peligro alguno sin acordarse de aquellos seres, la una ausente y el otro desconocido pero que le habían hecho amar tanto la vida.

Estas impresiones habían sido siempre

fugitivas, pero casi siempre precursoras de las embriagueces de Gómez, quien por lo común recurría á alegrarse con aguardiente cada vez que sus recuerdos lo ponían triste.

—Señores, señores, gritó una mujer desde la puerta, vengo á dar una declaración importante: por el amor de Dios que me dejen entrar, aquí estoy señor don Nestor, aquí estoy yo, Mariana, yo soy Mariana, señor don Máximo.

—Que dejen entrar á esa señora, señor, dijo don Máximo.

—Ábranse, dijo un centinela.

Y la mujer que había hablado penetró hasta cerca de los jueces.

—Vengo atribulada, dijo, Jesús María y José nos acompañe.

—¿Qué ha sucedido? preguntó el juez.

—Nada, señor de mi alma, que yo, con esta curiosidad que Dios me ha dado, no quedé conforme con lo de la otra noche y tenía el títere del dinero de mi amo; mi amo el señor don Santiago lo guardaba en un baul grande y según ví una noche esta-

ba el dinero en bultitos, en varios bultitos amarrados con cinta blanca.

—Cabal, dijo don Máximo, que yo lo ví cuande los volvió á guardar don Santiago.

—Ya se acuerdan ustedes dijo doña Mariana dirijiéndose á don Máximo y á don Antonio, ya se acuerdan ustedes que mi amo dijo que estaba muy convencido de que no debía entregar su dinero, y desde entonces, ni quién volviera á hablar de aquel asunto, y nos fuímos á acostar ¡pero estando en misa!... y es que María Santísima de la Soledad me lo inspiró por su infinita misericordia; estando en misa, dije, he de ver si ese baul grande está bien cerrado, no sea que un día ú otro vaya alguno á saber y entonces pueden robarnos: salí de misa y me fuí con el títere, pero, van ustedes á creer que se me olvidó? ya se vé, con todas estas cosas que suceden no piensa uno en nada: no me volví á acordar, cuando que ahora, señor de mi alma, ¡que me acuerdo! y dije, pues voy á ver el baul y ¿qué les parece á ustedes que ha sucedido? que

voy al baúl y me lo encuentro abierto, pues, sin la llave, aunque tenía la tapa cerrada, y dije para mí—si habrán robado al amo y si veré y si no veré, hasta que por fin dije, no es bueno ser curiosa, pero vale más desengañarse; ¡y que abro la tapa, señor de mi alma! y que me encuentro con que ya no estaban los bultitos, entonces empecé á buscar, pero no había más que papeles y algunas taleguitas vacías.

—¡Qué haré, Dios mío! me dije, si habrán robado á mi amo, si habrá puesto su dinero en otra parte, ó si se lo habrá dado á los... á esos señores que lo plagiaron, y dije: pues voy á desengañarme y le pregunté entonces al criado que duerme en el zaguán, y el hombre me dijo que había salido mi amo, sólo, una noche ya muy tarde, que había salido dos veces y había vuelto á entrar, y entonces dije, pues es seguro que mi amo ha salido para entregar el dinero.

—Señor don Santiago, dijo el juez.

—Es cierto, señor juez; dijo D. Santiago, al fin he dado el dinero.

—¡Arruinado! exclamó doña Mariana.

—¿En dónde está ese dinero? preguntó el juez al reo.

—Yo no lo sé, ni he recibido nada.

—¿Es al señor, preguntó el juez refiriéndose á Gómez á quien le entregó usted el dinero?

—No podría asegurarlo, contestó don Santiago, yo he dado el dinero á dos hombres que tenían la cara cubierta.

—Alguna seña, insistió el juez.

—No puedo darla.

—¿Á qué hora entregó usted el dinero?

—Después de las doce de la noche.

—¿En qué calle?

—En la calle sola, formada por dos tapias que sale para el potrero.

—¿Esa dirección tomaron los bandidos?

—Creo que sí.

El juez pareció reflexionar profundamente y reinó el silencio en la sala.



CAPÍTULO XI.

SALUDO EN EL OCASO.

POCO á poco los concurrentes fueron tomando una parte tan activa en aquella escena, que identificados con la situación, presentaban el aspecto de una sola familia.

La conciencia pública estaba manifestada allí con toda su severidad implacable.

Todas las miradas preñadas de rencor, se fijaban en Gómez, y cada uno de los circunstantes lo condenaba en su interior.

—¿Quiere decir, prorrumpió el juez, que

ha recibido usted el dinero, que le entregaban con la condición de no hacer mal al niño, y usted en vez de dejarlo libre, lo mandaba matar.

—¿Yo? exclamó Gómez maquinalmente, agobiado bajo el peso de la acusación, yo... no he recibido ningún dinero, porque si lo hubiera recibido....

—¿Qué hubiera usted hecho? hubiera usted dejado libre al niño ¿no es verdad?

—¿Yo?... pues si yo no sé eso del niño.

—Desearía usted no saberlo, pero precisamente porque lo sabe usted mejor que nadie, es por lo que ya no acierta usted ni á defenderse.

Don Santiago había caído en el abatimiento, tenía la cabeza apoyada en ambas manos y sufría en aquellos momentos de una manera terrible.

El maestro herrero se limpiaba las lágrimas con la mano.

Doña Mariana y doña Gertrudis, lloraban también.

—Que vayan dos hombres á caballo y á

todo correr, para ver si aún es tiempo de salvar al niño.

Salió de la sala un hombre que comunicó desde luego la orden; dos vecinos facilitaron sus mejores caballos y á pocos momentos, dos hombres atravesaban á caballo y á escape montes y llanuras.

No cesaron las diligencias del juzgado, ni dejó de estar concurrido un solo momento, pues todos los vecinos estaban pendientes del resultado de aquella causa, en la que se interesaban vivamente.

Don Nestor estaba jadeante, porque llevaba muchas horas de un trabajo no interrumpido; había tomado muchas declaraciones y había escrito muchos pliegos de papel.

Gómez estaba cada vez mas abatido y le faltaba ya muy poco para acabar de perder la moral: la muerte le inspiraba un terror pánico.

Algunos curiosos se habían alejado, y en la sala del juzgado permanecían aún, después de muchas diligencias practicadas, ade-

más de los reos, don Santiago, el herrero, doña Mariana y doña Gertrudís.

—Por última vez, le decía el juez á Gómez, confiese usted su delito: al fin el destino de usted está fijado y las negativas de usted no servirán, en ningún caso para salvarlo. Hay graves presunciones que hacen creer, que el niño á quien usted ha plagiado es su propio hijo, y ya muy pocas pruebas legales nos faltan que aducir, para que este punto de la causa que se instruye quede completamente aclarada. Acaso todavía sea tiempo de salvar á ese niño, y su obstinación de usted en callar va á causarle la muerte, diga usted la verdad.

Gómez pareció reflexionar por largo tiempo y al fin exclamó:

—Pues la verdad de Dios, sí, señor; yo también estoy seguro de que ese niño es mi hijo y eso es lo que me puede más que la muerte, señor; porque á mí ¿qué me ha de hacer la muerte? pero pensar que ese niño es mi hijo, la verdad señor, eso sí no lo puedo sufrir, y entonces vale más pagar de una

vez, que al fin en poniéndose bien con Dios...

—¿Pero bien, dijo el juez, usted ha tenido en su poder á ese niño?

—Sí, señor.

—¿Y ha recibido usted el precio de su rescate?

—No, señor.

—Y el niño dónde está que no viene? ¿por qué no está libre?

—Pues... porque no puede señor, dijo Gómez llorando.

—¿Cómo, por qué?

—¡Porque lo han matado! señor, y por mi culpa, porque estaba seguro de que don Santiago no daría el dinero, y ya es tarde para salvarlo señor, ya es tarde.

Lloraron á un tiempo don Santiago, el herrero y las dos ancianas, y reinó un largo silencio en la sala.

—¿Pero en dónde está ese niño? diga usted al menos, insistió el juez, ¿cuál fué el teatro de ese crimen, en qué lugar lo mandó usted matar?

—¿En dónde está el niño? preguntó uno de los jueces.

—¡Ay señor! ojalá supiera dónde está, iría á besar su sepulcro.

—¡Aquí estoy! aquí estoy! gritó un muchacho al través de una de las ventanas de aquella sala, que daba á la calle, ¡aquí estoy!

Don Santiago se levantó de su asiento violentamente.

—¡Es Gabriel! gritó doña Mariana.

—¡Es mi hijo! gritó don Santiago.

—¡Gabriel! dijeron varias voces.

—Gómez iba á dar un paso hacia la puerta, pero su guardian se lo impidió y ya don Santiago estaba colocado al lado de Gómez, cuando entró en la habitación un niño con los vestidos desgarrados y con la cabeza descubierta.

—¡Papá! gritó al ver á don Santiago, ¡papá de mi alma! y se abrazó fuertemente á las rodillas de don Santiago.

Gómez estaba sujeto por los brazos entre sus dos guardianes.

Detrás de Gabriel se había arrodillado el maestro herrero.

—Yo también soy su padre, dijo el herrero ¿ya no me conoces?

—¡Sí, sí! gritó Gabriel lleno de júbilo ¡usted también! sí, usted es mi primer padre... no, mi segundo, agregó Gabriel con una vivacidad cómica.

—¿Y yo, hijo? exclamó doña Mariana, acercándose, yo?

—¡Usted, usted! doña Mariana, yo creía que usted no me quería, pero está usted llorando.

Y Gabriel se abrazó de doña Mariana con ternura tal, que la pobre vieja estuvo á punto de morir de placer.

Entretanto se había entablado una especie de lucha entre Gómez y sus centinelas.

Don Santiago impedía con su cuerpo, que Gómez viera á Gabriel, y los centinelas que á su vez estaban enterados de la situación, detenían á Gómez, y no le permitían hablar, pues cada vez que éste pretendía hacerlo, uno de los centinelas le tapaba la boca.

Hacia el corredor vecino, se percibía un rumor de voces, y como un altercado.

—¿Qué es eso? preguntó don Nestor.

—Es una señora enferma que pretende entrar.

Don Santiago lo comprendió todo, dijo dos palabras al juez y salió de la pieza.

El juez mandó retirar á Gómez á su calabozo, y se suspendieron los procedimientos.

Gabriel quedó en brazos del herrero y de doña Mariana, á quienes empezaba á contarles la historia de sus padecimientos.

En una de las piezas inmediatas á la del juzgado hablaba á la sazón don Santiago con Salomé.

—¡Quiero verlo! decía Salomé, quiero ver á mi hijo, y luego moriré mas consolada, pero ya que Dios no ha querido quitarme todavía la vida, aprovecharé mis últimos momentos para conocer á mi hijo, señor don Santiago.

—Si al menos, dijo éste, esos últimos momentos de que según usted puede dis-

poner, los empleara en no amargar más la vida de ese niño.

—¿Amargar más su vida? preguntó Salomé.

—Oiga usted, señora, ese niño ha sufrido mucho, creo que no debe conocer á su padre.

—Bien, sí, que no lo conozca, pero yo quiero verlo, quiero ver si es como yo me lo he figurado hace once años, lo tengo aquí, en la imaginación; pero á pesar de eso lo amo como si hubiera vivido conmigo, y ya que no lo he visto crecer, ya que lo he llorado mil veces muerto, ya que yo voy á morir tan pronto, al menos que tenga esa compensación de todos mi pesares y que un solo momento pueda ser feliz á su lado, sí, porque yo seré feliz sólo con verlo, ya sabe usted cuánto he sufrido buscando este momento.... ¡y privarme ahora de él, sería condenarme á morir de desesperación!

--Ese niño no debe saber quién es su padre.

—Sí, ya lo sé, porque su padre va á mo-

rir ignominiosamente, y de nada le serviría conocerlo tan tarde; pero señor don Santiago, yo que no soy culpable sinó porque he sido madre, no es justo que me prive de ver á mi hijo.

—¿Se conformaría usted con verlo?

—¿Sin abrazarlo? sin hacerle caricias?

Don Santiago no se atrevió á decirle que no, y dijo solamente.

—Sin llamarle hijo.

—¡Ay! porque ya sé que no soy digna de ser su madre, pero esa palabra no se dice con los labios, está en el corazón y se sale; ¿por qué castigarme más todavía? ¿por qué condenarme á un nuevo tormento? ¡Don Santiago, por Dios! siento que ya las fuerzas me abandonan, que se nubla mi vista y quiero tener ojos para ver á mi hijo, y fuerzas para abrazarlo; usted no sabe ser cruel, usted que lo ama, usted que ha sabido ser su padre, calcule usted cuál será mi dolor si no lo veo; usted ha llorado al verlo, ¿y quiere usted que yo no lllore también? déjeme usted derramar mis últimas lágrimas.

mas, déjeme usted bautizar á mi hijo con ellas, y después.... y después usted más feliz que yo, seguirá siendo su padre, y Dios le pagará á usted á mi nombre, á nombre del amor eterno, tráigame usted á mi hijo, quiero verlo, quiero verlo.

Doña Mariana y el herrador, tenían de la mano á Gabriel formando un grupo á la puerta de aquella habitación.

—Ven, dijo don Santiago á Gabriel, ya esto no tiene remedio.

Quando Gabriel estuvo cerca de Salomé, sintió que dos brazos lo rodeaban y que una respiración anhelante y ardiente bañaba su rostro, sentía que era el objeto de un arrebato loco é incomprensible, pues no sentía en aquellos momentos lo que acababa de sentir con don Santiago y con doña Mariana.

Pasó por su mente la idea de que aquella mujer fuese su madre, supuesto que con tanta ternura lo acariciaba, pero aquello era una suposición más bien que un sentimiento.

Parecía que Gabriel acababa de agotar el

caudal del sentimiento filial, al abrazar á don Santiago.

Estas primeras impresiones, parecían haber agotado ya su sensibilidad, y un sentimiento más amargo que tierno y más de compasión que de amor, lo retenía sin embargo en brazos de aquella mujer, cuyo contacto febril le causaba una impresión extraña.

Don Santiago, el herrero y doña Mariana, contemplaban aquel cuadro; pero solo don Santiago estaba comprendiendo toda la amargura que contenía.

Gabriel cedió á un sentimiento no expansivo ni entusiasta, pero que al menos Salomé pudiera tomar por ternura.

Afortunadamente Salomé en aquellos momentos estaba inundada con su propio amor, amor que llevaba en sí, toda la abnegación del amor de madre, y no se apercibió de que en el fondo de aquel cuadro de amor, el mayor castigo de una madre consistía en la frialdad de un hijo, que se había criado en otro regazo, que no se ha-

bía nutrido á sus pechos y que no había aprendido nada de ella.

Don Santiago vió con profunda amargura que se realizaban sus predicciones: aquella emoción era superior á las fuerzas de Salomé, quien á poco rato se quedó sin conocimiento, pero fuertemente abrazada á su hijo.

Fué necesario abrirle los brazos para separar á Gabriel de entre ellos.

—Apenas pudo Gabriel hablar á don Santiago le preguntó:

—¿Es cierto que es mi madre?

—Es cierto.

Entonces Gabriel se arrodilló para contemplar con amarguísima atención aquel semblante marchito y en el que se dibujaban ya las siniestras sombras de la muerte.

—Parecía que en aquel momento nacía en el corazón de Gabriel el mas puro y el mas santo de todos los afectos: forjaba un mundo en un momento, improvisaba una vida en cada una de sus miradas y poco á poco fué entrando en un santuario de amor

del que había vivido expulsado por un destino cruel.

Habló don Santiago algunas palabras al maestro herrero y á doña Mariana quienes desaparecieron en seguida.

—Acaríciala, dijo don Santiago á Gabriel, ámala, háblale.

—Madre, dijo Gabriel con una voz muy conmovida.

Y como si esa palabra hubiera herido todas las fibras del cuerpo de Salomé se sacudió con un estremecimiento nervioso y en seguida se dibujó en sus labios una sonrisa inefable.

—¡Pobre madre! murmuró para sí don Santiago, enjugándose una lágrima.

Entretanto Gabriel separaba con ambas manos el cabello que caía sobre la frente de Salomé, en quien fijaba más y más su vista como si quisiera cerciorarse de que todo aquello era una realidad y no un sueño.

Después de algunos momentos llegaron el maestro herrero y doña Mariana: el herrero había ido á la parroquia para traer

consigo al señor cura, y doña Mariana llegaba con la persona que en el pueblo hacía de médico.

Salomé no había podido hablar y no articulaba mas palabras de vez en cuando sino estas: «hijo, hijo mío» «hijo»...

El señor cura era el mismo que había bautizado hacía once años á Gabriel y era también el mismo padre que había dicho la misa que Salomé no pudo oír porque prefirió leer el certificado que le había dado Gómez.

Hubo necesidad de convertir aquella pieza del juzgado en una habitación apropiado para asistir á un enfermo, y apenas hubo en ella lo mas indispensable comenzó la agonía de Salomé.

El sacerdote y don Santiago no se separaron de la cabecera de la enferma y ésta á su vez no soltó de entre las suyas las manos de Gabriel sino cuando ya no tuvo fuerza para contraer los dedos.

Por fin, exhaló el último aliento, clavando su mirada en lo alto, mirada que empezó

siéndolo y acabó por ser la de esa escultura que se llama cadáver.

Don Santiago tomó la mano de Gabriel y poniéndola sobre la inmóvil frente de Salomé le dijo.

—Cierra esos ojos.

Gabriel, ejecutó esta operación, dejando caer gruesas lágrimas sobre el pecho de la muerta.

En seguida reinó en aquella pieza y en el juzgado el silencio de las tumbas.



CAPÍTULO XII.

DE LO QUE PASÓ Á LOS APRECIABLES
PASEANTES A SU REGRESO Á
MÉXICO.

HMPRENDIÓ por fin la marcha á México la reunión de familias de la hacienda grande.

Doña Refugio no insistió en que se le diera escolta, desde el momento en que se supo la prisión de Gómez.

El camino fué triste en general para todos los viajeros, aunque debemos decir en honor de la verdad, aunque un poco en contra de la sinceridad amistosa, que cada cual,

siéndolo y acabó por ser la de esa escultura que se llama cadáver.

Don Santiago tomó la mano de Gabriel y poniéndola sobre la inmóvil frente de Salomé le dijo.

—Cierra esos ojos.

Gabriel, ejecutó esta operación, dejando caer gruesas lágrimas sobre el pecho de la muerta.

En seguida reinó en aquella pieza y en el juzgado el silencio de las tumbas.



CAPÍTULO XII.

DE LO QUE PASÓ Á LOS APRECIABLES
PASEANTES A SU REGRESO Á
MÉXICO.

HMPRENDIÓ por fin la marcha á México la reunión de familias de la hacienda grande.

Doña Refugio no insistió en que se le diera escolta, desde el momento en que se supo la prisión de Gómez.

El camino fué triste en general para todos los viajeros, aunque debemos decir en honor de la verdad, aunque un poco en contra de la sinceridad amistosa, que cada cual,

para sí, se alegraba de no caminar al lado de Carlos.

—Figúrense ustedes si Carlos viniera con nosotros, decía Anita.

—Qué mortificación! agregó otra señora.

—No poder reírse.

—No hablar de todo.

—Yo lo siento mucho, agregó Carolina, pero me alegro de que Carlos haya preferido quedarse en la hacienda.

—Todo lo que en México se dirá de esto.

—Ya empezaron.

—¿A decir algo?

—Sí.

—¿Pero quién dice?

—El Monitor.

—¿Lo tiene usted?

—Aquí está, dijo Castaños desdoblado un Monitor que tenía en la bolsa.

—«Lamentable suceso» dijo leyendo.

—¡A ver, á ver! dijeron varias señoras.

Castaños siguió leyendo.

«Acaba de tener lugar en la hacienda

grande, uno de esos acontecimientos horribles, cuyo solo relato hace temblar al que lo escucha. He aquí el hecho: La gavilla del famoso José María Gómez, asaltó hace pocas noches, la mencionada hacienda, en la que á la sazón se encontraba el dueño de ella con varias personas notables de México. Después de una obstinada resistencia por parte de los habitantes de la finca, los bandidos huyeron en vergonzosa fuga; pero no bien comenzaban á saborear su triunfo los heroicos defensores de la hacienda grande, cuando notaron la falta de la señora de la casa y de otra de las personas que allí vivían, pero cuyo nombre ignora la persona que nos ha referido el hecho.

«Cálculése cuál será la aflicción de esa desgraciada familia, al echar de menos á la señora, quien, según informes posteriores que hemos recibido, era un modelo de virtud y un dechado de relevantes cualidades.»

—Qué pronto se sabe todo en México, dijo Santibañez. ®

—Ya lo ven ustedes, añadió Castaños, doblando el Monitor, aquí está la noticia.

—Por supuesto, dijo doña Refugio, que no hay que hablar una palabra de si Salvador....

—¡Ah! no, qué disparate, dijo Castaños.

—Por supuesto, repuso Anita, qué necesidad hay de que las gentes se impongan de que esto no ha sido un plagio?

—Naturalmente, dijo Castaños, cuando por fortuna se ha encontrado un editor responsable tan á medida del deseo.

—De la misma manera que si se perdiera un pollo, después de haber pasado el gavilán; gritó Santibañez promoviendo la hilaridad.

—¡Qué cosas se ven! agregó una polla, al cabo de un rato.

—¿En dónde estará Chona?

—No ha de ser muy feliz.

—Es de suponerse.

—O quién sabe, objetó Carolina, luego esas cosas salen mejor que algunos casamientos.

—Pero no es lo común, exclamó doña Refugio, para restablecer el orden.

—No, yo no digo que sea natural, pero sucede.

Nadie objetó nada á esta réplica y guardaron silencio los comentadores.

Nada notable, según habíamos anticipado, sucedió á los viajeros hasta su llegada á México, donde aquella comitiva causó doble sensación que á su salida de la capital.

Cada uno de aquellos paseantes fué á su vez un venero de noticias, un torrente de palabras, una colección de descripciones y un centro al rededor del cual se agrupaban representantes de todas las clases de la sociedad, quienes á su vez comentaban, adulteraban y tergiversaban las especies á su antojo, al grado, que tres días después, no faltó periódico que asegurara que los bandidos habían acabado con la hacienda grande.

—¿Qué hay? preguntaba un dandy á una polla, ¿qué sabe usted de Chona?

—Pues ya sabrá usted, que la plagiaron.

—¿Y usted cree....?

- Vea usted.... aquí en confianza.
—Diga usted.
—Este es un secreto que no me pertenece.
—¿Pues qué hay?
—Que Chona.....
—¡Ah! sí.
—No lo diga usted.
—No, á nadie.
—Vea usted que nos lo encargaron mucho.
—No tenga usted cuidado.

Castaños, con su eterna sonrisa, se permitía decir en una de las piezas destinadas al billar en la Lonja:

—En resumidas cuentas, señores, y aquí que nadie nos oye, aquello.... decididamente no ha sido un plagio.

—¿Pues qué.... Salvador?....

—¡Vaya!....

—¡Ah, entonces!....

—Ya lo decía yo, si Salvador.... ¿y es venezolano ó de Buenos Aires?

—De Buenos Aires, dijo un viejo, yo conocí á su padre.

.....

Doña Refugio, por su parte, era la mas empeñada en recomendar el secreto, y debemos asegurar, en obsequio suyo, que estas recomendaciones eran de corazón, tenían toda la sinceridad de que era capaz doña Refugio.

Una noche se sintió violentamente atacada de pulmonía, y con este motivo la casa de doña Refugio fué el centro de reunión desde Castaños hasta Santibáñez, y desde Anita hasta Carolina.

Al principio, las visitas, con ese ojo médico y con esa prosopopeya que les conocen ustedes, decían que aquello no era más que una bronquitis, algunos eran de opinión que bien podría ser una tisis laringea, aquellos una laringitis, los de más allá que era enfisema pulmonar, y una señora grande decía que no era más que catarro caído al pecho.

—¡Qué pulmonía, ni qué nada! decía esta santa señora, yo he tenido siete pulmonías, pero esas sí fueron señoras pulmonías; pero esto, esto no vale nada.

Pero á pesar de todos aquellos diagnósticos, el médico fué el único que tuvo razón, y en algo debió fundarse cuando sin vacilaciones ni ambages mandó disponer á doña Refugio.

Alarmados con esta noticia los amigos íntimos de la señora, promovieron una junta de médicos, y como era de esperarse, esta junta la formaron don Miguel Jiménez, Lucio, y Ortega don Francisco.

La junta corroboró la opinión del facultativo de cabecera, y el padre González fué quien se encargó de comunicar á la enferma la fatal noticia.

—Vengo á visitar á usted, mi señora doña Refugio, pero no como sacerdote, sinó pura y sencillamente como amigo; pero ya que se presenta tan brillante ocasión, ¿por qué no la aprovecha usted, mi señora doña Refugio, á fin de ganar las indulgencias del Viático? ya sabe usted que son inmensas y que, bien mirado, es mas provechoso á los enfermos este acto religioso y solemne que todas las medicinas del mundo.

Esto se lo aconsejo á usted, no por que la vea yo á usted muy mala, al contrario, me parece que está usted un poco mejor que esta mañana.

Doña Refugio se dejó convencer por el padre González, y un momento después sacerdote y penitente se entregaban con fé á la santa obra de ganar aquellas mentadas indulgencias.

—Están haciendo mil barbaridades, decía Castaños, ¿á quién le ocurre obligar á que se confiese una persona que por razón natural va á resultar mas grave después de un acto tan solemne?

De todos modos, doña Refugio estaba muy expuesta á morir, y esta idea preocupaba altamente la atención de Castaños, quien á su vez daba mucho en qué pensar á Anita y á Carolina.

No carecían de razón estas señoras, aunque ellas no tuviesen mas fundamento para sus temores que esos presentimientos secretos en que la mujer suele ser tan acertada.

La confesión hubo de suspenderse por un

momento, pues el padre González entreabrió la puerta y sacando las narices, dijo:

—¿El señor Castaños?

Fué la primera vez en su vida que las apergaminadas é inflexibles mejillas de Castaños se pusieron rojas.

Le pasó á Castaños por los ojos como una inmensa sombra, como la sombra de una de esas nubes muy bajas que impelidas por el viento, nos desvanecen al pasar.

Però apesar de la sombra, entró Castaños á la recámara.

Cerróse tras él la puerta; pero la imaginación de las señoras se abrió para acojer todas las suposiciones, y su pensamiento voló en alas de todos los absurdos

Carolina y Anita se cambiaron una mirada, pero tan elocuente y casi tan palpable, que pudo adivinarse entre aquellas dos personas un alambre telegráfico.

Véamos lo que pasaba en la recámara.

—Siéntese usted por aquí, señor de Castaños, dijo el presbítero.

Castaños se sentó en un silla baja, pero

tan baja, que le permitía tener la cara muy cerca de la de doña Refugio.

Doña Refugio vió al padre González.

El padre González tomó la palabra:

—Mi señora doña Refugito me ha comisionado para hablar á su nombre.

A su pesar, los hombros de Castaños se levantaron como los del ajusticiado que espera la descarga.

—Los extravíos de la juventud son muy disculpables, dijo el presbítero, y yo de nada me escandalizo; pero acabo de saber, señor de Castaños, que.... que ustedes tienen una hija; y como debe usted suponer, el porvenir de esta joven es oscuro, y no es justo.... por otra parte, el estado en que se encuentra la enferma, que si bien por la misericordia de Dios, puede salvarse, uno no debe ver ese trance, ni esperar la muerte para volver sobre sus pasos; no señor, es preciso arreglarlo todo de una vez y santificar, por medio del matrimonio, una unión ilegítima, que si bien ha existido oculta, estas cosas, tarde ó temprano se saben, y sobre todo,

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO ESTES"
CALLE 4025 - MONTECENICIENTO, BUENOS AIRES

la conciencia es lo primero. Yo sé que me dirijo á un caballero, á un buen cristiano, y á un hombre temeroso de Dios; y por eso no he vacilado en llamarlo á usted, seguro que de aquí no saldrá sin reparar el daño causado, y.... no hay que avergonzarse por ello, al contrario señor de Castaños, las reparaciones ennoblecen al que las hace, mientras que la debilidad y el orgullo agravan las malas causas.

Cooperemos como buenos cristianos, mi señor de Castaños, á que los últimos momentos de esta señora, tengan al menos el gratisimo consuelo de la conciencia satisfecha, vamos, mi señor, ya verá usted como todo será para bien y no tendrá usted por qué arrepentirse ¿qué dice usted?

Hágalo usted por su hija, que tal vez no lo conoce á usted, que lleva tantos años de vivir en la casa de la cuna.

—Está bien, padre, dijo Castaños profundamente conmovido, se hará todo como usted lo desea, tiene usted razón, ante todo, soy caballero y soy buen cristiano.

Volvió á sacar las narices el padre González por la rendija de la puerta; pero en esta vez, detrás de sus narices apareció todo él rebosando júbilo.

Carolina y Anita no le perdían movimiento al padre, y cuando éste comenzó á dictar algunas providencias con respecto al casamiento *in extremis*, faltó poco á aquellas expollas para accidentarse.

—¡Mire usted la pata con que va saliendo el posma de Castaños! decía Carolina, con razón era tan retraído, y tan circunspecto, y tan taimado.

—Si de éstos que no comen miel, libre Dios nuestros panales.

—Vea usted á qué buena hora viene casándose el mi señor; y luego, ¿para qué? para hacerse el interesante, para vestirse de luto, y sacar á su hija á lucirla por todas partes.

—Ya usted lo vé, hasta hija había de por medio.

—Y la santa de Doña Refugio, ¿quién lo había de decir?

—Caras vemos....

—No hay que fiarse.

—Oiga usted, mi alma, vé uno cosas....

El rum rum corrió de boca en boca hasta la cocina, y á poco rato aquel casamiento no era ya un misterio para nadie.

En la tarde de ese mismo día, el padre González llegó á la casa conduciendo una niña.

Esta niña, el padre González y Castaños, entraron á la recámara de doña Refugio, y allí permanecieron por mucho tiempo, sin que nadie hubiera sabido lo que allí pasó.

En la noche se celebró el casamiento *in extremis*, y todavía la enfermedad permitió á Doña Refugio algunos días de sufrimientos, al cabo de los cuales, al lado de su marido, de su hija y del padre González, murió como buena cristiana.



CAPÍTULO XIII.

EL CANTO DE LAS TÓRTOLAS.

IMPOSIBLE fué la unión de Salvador y Chona; Salvador se había empeñado en que el diablo, disfrazado con traje talar, se había apoderado de aquella mujer que había manifestado tan felices disposiciones para el espiritismo; pero no había remedio; Chona desbarraba de una manera estupenda y á Salvador no le quedó más recurso que plegar sus banderas.

—Al diablo doy mi ciencia y mi expe-

—Caras vemos....

—No hay que fiarse.

—Oiga usted, mi alma, vé uno cosas....

El rum rum corrió de boca en boca hasta la cocina, y á poco rato aquel casamiento no era ya un misterio para nadie.

En la tarde de ese mismo día, el padre González llegó á la casa conduciendo una niña.

Esta niña, el padre González y Castaños, entraron á la recámara de doña Refugio, y allí permanecieron por mucho tiempo, sin que nadie hubiera sabido lo que allí pasó.

En la noche se celebró el casamiento *in extremis*, y todavía la enfermedad permitió á Doña Refugio algunos días de sufrimientos, al cabo de los cuales, al lado de su marido, de su hija y del padre González, murió como buena cristiana.



CAPÍTULO XIII.

EL CANTO DE LAS TÓRTOLAS.

IMPOSIBLE fué la unión de Salvador y Chona; Salvador se había empeñado en que el diablo, disfrazado con traje talar, se había apoderado de aquella mujer que había manifestado tan felices disposiciones para el espiritismo; pero no había remedio; Chona desbarraba de una manera estupenda y á Salvador no le quedó más recurso que plegar sus banderas.

—Al diablo doy mi ciencia y mi expe-

riencia: recíbese usted de doctor en aventuras galantes, gástese usted en París, amante usted una filosofía toda de ilustración y positivismo, sea usted partidario del realismo, de la verdad, para que lo repruebe á usted un sinodal de esta calaña, para que lo arroje á usted de su edén, Cristo en mano, una mujer que se le vuelve á usted entre las manos una Santa María Egipciaca.

De dónde diere, ella se ha salido con la suya; y lo que es su gloria eterna, se la mama como tres y dos son cinco: buen provecho le haga: hé aquí una bienaventurada de quien, por más que haga, no podré ser partidario.

¡Estupidez! ¡arrojar por la ventana mi pomo de esencia de violeta de los Alpes para quemar incienso, aroma que sólo la gracia de Dios puede hacer soportable!

Vamos, esto no tiene vuelta de hoja, ¿qué va usted á hacer con una virtud que se reedifica, con una santa que se encarna, con un pecador que se arrepiente?

Yo represento ante mi estimable presa

todo el gentilismo, toda la impiedad, todos los horrores del infierno, y con tan bellas prendas, no queda más recurso que retirarse con armas y bagajes.

Manos á la obra.

Hacía dos días que Chona y Salvador no se hablaban. Chona había llorado mucho y Salvador había pensado mucho.

—Chona, entró diciendo Salvador, ¿dónde quieres que te conduzca? ¿á la puerta de qué iglesia quieres que te lleve para que puedas emprender cómodamente el vuelo que tienes preparado hacia la gloria eterna, que tengo el mal gusto de rehusar por ahora?

—Salvador, contestó Chona con voz moribunda, eres muy cruel. Por más que he hecho, no he podido cerrar los ojos á la justicia; mi conciencia me habla á pesar de tu amor, á pesar de todo, te amo, pero sufro.

—Es natural: no me había provisto de indulgencias plenarias, ni de salvo conductos de ninguna clase: al amarte, te amé porque creí por un momento que serías capaz

de amar tú también, pero no conté con tu manía religiosa.

—¿Dónde quieres que te lleve, ó qué es lo que pretendes que haga yo con tu persona, en todo caso, no quiero perjudicarte. Voy por mi parte á buscar otro diablo como el tuyo, para que me enseñe á cambiar tan bonitamente de opinión, porque veo que para que se verifiquen estos cambios inexplicables, debe haber causas tan poderosas, que me siento inclinado á averiguarlas para apuntarlas en mi librito. Era lo único que me faltaba saber.

—Realmente contestó Chona, haciendo un esfuerzo, para que estos cambios se verifiquen, existen causas tan poderosas, que tú no podrás nunca comprender.

No he sido bastante ciega que no haya llegado á ver lo que tengo delante de mí; y esto me prueba que no hay más que una ley, y separarse de ella, es cerrar los ojos para abrirlos después en medio de la desolación del desengaño.

Dichoso tú que aún puedes tomar á ex-

travagancia mía lo que no es más que el resultado de una ley irrevocable y eterna; pero sigo rogando al cielo y seguiré pidiéndole noche y día que te ilumine, para que llegues á ver tan claro como yo: esto es, que no hay más que una misión, que no hay más que un matrimonio, que no hay más que una ley.

—Amen, murmuró Salvador y luego continuó.

—Me desespera tu santa resignación y renuncio á comprenderla, voy á vender mi resto de vigor y de vida, tengo un peso en el alma que me agobia; pensar que ya no me amas es un infierno que no me había imaginado, y pensar que no sé qué legión de santos te arrebató de mis brazos, es tener una causa perdida; porque, en medio de todo, no quiero romper lanzas con tus mitos, supuesto que los hago el honor de concederles todo el mérito de la victoria.

Repetidos diálogos de esta especie tuvieron lugar antes de la definitiva separación de Chona y Salvador hasta un día en que

UNIVERSIDAD ALFONSO DE BORBÓN
"ALFONSO DE BORBÓN"
CALLE 1425 BOGOTÁ, COLOMBIA

el retrete azul y el jardín y todos los encantos de los amantes apasionados, se cambiaron por una casita de miserable apariencia en donde Chona, en compañía de una anciana y cambiándose el nombre, determinó esperar el fin de sus días, ignorada del mundo.

Esta casita estaba inmediata á la iglesia de la Cruz en Querétaro.

Salvador, haciéndose una violencia de que ya desconfiaba él mismo, procuró reconquistar su aire habitual, y sus costumbres de solterón, sus expansiones de calavera, pero.... ¡cosa rara! no podía; por el contrario, todo cuanto le rodeaba lo ponía triste, todo lo encontraba malo y defectuoso, y no encontraba satisfechos sus deseos ni en medio de los placeres mas vehementes, ni rodeado de todas las comodidades.

Salvador pretendió aturdirse y no podía conseguirlo.

El vino no lo embriagaba ni le embrutecía; las mujeres no le movían ni le importaban.

Salió Salvador de Querétaro para México, en compañía de unos españoles ricos que habían formado en la casa de diligencias una tertulia alegre y bulliciosa; en México permaneció Salvador los días necesarios para hacer sus preparativos de viaje, y en seguida tomó el camino de Veracruz.

Se proponía viajar por los Estados- Unidos, pasar luego á San Francisco, vivir allí un poco de tiempo y embarcarse finalmente con dirección á Buenos Aires.

El recuerdo de Chona lo perseguía á su pesar, y aquel recuerdo era como una gangrena que lo corroía.

Aún intentó aturdirse, pero atravesaba pueblos y ciudades, pareciéndole que se habían acabado las mujeres: en sus mismos brazos lo sorprendían las visiones de su pasado, y derepente solía ponerse como insensato.

Sentía no sentir ya nada.

Le estaban reservadas emociones de distinto género.

Recibió una carta de su familia con no-

ticias funestas, acerca de sus intereses.

Cuando acabó de leer aquella carta, exclamó con profunda amargura.

—¿También pobre?

Y se quedó meditando por largo tiempo.

—Voy á darme permiso de vivir hasta donde pueda sostenerme en mi esfera ¡yo pobre!

Afortunadamente es tan fácil cortar esta hebra que se llama vida.

¿Para qué le sirve á uno esto?

Yo encuentro muy sabio, el que las mariposas se mueran poco después de sus amores.

Cuando yo acabe de poner mi último huevo, me acostaré á dormir.

Sin Chona pase, ¡pero sin dinero!...

¡Yo pobre! como si hubiera yo nacido de las piedras. ¡Ah! no, no, mil veces no!

Me ocurre también hacer un entreacto de cognac ó bien de Kirsch. La embriaguez tiene ciertos misterios que no me son de todo punto indiferentes.

Probemos.

Salvador bebió, pero para ahogar su alegría.

Jamás borracho alguno fué mas tétrico.

En su primera embriaguez todos los ruidos cesaron á su derredor.

Sólo escuchaba el canto monótono y triste de una tórtola.

Esas dos notas aflautadas de la tórtola, que llegan con el viento á gran distancia, eran para Salvador el mas desgarrador de los lamentos.

—¿Qué habrá en esos animalitos de triste y de terrible?

¿Dónde habrán aprendido ese gemir tan amargo? ¡Silencio! ¡yo podré creer en vuestras desventuras pero no en vuestra inocencia!

Estoy cierto de que aquellas tortolitas que maté en la casa del tío Mateo, han de haber sido dos espíritus románticos que me la están guardando.

¿He apurado el Kirsch, sólo para escuchar esa canción odiosa, ese lamento que me horripila?

¡En todas partes tórtolas!...

El Kirsch es un licor triste, renuncio al Kirsch, probaré otra droga de esas, apelaré al Rom..... ó al sueño.

Durmamos, si puedo, porque me va sucediendo que el diablo está de muelas torcidas con mi individuo.

Tendré que ocurrir al *hatchis*, cosa que como de origen celestial, no ha de gustar al diablo.

No tuvo tiempo Salvador para entregarse á esos remedios.

Cayó en manos del médico.

Salvador no había notado su enfermedad y juzgó pasajero el primer accidente.

El médico sabía que Salvador tenía ya con qué divertirse.

—¡Qué diablo! exclamó Salvador, hasta mi naturaleza se revela, curémonos, cúreme usted doctor, me fastidia la miseria de enfermarme como una dama: las enfermedades son la pifia por excelencia de la humanidad, no he visto cosa mas ridícula que un paciente.

¡Enfermarme! y por añadidura en este pueblo triste y monótono.

Salvador en su viaje á Veracruz no había podido pasar de San Agustín de Palmar.

Todas las mañanas lo despertaba el arrullo de una tórtola.

—Sí; muy buenos días, detestable plañidera, llorona interminable: quisiera yo saber, decía Salvador, á quién se le debe la invención de esas dos notas de obóe con que me atormentas desde tan temprano..... ¡Ya me va cargando esa tórtola!

—¡A ver! Antonio!

Entró un jayan á la habitación.

—Mira, toma mi escopeta ¿oyes cantar esa tórtola?

—Sí, señor.

—Mátala, y en seguida toma de sobre mi mesa un peso para que la entierres.

Salió el criado sin replicar.

Salvador volvió á entregarse á sus reflexiones en medio del malestar de sus dolores, que eran los que se encargaban de des-

pertarlo todas las mañanas, antes que las tórtolas.

Se oyó no muy lejos una detonación.

—¡Diablo, exclamó Salvador, ya cayó!

Volvió á poco el criado trayendo una tortolita muerta: la puso sobre la mesa y tomó un peso.

Pero no bien lo había tomado, rompió de nuevo el aire el canto de otra tórtola.

—¡Bestia! gritó Salvador, ¿no te dije que mataras á esa llorona?

—Sí, señor; aquí está.

—¡Óyela!

—Es la otra, señor.

—¿Cuál?

—La viuda.

—¡Mátala también, á toda la familia! ¿lo entiendes? á peso por cabeza, lleva el polvorín.

—¿Y los papeles? objetó el criado.

—¿Qué papeles?

—La medicina.

—No puedo curarme con esa música, ó se callan esos animales ó.... vete, mata á

todas las que lloren; pacifica la selva, al estilo del gobierno, que no me canten más, corre!

El criado salió provisto de pólvora y municiones.

A poco llegó el médico.

—¡Doctor! le dijo Salvador, no estoy bien, ¿me falta mucho?

—Probablemente: se había usted olvidado de que tenía dentro del cuerpo un germen de destrucción y este germen se ha desarrollado, esa fatal ponzoña se ha apoderado de la sangre, y va dejando huellas y haciendo estragos por todas partes.

—¡La sangre! exclamó Salvador ¡la sangre! he aquí un licor melindroso ¿qué le importa á mi sangre mi vida privada?... Doctor, si este licor ya no sirve, tenga usted la bondad de suprimirme, supuesto que el hombre tiene necesidad de transijir con ese *colonche* tan susceptible y por desgracia tan necesario.

Yo he perdido algunas libras de sangre,

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 2525 BARRIO DE BELLA VISTA

en un desafío, y me sentí bien en seguida: sángreme usted doctor.

El doctor se sonrió.

Los doctores tienen una sonrisa, que científicamente quiere decir «¡bruto!»

Los pacientes aguantan también esas sonrisas.

—¿Y la garganta? preguntó el doctor como para cambiar de conversación.

—¿La garganta? estoy apto para cantar una aria de bravura: un vals.

—A ver.

Y el médico apoyó una espátula en la lengua de Salvador, y observó.

La destrucción iba en aumento.

Es cierto que Salvador respiraba mejor, pero si Salvador hubiera podido oírse á sí mismo, hubiera notado que con respecto al tono habitual de su voz, estaba un punto bajo.

—¿No es verdad que estoy mejor?

—Sin embargo.

Y el doctor recetó nuevas pociones y se decidió por un tratamiento más enérgico.

Cuando Salvador volvió á quedarse solo, llamó á su criado; pero nadie le respondía: después de desgañitarse, entró una mujer.

—¿Dónde está el criado? preguntó Salvador furioso.

—¿Pues no lo mandó su merced á matar tortolitas?

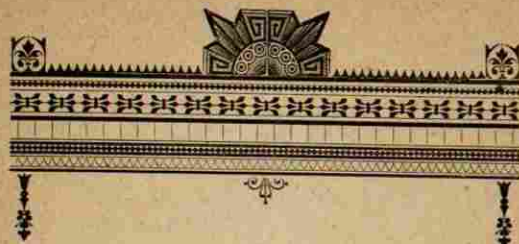
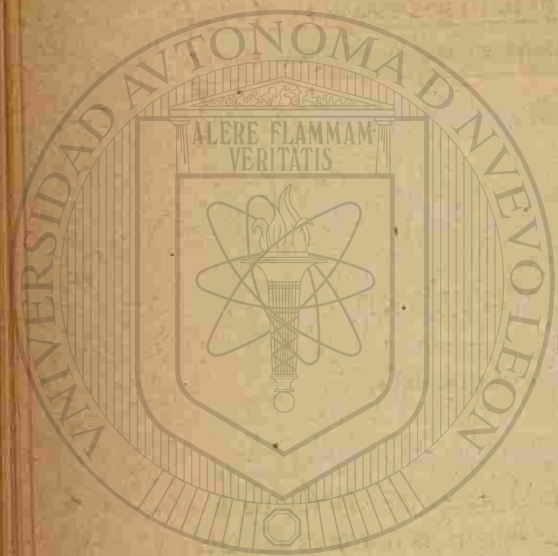
—¡Malditas tórtolas! ¡váyase usted! siempre, siempre las tórtolas!

Y luego agregó cuando estuvo solo.

—¡Y este correo! ¡van tres cartas que escribo y no tengo contestación! no cabe duda en que este es un país de bendición... ¡y de tórtolas!

Si no vienen mis amigos á sacarme de este infierno, daré al traste con la poca sangre que me queda, para rendir la jornada y pasar á Marte en derecha; donde de seguro no hay tórtolas.





CAPÍTULO XIV.

CONCLUSIÓN.

No fué la causa de Gómez de las que sufren los horrores de una tramitología interminable: había hasta ocho presos, pero en cuanto al reo principal, todos sabían ya el fin que le esperaba.

Aun tuvo Gómez que pasar de Herodes á Pilatos y de Pilatos á Herodes, en virtud de ciertas dificultades de competencia que

logró suscitar un defensor de Gómez: hasta que después de algunos días, el reo fué conducido definitivamente á Querétaro.

Aprovechando la escolta emprendieron la marcha para México, don Santiago y Gabriel.

Caminaba la comitiva llevando á Gómez entre filas, y detras de todos los presos venía don Santiago con su hijo.

En la primera parada y en medio de la afluencia de curiosos del pueblo, pasó por delante de don Santiago un hombre.

—Alguna cosita de mercería niños, dijo un par de tijeras muy finas, un cortaplumas, lapiceros, aretes, arracadas, hilos de ámbar legítimos, un par de mancuernas...

Y después, dirigiéndose á Gabriel le dijo: vea usted niño: anteojitos con miniaturas.

—¿Cómo son? dijo Gabriel.

Y Angulo (que no era otro el varillero) le dió un cortaplumas diciéndole:

—Vea usted por este agujerito, niño.

Y Gabriel vió.

Se puso encendido.

—A cuatro reales, le dijo con misterio á Gabriel, quien al quitarse del ojo la fotografía microscópica, se encontró con la mirada de don Santiago.

Gabriel se puso aún mas encendido y ocultó el cortaplumas.

Don Santiago fijó una mirada de indignación en Angulo.

—¿En dónde he visto á este hombre? dijo.

La navaja había pasado á uno de los soldados de la escolta.

—Mire, vale; dijo uno.

—¡Qué diablos de extranjeros!

—¿Y cómo meten esas monas en el agujerito?

—¡Pos ande!

—A ver, don Angulo.

—¿A cuántas por media docena, amigo?

—A ver, preste.

—¡Ah qué monitas! ¡pues si *diatiro!*

Los soldados habían formado un grupo que se ocupaba de *las monitas* con avidez.

—¿Qué sucede? gritó el oficial

—Es don Angulo que trae anteojitos, respondió el sargento.

—¿Angulo? dijo el oficial ¿en dónde está ese?

—Lo llaman, Don.

—¿Quién?

—El jefe.

Angulo se acercó al oficial.

—Alguna cosita de mercería, mi jefe; una barajita transparente, unas miniaturas de santos, un par de mancuernas.

—¡Entre á las filas! respondió el oficial.

—¡Adios, señor!

—¡A las filas!

—Pues si yo voy con mi ancheta....

—¡Con todo y ancheta!

—¿Pero yo en qué.... he faltado?

—¡A las filas! gritó el oficial.

Angulo se mezcló entre los presos.

La comitiva siguió su marcha.

.....
Ya hemos dicho que Chona vivía en una casita cerca del convento de la Cruz.

Estaba una tarde sentada tras de una ven-

tanita formada con gruesos barrotos de madera, al través de los cuales era muy difícil distinguir las facciones de la persona que se asomaba.

El mismo Carlos, hubiera podido ver á Chona frente á frente sin reconocerla.

La hermosa cabellera de Chona se había tornado lacia y gris, y las arrugas de su rostro, en formal divorcio con los afeites, sajan aquella fisonomía, en un tiempo tan interesante, al grado de hacerle perder toda la gracia de sus líneas.

La fresca jamona se había tornado en una vieja vulgar.

La vió mil veces toda la población de Querétaro, sin fijarse en ella: era una de tantas viejas rezadoras, perennes concurrentes á todas las misas y á todas las ceremonias de la iglesia.

Chona no hacía más que rezar, y le parecían pocos los días que tenía de vida, para emplearlos en sus oraciones.

Una tarde, según hemos dicho, estaba en la ventana: era tal vez la primera en que se

había permitido la emoción de contemplar la pared de enfrente.

Oyó un rumor: después distinguió al través de los barrotes de su ventana, un grupo de gente armada, después vió desfilár á muy corta distancia de ella á muchos de los actores que habían tenido parte en el drama de su vida.

—Dicen que ahí va José María Gómez, le dijo su criada.

—¿Cuál es?

—El del jorongo blanco,

Vino á la imaginación de Chona, el momento en que se había dejado conducir por Salvador; en aquel momento, el mas terrible de su vida, había oído entre los mil ruidos de la hacienda estas palabras.

—¡Aquí está José María Gómez!

Todas las imágenes de su felicidad perdida vinieron como á despertarla en su sueño, y de nuevo gruesas lágrimas volvieron á surcar sus mejillas.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño.

—No bien entró Gómez en su nuevo ca-

labozo sintió una terrible opresión, como si allí hubiera avivado con razón el presentimiento de su muerte.

Tampoco Gómez pudo dormir.

Fué sin duda aquella noche la elejida por algún angel justiciero para sacudir la sien de los delincuentes y de los aflijidos.

Angulo no durmió tampoco á pesar de haber andado ocho leguas á pié.

Pero don Santiago y Gabriel sí dormían y estaban tranquilos; Gabriel soñaba con México, don Santiago soñaba con su hijo.

A eso de las diez de la mañana, sacaron á Gómez de su calabozo, para carearlo con Angulo.

Ninguno de los dos se conocían.

Angulo tuvo que hacer un esfuerzo supremo, para no dejar traslucir su alegría.

Tenía la conciencia de que si no se hubiera dormido cierto día en la fonda, hubiera encontrado á Gómez para avisarle como lo perseguían, y acaso entonces no lo hubieran atrapado.

Angulo creía que sabedor Gómez de esta

omisión trascendental, pretendería vengarse denunciándolo como su cómplice; de manera que al oír que Gómez aseguró no conocerlo, su alegría fué inmensa.

Después de este último trámite, le fué leída á Gómez su sentencia.

—Ya usted ve las injusticias, señor, le dijo, otros hacen cosas peores y por ahí andan muy frescos, y uno á la primera que le cojen, luego luego al palo, como un delincuente; pues diga usted señor ¿qué, no hay leyes? y de eso le sirven á uno sus servicios por don Benito: ocho meses de andarme *isporniendo* por la causa; y entonces, cuando uno les servía, ya la paguita, y ya el hacerse sordos; *perora* que ya no lo necesitan á uno, pues que lo fusilen. ¡Adios! pues que ni perro que fuera uno. Con que á ver qué hace por mí: dicen que es bueno pedir amparo; pues pídale que no le ha de pesar, porque José María Gómez es agradecido como los hombres.

El defensor de Gómez aunque con muy pocas esperanzas, puso en juego cuantos

medios le sugirió su saber y empleó todo su valimiento en salvar á Gómez.

Denegado el amparo y todos los recursos legales, sólo pudo prolongar la agonía de Gómez, y por último recurrió á pedir el indulto.

Entretanto varios sacerdotes se habían encargado de preparar á Gómez para el último trance.

El primero que lo visitó, fué pésimamente recibido, y tuvo que sufrir los denuestos del reo, quien había dado en preferir el aguardiente á todos los demás consuelos.

Difícil fué para los padres conseguir que no le permitiesen al reo bebidas espirituosas, pero al fin hubieron de lograr su intento y Gómez estuvo mas tratable.

—¿Quiere usted confesarse? le preguntó el padre.

—¡Adios! ¿y yo de qué me ando confesando?

—Está usted en momentos supremos.

—¡Esque supremos!

—Muy pronto va usted á dar cuenta á Dios.

—El juez es quien ha de dar cuenta de la tirria que me tiene ¿yo de qué? pos que no vé usted la injusticia, yo ni cojí el dinero ni nada; y sólo porque le acumulan á uno, luego, luego allá van, y que bandido por aquí, y que bandido por el otro lado. No, á mí no me fusilan; ¿pues que no más es fusilar? yo he servido al supremo gobierno de la nación, y he luchado contra el invasor extranjero, por vida de usted padrecito, mire, así de franceses que me llevé ¡pues no!

—Todo eso es cierto, pero bueno será que usted se disponga, para que no vaya á cogerle la muerte en una mala hora.

—¡Esque mala! ¡ah qué padrecito! pues usted si que no más viene á calentar para que *gierva*; ¿pues no sabe que pidieron el indulto?

—¿Y si lo niegan?

—¿Si lo niegan? qué lo han de negar, entonces...

Larga fué la conferencia del sacerdote con

Gómez; pero á pesar de todo, nada se pudo conseguir, y llegó por fin la noticia que se esperaba con ansia.

—¿Qué hay? preguntaban por todas partes.

—Denegado el indulto.

Estas palabras llegaron á los oídos de Gómez, y á su pesar lo hicieron estremecer de piés á cabeza: en seguida entraron á su calabozo varias personas caritativas á anunciarle que se dispusiera para morir.

—¿Quiere decir que siempre me fusilan?

—Se ha hecho cuanto se ha podido.

Gómez se quedó profundamente pensativo.

—¿Pero qué, no habrá modo, insistió.

—Han fijado la ejecución para mañana, eso es lo que más han podido conseguir las señoras.

—¿Qué señoras?

—Muchas señoras caritativas que se han interesado por usted.

—¿Y qué?

—Como la ejecución debía haber sido en

el acto, y usted no se ha confesado, han conseguido darle á usted tiempo para que se disponga.

—¿Ya pa qué? dijo Gómez, pues al fin me han de fusilar injustamente, ¡pues pa qué me dispongo! vale más ir uno así; por que luego dicen que los que se confiesan se vuelven coyones ¡usté verá!

Apesar de todo esto, el sacerdote no se apartaba del lado de Gómez, hasta que logró hacerse oír; Gómez empezaba á concentrarse.

—¿Y yo de qué me confieso?

—¡Cómo de qué! de sus pecados.

—Pues usté figúrese, nunca he oído misa.

—Ese es un pecado.

—No he cogido nada del dinero ese que dicen, y ya ven como nada les ha sucedido al don Santiago ni á... ni á su hijo, ¿con que de qué me confieso? A ver usté váyame preguntando, usté que sabe de pecados veniales.

No se podía persuadir Gómez de que positivamente se estaba acercando la hora de

su muerte, apesar de toda la elocuencia del sacerdote; pero una circunstancia vino á hacerlo cambiar completamente.

Entró el carcelero á la capilla, para preguntarle á Gómez varias cosas.

—¿En dónde quiere que lo entierren?

—¿A mí? preguntó Gómez.

—Es que si tiene algo que disponer, para que se haga, porque temprano....

—¿Pues qué siempre? preguntó cambiando sustancialmente de acento.

—Yo decía, continuó el carcelero.... porque como luego hacen algunos encargos de la ropa, y eso.... no es más sinó porque.... si tiene usted alguno á quien dejarle sus cosas y si deja usted algo para misas por su alma.... en fin, lo que usted mande ó si se le ofrece algo de comer.... ó alguna cosa.

Lo que no había podido conseguir el sacerdote, lo consiguió el carcelero sin pretenderlo.

Gómez se puso á temblar de piés á cabeza, fué aquél el primer momento en que se convenció de que iba á morir, y apoderán-

dose de su alma el terror, perdió todos sus bríos y se arrodilló ante el sacerdote.

Desde este momento Gómez se transformó completamente, y se puso á merced de su confesor, considerándole como su único amigo en el mundo.

—Supuesto que es fuerza, decía, y que ya me llegó mi hora, padre, haga usted que Dios me perdone. ¿Me falta mucho? ¿qué horas son? Dicen que temprano me... ¡Qué hemos de hacer, padre, usted me perdonará las malas razones que le he dicho! Dice usted que Dios perdona, pues con tal de que me perdone, pues qué he de hacer, eso será lo justo, pagaré ¿pues qué remedio?

El sacerdote, deseando aprovechar el tiempo perdido, no se separó de Gómez un momento.

A las cuatro de la mañana se oyó el toque de un clarín, y en seguida un rumor de susado.

—¿Y qué, oscuras todavía me van á fusilar?

—No, yo creo que será mas tarde.

Pasaron algunos segundos.

El sacerdote seguía exhortando á Gómez al arrepentimiento y á la resignación.

Por fin, se presentó el carcelero, y en seguida la escolta

Gómez se abrazó del padre, y hubiera querido morir allí, pero oyó una voz que dijo:

—Vamos.

Al desprenderse de los brazos del sacerdote, sintió que le vendaban los ojos.

—No, todavía no: quiero ver clarear por última, es tan feo estar sin ver, luego me vendarán.

Tomó el padre á Gómez por un brazo, y otro sacerdote que acababa de entrar se colocó al otro lado, y así salieron de la capilla.

Entregáronle á Gómez un Santo Cristo: á su contacto vino á su memoria el cura á quien había robado, y todas sus primeras rapiñas.

Volvióse hacia el sacerdote, á quien dijo varias palabras y siguió andando.

Poco á poco le iban faltando las fuerzas para andar.

—¿Nos falta mucho? preguntó.

—No; aquí no más; contestó un comedido, creyendo hacerle un bien al paciente.

Entretanto Gómez necesitó tomar aliento porque sintió ahogarse.

Empezaba á salir la luz. Gómez pensó que aquella mañana hacía un frío horrible, un frío que lo hacía temblar.

Estaba ya cerca del cuadro; cuando hubo entrado en él, vió á su frente una pared de adobe.

—¿Allí es? preguntó.

—Sí; le dijo el sacerdote.

—La venda.

Le vendaron los ojos.

Anduvo todavía algunos pasos.

—Aquí, le dijeron.

Gómez se hincó.

Sintió que le dejaban solo....

Por quedo que lo hicieron los soldados, notó Gómez que el pelotón había apuntado.

Sonó la descarga, cayó Gómez de cara y después se enarcó retorciéndose con el último dolor, y sonó después el tiro de gracia...

¡La justicia humana había hecho una de las suyas!

Otra justicia de mejor calidad que ésta, se estaba entreteniendo en atormentar á Salvador.

Salvador había intentado suicidarse, pero sus amigos habían logrado frustrar dos veces ese intento: duró algunas semanas entregado á horribles padecimientos, su enfermedad según todos los médicos, era incurable.

No obstante, Salvador ha vivido tres años en su cualidad de enfermo habitual, en un estado miserable. Se ha logrado ya que desee la muerte; pero no ha vuelto á intentar suicidarse.

Algunas tardes, envuelto en una capa y con un fieltro bajado hasta los ojos, lo colocan en la testera de un coche de un amigo suyo, y se le vé en el Paseo de Bucareli.

Carlos está establecido en Burdeos, y tie-

ne una hija de doce años, que es una criatura angelical.

Chona sigue rezando por mañana y tarde.

La hija de Castaños es una pollita de las mas coquetonas que se encuentran hoy por esas calles de Dios.

Don Santiago y Gabriel son muy felices.

Gabriel ha sustentado ya dos exámenes brillantes y promete grandes adelantos en su educación.

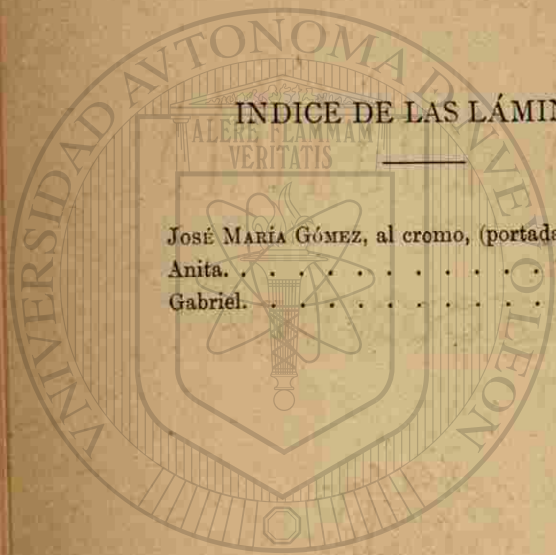
Castaños, Anita, Carolina el Pájaro y Angulo y demás conocidos nuestros, siguen lo mismo que cuando los conocimos, pues ya hemos dicho que «las gentes que son así» no tienen remedio.

FIN DE LA OBRA.

ÍNDICE.

	Páginas
CAPÍTULO I.—En el cual verá el lector el resultado de la historia de las tortolitas. . .	7
CAPÍTULO II.—Los comentarios	25
CAPÍTULO III.—Lejos de la Hacienda.	47
CAPÍTULO IV.—Un cabildo extraordinario.	65
CAPÍTULO V.—La resurrección.	79
CAPÍTULO VI.—El nuevo paraiso.	98
CAPÍTULO VII.—La mosca impertinente.	109
CAPÍTULO VIII.—Se acerca el fin del plagio de Gabriel.	121
CAPÍTULO IX.—Se disuelve la reunión en la Hacienda Grande.	143
CAPÍTULO X.—La justicia.	155
CAPÍTULO XI.—Saludo en el ocaso.	181
CAPÍTULO XII.—De lo que pasó á los apreciables paseantes á su regreso á México.	197
CAPÍTULO XIII.—El canto de las tórtolas.	211
CAPÍTULO XIV.—Conclusión.	227

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



INDICE DE LAS LÁMINAS.

	<u>Páginas.</u>
José María Gómez, al cromo, (portada)	
Anita.	13
Gabriel.	171

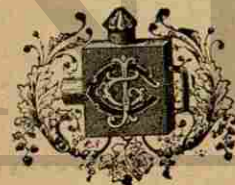
LA LIBRERÍA MÁGICA

SEGUNDA ÉPOCA.

LAS POSADAS

POR

FACUNDO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

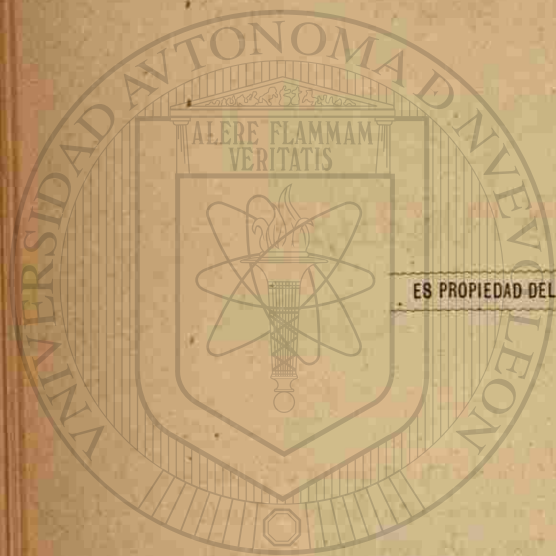
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SANTANDER.

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD.

1892.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"EMERSON PAPES"
MAY 1925



ES PROPIEDAD DEL AUTOR.



LAS POSADAS.

I.

EN la casa de un corredor de número hay en el patio ochenta tercios de robalo, de camarón y bacalao, capaces de asfixiar con sus emanaciones al corredor y á su familia.

Entra un agente de negocios, tapándose las narices, y cuando ha llegado á la asistencia exclama:

—¡Cáspita! ó vendes el pescado, ó no hay posadas, compadre.

®

—¡Aquí está el compadre! grita un muchacho.

—¡Compadre de mi alma! entra diciendo la mujer del corredor; ¿ya le *pegó* á usted el constipado?

—No, comadre, el camarón del patio.

—Ya se lo dije *á ese*.

Ese era su marido; lo avisamos, para que cuando el corredor diga *esa*, se entienda también que habla de su mujer.

El amor conyugal toma algunas veces la forma de pronombre: lo cual no es clásico, pero es cierto.

—¿Qué hay de posadas, compadre? dice por fin el agente de negocios.

—¿Qué posadas! si no pagan más que á cuatro y medio.

—¿Y qué?

—Que pierdo el dinero

—Tengo marchante.

—¿Sí? ¿A cómo?

—A seis.

—No, compadre....

—Por vida de usted.

—¿A plazo?

—Estoy trabajando porque aflojen.

—¡Ah! no es casa fuerte.

—Son los gachupines de ahora un año.

—¿Por fin, pagaron?

—Sí.

—En fin, usted sabe.

—Aseguraré la venta.

—Bueno.

—Negocio concluido.

—¿Hay posadas? entra preguntando una polla, que acababa de pintarse de blanco de una manera feroz.

—¿Cuánto me das por la noticia? le preguntó á la polla el agente de negocios.

—Una danza.

—¿Nada más?

—Y un schotish.

—Bueno: pues hay posadas.

La polla se puso de un salto en la pieza contigua, y recorrió en seguida toda la casa, propagando la placentera noticia. ®

—¿Conque *la armamos*, nó, compadre?

—*La armaremos*, compadrito, como ahora un año.

—Y ahora estarán mejores, porque vienen Sánchez y Amalia, y la Chata, y todos los de allá.

A estos personajes los puede conocer el lector en la novela que ha publicado Facundo con el apetitoso título de LAS JAMONAS.

El agente de negocios se fué á vender el pescado, y la mujer del corredor entró al despacho de su marido.

—¿Qué quieres?

—Es que.... las muchachas....

—Ya sé.... subsidio extraordinario.

—Pues como quieras: yo lo decía porque los vestidos verdes ya no están capaces.... por mí.... y aun por ellas nada importa; pero en fin.... tu posición.... ya sabes lo que son las gentes.

Entretanto el corredor escribía unas líneas en una tarjeta.

—Toma.

—Hemm.... murmuró la esposa; ¡si ya lo sabía! ¡eres tan bueno!

Aquella tarjeta cayó entre las pollas, hi-

jas del corredor, como un aereolito de oro (si los hay) y al día siguiente la casa del corredor era un bazar de lienzos blancos, cintas, adornos y encajes, que no había más que pedir.

II.

Dejáronse cuotizar sin oponer la menor resistencia un escribiente de la Tesorería, un pollo fino, cuyo papá es matancero, un escribano, dos diputados por Estado lejano, un español, novio oficial de una de las niñas de la casa, y un elegante que se llamaba Enrique.

El corredor de número tenía además hijos, sobrinos, primos, cuñados y todo lo necesario.

Estableciéronse todas las comunicaciones con los novios; se propagó la noticia de las posadas de boca en boca; se hicieron las convenientes invitaciones, y la casa del corredor se declaró en sesión permanente, teniendo por único asunto la importante cuestión de las posadas.

La hija mayor del corredor de número se llama Lupe, y se distingue de las demás pollas por la manera de peinarse.

Su cabello tira á azafranado, y es abundante: Lupe se lo alborota furiosamente y suele ocultar entre los *crepés*, que le sirven de armazón á la torre capital, algunos retozos de gro negro y otras menudencias.

La cabeza de Lupe es incomprensible; ni habría peine ni paciencia bastante para deshacer aquel amontonamiento de greñas, que se sublevan en todas direcciones, y sobre las cuales suele descollar una moña roja como una flor de nopalillo entre malezas.

La hermana de Lupe se llama Aurelia, y se distingue de su hermana en que se blanquea horriblemente, se pierde, desaparece detrás de un verdadero tabique de albayalde, en el que, á manera de cicatrices sanguinolentas, se asoman los ojos y la boca.

Lupe tiene novio que la visita, y Aurelia novio que la hace el oso á la oración.

Como el corredor de número no es muy viejo, ha tenido tiempo de entrar en la mo-

da de los nombres raros, y tiene un hijo muy bruto que se llama Salomón, y una niña de diez años que se llama Lucrecia.

La mujer del corredor está fresca, á pesar de sus cinco hijos.

Esta opinión no es nuestra, sino del agente de negocios, que como es compadre de la señora, ha tenido ocasión de juzgar con sus propios ojos; y fiamos tanto más en su testimonio, cuanto que al agente le parece todavía mas fresca la señora que á su propio marido.

Hay más; el agente de negocios tiene el valor civil de sostener esta opinión aún á la misma señora fresca.

—No puede ser, compadre, le dice ésta; sobre que mi marido que me conoce bien dice que estoy muy acabada.

—Esas son cosas de mi compadre, ya lo conoce usted; no le haga usted caso.

—Vamos á ver, dice el agente de negocios, que por otra parte es hombre de expedientes. Póngase usted su vestido color de rosa una noche de estas.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA DOCUMENTARIA
"ALFONSO REYES"
1917

—¡Dios me libre!

—¿Cómo Dios me libre?

—Sí; ¿no ve usted que está muy escotado?

—Precisamente por eso lo digo á usted, comadre; con ese vestido tiene usted diez años menos.

—¡Ah, qué compadre!

—Positivamente; al grado de que se confunde usted con sus hijas.

La mujer del corredor soltó una de esas carcajadas que sólo es capaz de soltar una mujer, y no así como quiera, sinó una mujer galanteada.

La risa ocupa un término medio entre las palabras y las acciones. Si la mujer no supiera reírse, adios mujer. Estas angelicales criaturas vienen al mundo con su provisión de risas, quiero decir, con su Santa Bárbara, con sus municiones de boca y de guerra, con todo lo que necesitan, en fin.

¿Para qué quieren más?

Esta risa de la mujer del corredor era de las de superior calidad; eminentemente dramática.

El agente de negocios se hundió en un piélago de conjeturas; y vean ustedes lo que son los hombres, ¿van ustedes á creer que sólo por esa risa se propuso el agente de negocios muy formalmente descifrar el enigma que encerraba?

Nuestro hombre sintió con la risa la misma comezón que con una charada difícil.

Guardó silencio, se quedó pensativo, y al cabo de un rato dijo:

—Comadre, por qué se rió usted?

—Por nada.

—¿Cómo por nada?

—Sí, por nada.

—¿No me lo ha de decir usted?

—No.

—Pues yo lo he de averiguar.

—¡Curioso!

—No... no es precisamente curiosidad.

—¿No? ¿pues qué?

—Dígame usted por qué se rió.

—Curioso; otra vez curioso.

El agente se volvió á quedar pensativo. De repente su comadre se volvió á reír.

—¡Pero comadre!....

La comadre se rió más.

—Es usted muy risueña.

La comadre se desmoreció, se rió á reventar.

.....
Era muy risueña la mujer del corredor de número.

III.

De repente ya la señora fresca no se rió.

Había entrado su marido.

Con razón no se rió; un marido no es cosa de risa.

—Vamos á ver, compadre, dijo el marido; ¡á quién le toca la primera noche!....

—A mi hija Aurelia, interrumpió la señora.

—¿Y los otros muchachos? objetó el corredor.

—Bueno, pues esta noche á Salomón.

Como si hubieran adivinado ya, los cinco hijos del corredor estaban rodeando á su mamá.

—Esta noche le toca á Salomón la posada.

—¡Y á mí! ¡y á mí! ¡y á mí! dijeron todos.

—¡Silencio! gritó la mamá: esta noche á Salomón, que es la primera; mañana á Lucrecia; la tercera á Lupe; la cuarta á Pepe; la quinta á....

—La quinta á mí, dijo el agente.

—La sexta á Enrique, dijo el corredor.

—Eso es: Enrique es riquillo, que afloje. Lupe se puso colorada.

—¿Qué es eso, Lupe? dijo el agente con intención.

—¡Compadre! murmuró la señora en tono de dulce reconvención. La sétima.....

—La sétima, veremos, dijo el corredor.

—La octava, á mí, dijo su mujer.

—Y á mí la Noche buena, ¿no es eso? dijo el corredor: en resumidas cuentas á mí todas.

—No: ¿cómo todas?

—Casi.

Ese día el corredor salió á sus negocios. ®

el agente difirió los suyos, menos uno: el de la risa de su comadre.

Tenía razón la señora: el agente de negocios era muy curioso.

Volvió el corredor, y encontró allí á su compadre: entonces fué el corredor el que entró á su casa tapándose las narices.

—¿Qué hay? preguntó al entrar.

El bislabo *mucho* revoloteó en la imaginación del agente y de la señora, y los dos á una voz contestaron:

—*Nada.*

—¿Y el pescado? preguntó el corredor.

—¿El pescado? repitió el agente, como cogido con un anzuelo.... ¿el pescado, decía usted, compadre? y pillando en el aire una de esas ideas pícaras que se le van á uno como azogue, dijo:

—Hasta las cinco.

Eran las dos.

—¡Ah! dijo el corredor.

—Sí, dijo el agente, arrojando más aire del que se necesita para una simple sílaba.

—Pues comeremos, compadre.

—Comeremos, dijo el agente.

Y comieron.

En la mesa, el agente estuvo mas atento que de costumbre.

—Que le calienten á usted el pulque, compadre; está haciendo un frío atroz y usted está un poco constipado.

—No, ¡qué disparate!...

—Sí, sí, compadre: á ver, que le calienten el pulque á mi compadre.

El corredor pensó:

—¡Qué fino es mi compadre!

La señora pensó á su vez:

--¡Qué vivo es mi compadre!

El corredor tomó el pulque tibio.

En la tarde, la mamá y las niñas se fueron á la plaza á comprar unos Santos Peregrinos, *lama*, *heno*, velas y colación corriente.

El agente se dedicó á vender el pescado.

El corredor volvió á salir á sus correderías, que por más señas no le dejaban hacer pié en su casa.

A las siete llegaron cuatro músicos, de

los cuales tres habían desempeñado sus instrumentos hacía dos días.

En casi todas las casas de empeño de México hay en depósito todo el año, veinte, treinta y hasta cincuenta bandolones y guitarras; pero en Diciembre todos esos instrumentos se desempolvan y salen á hacer su aniversario de posadas, para volver á encerrarse en Enero.

Llegaron los convidados, y entre ellos el novio de Aurelia: llegaron también hasta tres señoritas, con acompañamiento de seis viejas y diez muchachos; y un momento después, la mujer del corredor, hincada ante un cajón de su ropero, que se había convertido en *andas*, se santiguaba devotamente.

— Señor mío Jesucristo.... ¡qué tonta soy! no nos hemos puesto de acuerdo en la tonada. Maestro, dijo dirigiéndose á los músicos, á cada *Gloria Patri*, ya sabe usted, y agregó cantando:

«¡Oh, peregrina agraciada!

¡Oh, bellísima María!

Yo te ofrezco el alma mía

Para que tengas posada.»

Los músicos preludiaron la conocida canción, y la señora empezó de nuevo:

— Señor mío Jesucristo, etc.

Llegó el momento de cantar la letanía; ¡pero en latín! ¡y qué latín! Los Santos Peregrinos debieron alegrarse de ser de barro y de no haber entendido una palabra: en cambio la concurrencia no era mas fuerte que los Peregrinos en este hermoso idioma, muerto afortunadamente.

Aquel momento fué propicio para juzgar de un solo golpe las distintas impresiones que producía el rezo en los concurrentes.

La señora, rodeada de todas las viejas y de las criadas de la casa, tomaba la cosa por lo serio y rezaba hasta con unción piadosa.

Las pollas rezaban pensando en otra cosa.

Los pollos se reían y se hacían señas de inteligencia: hacían alarde de burlarse de aquello, y alguno prorrumplía en un *ora pro nobis* con voz de pecho. Esta calaverada caía mucho en gracia á los otros pollos, que á

su turno gritaban también y ellos mismos creían que estaban muy divertidos.

El corredor y algunos amigos graves se habían estacionado en una puerta, aunque cada uno con su vela, para ver desfilar la procesión.

Los niños que llevaban las andas iban ufanos de su encargo, y otros hacían sonar unos pitos de carrizo, que entre todos los instrumentos de música son lo mas inarmónico y desagradable que puede sonar.

Los peregrinos, que *venían cansados*, como Rocha, *de andar los caminos*, pidieron posada, que tardaron en concederles por temor *de que fueran los ladrones que querían robar*, hasta que por dentro llegaron á decir:

Abranse los puertas

Rómpanse los velos,

Que viene á posar

El Rey de los cielos.

Se repartieron cacahuates, confites y tejocotes á los concurrentes, y acto continuo

comenzó el baile. Lo primero que hizo el agente de negocios fué sentarse junto á su comadre, y en seguida la preguntó:

—Comadre, ¿por qué se rió usted?

La comadre no contestaba más que esto:

—¡Curioso!

El agente se aventuró á bailar con su comadre.

El corredor le celebró este arranque de entusiasmo coreográfico.

—Bravo compadre, ¡así me gusta!...

—Qué quiere usted, compadre! le contestó el agente.

Y rompió á bailar.

—Sabe usted, le dijo un concurrente á otro, que huele mucho á pescado.

—Está ese patio... contestó el interpe-lado.

Entretanto, al agente de negocios le seguía haciendo cosquillas la risa de su comadre, y á ésta la seguía haciendo cosquillas la curiosidad de su compadre.

Al corredor no le hacía cosquillas nada todavía.

IV.

Se notó á la segunda noche que hacían falta algunas copitas de licor y unos bizcochos, tanto más, cuanto que se esperaba más gente.

Efectivamente, á la segunda noche circularon á la hora del baile algunos platones con *puchas, soletas, rodeos, polvorones y chufletas*, unas rebanaditas de queso fresco, y licores de *Perfecto-amor, garuz, canela, vainilla y almendra*, y no se omitió el ordinario tejocote ni el *tostado de horno*.

En cambio, la concurrencia fué mas numerosa, y el corredor empezó á ver en la sala fisonomías que le cogieron de nuevo absolutamente.

Todavía esa noche el agente no había logrado saber por qué se había reído su comadre.

—Estoy á punto, decía, de ponerme serio, de recibir como una ofensa la negativa de usted, comadre.

—Hará usted mal.

—¿Por qué?

—Porque eso no vale la pena.

—Sí vale, porque mi amor propio...

—No debe usted formalizarse.

—Si usted me fuera indiferente...

—Ya sé que no lo soy para usted, y se lo agradezco.

—Sí, pero sé que nada valgo.

—No lo siente usted así.

—¿No?

—No.

—Si valiera yo algo...

—¿Qué?

—Me diría usted por qué se rió.

—¡Otra vez!

—Perdóneme usted, pero he de insistir.

—¿Y si no se puede decir?

—¿Era burla?

—No.

—Entonces...

—Me pone usted en una tortura.

—¿Se rió usted de mí?

—No.

—¿Le parezco á usted ridículo?

—Al contrario.

—¿Quiere usted hacerme rabiar?

—Un poquito.

—¿Y después?

—¿Después?

—Sí.

—Ahí viene *ese*.

Ese venía á ver lo que estaba haciendo *esa*. *Esa* comenzó á estar cariñosa con su marido.

—¡Qué gusto me dá verte tan contenta! le dijo á su mujer.

El agente de negocios sacó cigarros y ofreció á su compadre.

—¿Pero qué estás haciendo compadre? ¡si yo no fumo! ¡de cuándo acá!

—¡Ah, es verdad! estaba tan distraído...

—La mujer del corredor que, según sabemos, era muy risueña, comenzó á reírse.

—¿De qué te ries?

Y como si su marido le hubiera dicho *rie*, la señora se soltó riendo hasta desmocerse.

Al corredor no le gustó entonces la risa de su mujer.

¿Por qué sería?

El agente de negocios fué á la casa de su compadre en la mañana siguiente, y manifestó gran entusiasmo por las posadas. Llevaba unos farolitos de papel para adornar el corredor, y opinó porque como la cosa se iba formalizando, debía darse la colación en alcartacitos de papel, porque probablemente aquella noche iría el señor Sánchez con su familia, y llevó noticia de que tenía muchas esperanzas de colocar el pescado.

Otra esperanza estaba alentando al agente, y era ésta:

Al fin su comadre le había ofrecido explicarle lo de la risa.

Se nos había olvidado decir que la mujer del corredor se llamaba Esperanza.

La tercera noche la concurrencia fué todavía más numerosa y estuvo mas animada, porque empezaron á hacerse las amistades; y ya pollos y pollas traían un tragín de danzas ofrecidas, y de deudas, apuntes y

promesas, que los asuntos del baile entraron en todo el calor de que son susceptibles.

Esperanza notó una cosa: que su marido estaba serio, é hizo otra, decirle al agente:

—¿Qué tendrá *ese*?

El agente le aconsejó prudentemente á Esperanza que no le hiciera caso.

¡Quien sabe si el corredor estaría serio porque notó que su mujer se había puesto un vestido morado que dejaba asomar un triangulito de la epidermis rosada del pecho!

El agente vió en el triangulito una esperanza de que su comadre se llegara á poner el vestido color de rosa, aquél que había dado origen á la risa que lo volvía loco.

V.

Cuando se fueron las visitas, á eso de la una de la noche, la casa del corredor presentaba un aspecto diverso.

El corredor no quería acostarse.

—¿Por qué no te acuestas? le preguntó su mujer.

El corredor gruñó.

—¡Acuéstate!

El corredor no contestó.

Su mujer se le sentó enfrente.

Vamos á ver: ¿por qué no te acuestas? ¿Estás disgustado conmigo? ¿he cometido alguna falta? Habla, por Dios!

Tanto hizo Esperanza, que su marido habló.

—Lo que tengo es....

Esperanza tembló.

—Lo que tengo es.... que se me pueden tostar habas: estoy echando chispas.

—Ya lo veo; pero ¿por qué?

—Porque....

—¡Ave María purísima! pensó Esperanza.

—Porque, continuó el corredor, porque mi compadre....

—Ya pareció aquello.

—Porque mi compadre, exclamó el corredor en el colmo de la ira, ¡no ha vendido el pescado!....

Esperanza arrojó de un golpe todo el aire que había estado guardando, para exclamar:

—¡Ahhh!.... ¿y por eso te afliges? A mí

me ha dicho que es negocio seguro, y que mientras más tarde lo venda lo pagarán mejor.

El corredor siguió triste, á pesar de esto; su mujer siguió insistiendo en que se acostara, y sólo lo consiguió después de muchos ruegos y á eso de las cuatro de la mañana.

Cuando vino el agente de negocios, Esperanza le dijo:

—Tengo que decir á usted.

—¿Qué?

—Una cosa: *ese* está enojado.

—¿Cómo!

—Furioso.

—¿Por qué?

—Dice que por el pescado

—¿Y usted cree?....

—Que es por otra cosa.

—¿Ya lo vé usted? Si me hubiera usted dicho por qué se rió usted, no hubiéramos dado lugar....

—Sí; pero yo no he hecho nada malo, y es muy duro que sin que una dé lugar....

porque en fin, si él es celoso, muy santo y muy bueno, pero no tiene de qué....

—Ya se vé: eso es una injusticia, porque una cosa es que usted no me quiera explicar por qué se rió, y otra....

—No, compadre: no seamos hipócritas.

—¿Comadre!

—Todo es una misma cosa.

—¿Usted cree?

—Sí; usted tiene la culpa de todo.

—¿Por qué?

—Porque me hace reír.

—Yo no tengo la culpa de que se ría usted de mí.

—No, yo no me rió de usted, sinó de sus cosas.

—Tampoco de eso tengo yo la culpa.

La noche siguiente fué la primera en que concurrió á las posadas uno de los diputados cuotizados.

Este diputado tenía una rareza: era muy afecto á lo amarillo: llevaba guantes amarillos, chaleco con rayitas amarillas, y corbata amarilla.

Lo presentaron.

El diputado encontró muy guapote al corredor de número: le simpatizó.

Pero encontró todavía mas simpática á la mujer del corredor.

Estaba vestida de amarillo.

Bailó con ella: estaba muy bonita, mas bonita que las otras noches.

El agente de negocios se lo había dicho ya, y se lo había dicho hasta su marido.

—¿Qué me ves? le preguntó ésta sorprendida de que su marido la viera tanto.

—Que te sienta ese vestido.

—Gracias, papasito: ¡viejo verde!...

—¿Qué le dice á usted su marido? le preguntó el diputado.

—Nada, vejeces.

—¿Cómo vejeces?

—Que le gusto mucho con este vestido.

—A mí también, dijo el diputado sin haber tenido tiempo de morderse la lengua.

Y aquí encontró el diputado una brillante oportunidad para hacer un panegírico del color amarillo: le hizo notar á Esperanza

que él llevaba siempre algo amarillo, y dedujo lógicamente que Esperanza y él tenían el mismo gusto.

—Otra de las cosas que me gustan mucho, dijo el diputado, es la danza.

—A mí también, contestó Esperanza, cuando menos lo pensó.

Y ya eran dos cosas en que estaban de acuerdo Esperanza y el diputado.

Siguieron platicando y bailando danzas, y ¡qué casualidad! resultó que poco á poco iban convenciéndose los dos de que tenían los mismos gustos, absolutamente los mismos.

Esperanza experimentó una verdadera cuanto inocente simpatía por el diputado, y con una ingenuidad propia de la conciencia pura, le dijo á su marido:

—¡Si vieras cuánto me simpatiza el diputado!... es un excelente sugeto.

—¿Oíga?... gruñó el corredor de número.

Esperanza vió empañarse su sinceridad en la negra injusticia de su marido, y experimentó una triste desazón.

El corredor de número se puso furioso, al grado de proponerse no dejar bailar á su mujer con el diputado.

—Compadre, ¿por qué no bailas? le preguntó el corredor al agente.

—Porque no tengo compañera.

—Aquí está mi mujer. ¿Cómo? ¿no le has dado una danza á mi compadre?

—Es que...

—Nada, nada, compadre, á bailar; bailen, hijitos, bailen esta danza.

Esto dijo en voz perceptible el corredor, de manera que lo oyera el diputado.

Esperanza y el agente se pararon á bailar la danza, y el corredor creyó haber dado un golpe de diplomacia de los mas ciertos, desviando á su mujer del diputado, para entregársela á su compadre.

—¿Qué tiene usted? le dijo en la danza el agente á su comadre.

—Furiosa.

—¿Por qué?

—Está celoso *ese*.

—¿De mí?

—No, del diputado.

Aquí fué donde tocó al agente de negocios reírse á reventar.

—¿Por qué se ríe usted, compadre?

—¡Curiosa!

—¡Vengativo! ¿por qué se ríe usted?

El agente se reía á más y mejor.

—Estamos pagados.

—Comadre, esta es la danza mas encantadora que...

—¿Qué?...

—Que he bailado en mi vida.

VI.

Esa noche hubo un aumento considerable de botellas, y sustituyendo al *Perfecto amor*, vino el cognac, el Padre Kermann y el Chartreuse.

El diputado, que desde que llegó á México había hecho su estudio práctico de brindis en el Tivoli, invitó á brindar al corredor y á su mujer.

—Por nuestra amistad, dijo: por la felicidad conyugal que se gozará en ver siempre

inalterable este hijo de Sonora, todo corazón y sentimiento, todo amor para sus amigos; porque esta patria querida nos permita, aún en medio de las funestas revueltas intestinas, gozar de la paz que nos brinda con ratos tan placenteros como el presente; por la simpática señora de usted, á quien he tenido el mayor gusto en conocer, como una de las mexicanas mas recomendables y hechiceras.

Chocó su copa con la de Esperanza y con la del corredor, y la apuró.

Esperanza le hizo una seña á su marido para que contestara el brindis; pero el corredor no se dió por entendido.

Al corredor le sucedió una cosa rara: por pensar en el diputado, no se volvió á acordar del camarón ni de su compadre.

La animación subió de punto en aquella noche, al grado que el diputado pidió para sí la posada de la noche siguiente, y Sánchez, el señor Sánchez, pidió otra.

A las dos de la mañana, volvió á repetirse la escena de la noche anterior.

El corredor no se quería acostar; estaba lo que se entiende celoso: hecho un energúmeno contra el pobre diputado, á quien pretendió poner en ridículo ante su mujer.

—Ya lo verás, decía; me va á costar esto un ojo de la cara; con eso, y con que mi compadre no venda el pescado, nos lucimos; para tí, que estabas queriendo que la cena de la Noche buena fuera modesta, á ver si te atreves á servir á estas gentes revoltijo y robalo en aceite y vinagre; á ver si les sales con tu cena de familia, para que te critiquen; ahora, todo lo que no sea salmón y ostiones y fiambres, nada vale; ya este se puso de lujo; allá verás, allá verás al diputado fanfarrón, que por quedar bien contigo, echará mi casa por el balcón; y luego el señor Sánchez... y en fin, y todo por tus coqueterías.

—¿Mis coqueterías?

—Sí, si tú no le hubieras sacado el diente al diputado, no se hubiera entusiasmado al grado de pedir una noche, y en todo esto, ¡el papel que voy á hacer!

Entretanto, el agente de negocios se estaba dando mil parabienes.

Hacia algunos años que conocía á su comadre, y hasta ahora... hasta ahora le había notado un *chisgo*... y sobre todo una risita tan maliciosa...

—¿Dónde tendría guardada mi comadre esa risita? se preguntaba el agente; vamos, si sobre que es una risa... y luego mi compadre que se está volviendo tan imprudente.

Todo esto lo pensaba el agente, mientras que Esperanza y su marido se tronaban por el diputado.

Una cosa alentaba á Esperanza en la contienda, y era que el corredor no había dado en el ítem.

Esperanza tenía esta lógica:

—Mi marido es torpe é injusto, y esto no lo puedo tolerar; si se encelara de mi compadre, pase; pero del diputado.... por lo cual.... allá se la haya.

La noche fué mas borrascosa que la anterior; pero Esperanza se durmió mas pron-

to, como si su propio marido le hubiera aligerado el peso de su conciencia, errando el tiro.

La quinta noche de posadas en la casa del corredor de número, estuvo espléndida: el diputado envió preciosos juguetes para obsequiar á las señoras; se sirvieron ponches, jaletinas, *sandwichs* y pasteles; se tomó champagne, y la concurrencia estuvo de lo más complacida.

Esperanza tuvo mucho de qué hablar con su compadre, y con razón. Tenía que contarle todo lo que le había sucedido.

Esperanza á pesar de todo, bailó con el diputado, quien por hacer los honores, se estaba inclinando ya, á fuerza de ponches, á acentuar la danza.

Los borrachos abusan de la prosodia y acentúan hasta la danza.

El diputado era hombre de buena cabeza; pero se sentía muy animado en algunos momentos; se ponía expansivo y locuaz, y le daba por querer á todo el mundo. ®

Todo esto era oro en polvo para' los celos

del corredor, quien, cada vez mas desorientado, no tenía más consuelo que quejarse con su compadre.

—No lo creas, le decía éste; el diputado es inofensivo, todo lo hace de buena fé; y como es de Sonora, es francote y tiene sus naturalidades.....

—Lo mismo me dice mi mujer; pero qué quieres, yo no lo paso, y vamos á acabar mal.

Por supuesto que Lupe y Aurelia no cabían en sí de felicidad, supuesto que su papá y su mamá estaban tan entretenidos en sus asuntos, que no habían tenido tiempo de observar que las chicas se despachaban entretanto con el cucharón.

Los pollos, novios de las muchachas, estaban también en el auge de su felicidad.

—Esta noche no hubo rezo, dijo uno.

—No, se suprimió, porque como han venido tantas personas de cumplimiento.....

Efectivamente, el corredor estaba logrando ser extranjero en su propia casa: ya casi no conocía á nadie, y como se había descui-

dado la indispensable fórmula de las presentaciones, los pollos y los cuotizados, sin ceremonia alguna, llevaban ya á todos sus amigos, al grado de no ser posible ya bailar en la sala, á causa de lo numeroso de la concurrencia.

El corredor, estaba tostado, y siendo el objeto de críticas de los concurrentes, por su retraimiento y mal humor.

La tercera contienda conyugal fué mas estrepitosa, al grado que se hizo notar por todas las personas de la familia; y ya el diputado era objeto de bromitas y epigramas de parte de los pollos, en tanto que el bueno del compadre gozaba de la reputación de santo, siendo así que tenía ya para su capote que decididamente su comadre era ya, sobre muy desgraciada en su matrimonio, muy digna de toda su consideración.

VII.

Las noches siguientes no cedieron en nada en lujo y concurrencia á las anteriores, y ya las señoras se presentaron con grandes

vestidos de baile, y no había uno solo de los caballeros que no llevara guantes.

Llegó la Noche buena, y el pobre del corredor había abandonado el campo desde la víspera, so pretexto de tener mucho que hacer en la calle; y el diputado, Sánchez, el agente, los novios de las niñas y algunos pollos entusiastas, se apoderaron de la casa del corredor como de país conquistado: era una verdadera guerrilla de esas que salvan á la patria cada rato, era una irrupción de vándalos; era una torre de Babel. Ya vienen unos cargadores con naranjos y pinos de parte de Sánchez; ya llegan unos criados de la casa de Fulcheri, con el servicio de la mesa, de parte de Sánchez; la modista se encierra con las niñas; los criados se atarantan; se quitan los muebles de la sala para poner otros mejores, que se han alquilado; la recámara del corredor se convierte en segunda sala de baile, y sin maldita la oposición, le ponen sus papeles debajo de una cama: quien pone velas; quien cuelga faroles; quien se lleva á una polla por un

pasadizo para darle celos; y aquella casa, en fin, era una trapisonda incomprensible.

El agente de negocios encontró llorando á su comadre, y tuvo necesidad de consolarla, empleando todos los recursos de la oratoria, y otros de su invención particular, hasta que consiguió que su comadre volviera á reírse.

La Noche Buena fué buena para todos, excepto para el pobre corredor, que estaba en un brete, al grado de que ya ni ponía cuidado en lo que estaba pasando.

Qué tal sería el *spleen* del corredor, que dejó que el diputado hiciera lo que le diera la gana.

Lo único que veía el corredor era su reloj.

Le hizo una grosería á su compadre, dos al diputado, tres á su mujer, y no hubo pollo ni concurrente á quien no le gruñera.

—¿Por qué está usted triste? le dijo un pollo (que acababa de cenar furiosamente,) á la mujer del corredor.

—Porque mi marido está de mal humor.

—¿Y eso es todo? preguntó el pollo. Vamos á alegrárselo á usted.

Y reuniéndose con otros tres pollos, invitaron al corredor á brindar primero contra los diputados, luego contra la danza; y de brindis en brindis, y por medio de esa tenaz insistencia de que es capaz un pollo á dos luces, acabaron por emborrachar al corredor.

Sólo que lejos de prestarle el licor la expansión que á los demás les había proporcionado, le causó un horrible malestar, y dando traspies el dueño de la casa, se fué á buscar la pieza mas oscura y retirada de ella para acabar de pasar la noche.

La aurora del 25 sorprendió al diputado rendido de fatiga y de satisfacción; á las pollas bailando todavía la última danza en brazos de sus novios y haciéndose las últimas protestas de amor.

La misma aurora, á pesar de que todo lo ve, no pudo hacerse cargo siquiera que bajo los pliegues del vestido color de rosa de Esperanza estaba la mano de ésta intima-

mente estrechada con la del agente de negocios.

El corredor dormía profundamente.

El agente de negocios había vendido todo el pescado, y su comadre tenía razón: mientras mas tarde lo vendiera se lo pagarían mejor.

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"INFONSO REYES"
1960. 1425 MONTERREY, N.M.

36222



JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES

LIBRO
N.º
AUT. DE INVESTIGACIONES